

ESCUELA DE
RELACIONES
INTERNACIONALES
Universidad Nacional, Heredia

978-9968-558-39-6

49

NUEVA ÉPOCA

SERIE

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO



MATONEO
(*BULLYING*) ENTRE
LAS NACIONES

VICENTE
TORRIJOS



2015

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO

MATONEO (*BULLYING*)
ENTRE LAS NACIONES

VICENTE TORRIJOS



Escuela de Relaciones
Internacionales
Universidad Nacional, Heredia

49

NUEVA ÉPOCA

SERIE

2015

DOCUMENTOS
DE ESTUDIO

MATONEO
(*BULLYING*) ENTRE LAS
NACIONES

VICENTE TORRIJOS



UNA
UNIVERSIDAD
NACIONAL
COSTA RICA

Matoneo (bullying) entre las naciones

Primera edición: 2015
200 ejemplares
Escuela de Relaciones
Internacionales,
Universidad Nacional
Apartado 86-3000,
Heredia, Costa Rica
Teléfono: (506) 2562-4162

**Unidad de Gestión Editorial
de la Escuela de
Relaciones Internacionales
de la Universidad Nacional
de Costa Rica
Consejo Editorial:**

M. Sc. Max Sáurez Ulloa
M. Sc. Carlos Humberto Cascante
Segura
M. Sc. Sergio Iván Moya
M. Sc. Fernando Araya Rivas
Lic. Gabriela Pino Chacón
Dr. Jorge Cáceres Prendas
Dr. Juan Carlos Bermúdez Mora

Diagramado e impreso en el
Programa de Publicaciones de la
Universidad Nacional de Costa Rica
© 2015
Reservados todos los derechos
Impreso en Heredia, Costa Rica

Vicente Torrijos

Vicente Torrijos Rivera es Profesor Emérito, Profesor Titular de Ciencia Política y Relaciones Internacionales, Profesor Premio a la Excelencia Académica y Profesor Distinguido en la Universidad del Rosario, de Bogotá, Colombia.

Politólogo y periodista con especialidad en Opinión Pública, hizo su postgrado en Altos Estudios Internacionales, el doctorado en Relaciones Internacionales y el postdoctorado en Asuntos Estratégicos, Seguridad y Defensa.

Ha sido miembro suplente de la Asamblea Nacional Constituyente de 1991; miembro de la junta directiva de la Sociedad Económica de Amigos del País; observador internacional de la OEA para las elecciones presidenciales de Nicaragua; fundador y director del Departamento y la Maestría en Relaciones Internacionales de la Universidad Javeriana; consejero de paz para el Departamento del Caquetá; consultor del Instituto Internacional de Gobernabilidad, de Barcelona; editorialista político e internacional de las cadenas de radio Caracol y RCN; columnista del diario La Opinión, de Los Ángeles, California; asesor de la Escuela Superior de Guerra para la Política de Seguridad y Defensa; miembro del Comité Científico y del Consejo Editorial del Instituto Gallego de Estudios de Seguridad Internacional y Paz; presidente del Consejo Latinoamericano de investigaciones para la Paz, con sede en Guatemala; magistrado de la sala de Ciencias Sociales y Humanidades del Consejo Nacional de Aseguramiento de la Calidad de la Educación Superior; profesor de política exterior colombiana en la Academia Diplomática de San Carlos; profesor de paz y conflictos en la Universitat Oberta de Catalunya; director del Observatorio Rosarista de Política Exterior Colombiana; fundador y director de la Escuela Colombiana de Alto Gobierno con su especialización en Alta Dirección del Estado, y comisionado presidencial para el manejo de crisis con Venezuela.

Actualmente es par académico del Consejo Nacional de Acreditación Universitaria; representante en Colombia de la Red Mundial de Especialistas en Paz y Conflictos *Transcend*, columnista del diario *El Nuevo Siglo*; colaborador del diario *El Tiempo*; consultor internacional del Sistema Nacional de Acreditación de la Educación Superior de Costa Rica; designado por el Estado como miembro de la Comisión Histórica del Conflicto y sus Víctimas, instalada en La Habana, Cuba, en el marco de las negociaciones entre el gobierno colombiano y las Farc; fundador y presidente del Capítulo Colombiano de Egresados de la Universidad Nacional de la Defensa, de Washington; consultor del Real Instituto Elcano de Asuntos Estratégicos, de Madrid; asesor académico de la Escuela Superior de Guerra, donde también es profesor de Lógica Estratégica en el Curso de Altos Estudios Militares, CAEM, y asesor para Asuntos Estratégicos tanto del Ejército Nacional como del Comando General de las Fuerzas Militares de Colombia.

Asimismo, ha sido condecorado con la Medalla de la Inteligencia Militar de Colombia, la Medalla de Servicios Distinguidos a las Fuerzas Militares y la Medalla del Congreso de la República.

vicentetorrijos@hotmail.com
vicente.torrijos@urosario.edu.co
[@vicentetorrijos](mailto:vicentetorrijos@urosario.edu.co)
www.vicentetorrijos.com

327.117

T695m

Torrijos Rivera, Vicente
Matoneo (bullying) entre las naciones / Vicente Torrijos Rivera.
-1. ed. -Heredia, CR: Unidad de Gestión Editorial de la Escuela de
Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional, 2015.
150 p.; 8,5 x 5,5 pulg.

ISBN: 978-9968-558-39-6

1.- Relaciones Internacionales 2.- Política Internacional 3.- Violencia 4.- Ciencias Políticas. 5.- Agresividad. 6.- Miedo



CONTENIDO

| | |
|--|-----------|
| PRÓLOGO..... | 13 |
| PREFACIO..... | 15 |
| INTRODUCCIÓN | 17 |
| VIOLENCIA..... | 18 |
| El método | 18 |
| El Universo Hostil..... | 19 |
| La Agresión Incorporada y el Afán de Herir..... | 19 |
| La Imagen y la Semejanza | 20 |
| ACLIMATACIÓN | 20 |
| Marcos de Referencia | 21 |
| Rechazo de la Comunidad Supranacional..... | 21 |
| Refuerzo Agresivo y Acciones de Respuesta Inconsistentes . | 21 |
| Punición inútil..... | 22 |
| Fuera de Control y Violencia Admisible..... | 22 |
| El Reflejo Aglutinante..... | 23 |
| APEGO, CONSENTIMIENTO, REPRODUCCIÓN | 23 |
| Victimizado-Victimario..... | 24 |
| Enseñanza Ritualizada | 24 |
| Inmunización..... | 25 |

| | |
|---|-----------|
| MALTRATO, ACOSO E INTIMIDACIÓN | 25 |
| Popularidad | 26 |
| VULNERABILIDAD COMPARTIDA | 27 |
| Acosador estremecido | 27 |
| Modelo de Dominancia | 30 |
| Apaciguamiento | 31 |
| Agresión múltiple (tácita o expresa) | 31 |
| Permeabilidad y Sometimiento | 32 |
| Colaboracionismo y Obsecuencia | 33 |
| Empoderamiento | 33 |
| TRIANGULACIÓN DEL MATONEO | 34 |
| El Intimidante y sus Asociados | 34 |
| El Agente Activo | 37 |
| Los Testigos | 44 |
| ANATOMÍA DEL ABUSO | 47 |
| Bloqueo y Parálisis Operacional | 47 |
| Asechanza, Hostigamiento y Asedio | 48 |
| Manipular, Afrentar, Infamar e Imprecar | 49 |
| Coacción y Autoinmunidad | 49 |
| Marginación y Exclusión | 50 |
| Agresión Física y Acción Directa | 50 |
| Insidia | 51 |
| Amenazas Manifiestas o Larvadas | 51 |
| Abuso discursivo | 51 |
| LA ARQUITECTURA DEL ACOSO | 52 |
| La Dimensión Unilateral | 56 |
| La dimensión preventiva y mediadora | 59 |
| La Dimensión Correctiva y Reguladora | 62 |

| | |
|---|------------|
| EL MAPA DE LA INTIMIDACIÓN | 67 |
| Dimensión del Desprestigio y el Peligro | 67 |
| Dimensión de Hiperansiedad y Aislamiento | 69 |
| Dimensión del Sometimiento | 72 |
| Las Dimensiones Entrelazadas | 73 |
| IMPULSIVIDAD | 74 |
| INCOMPETENCIA, INEPTITUD | 76 |
| CONSTRUCTO DEL ACOSO | 83 |
| Vacios. Envidia. | 85 |
| CONSTRUCTO HISTORICO-SOCIOLOGICO: CONTAGIO Y TOXICIDAD | 87 |
| Paternalismo y confinamiento | 88 |
| Impunidad por consenso y colusión..... | 90 |
| Genealogía de la institucionalidad por colusión | 91 |
| CONSTRUCTO DE LA INSIDIA | 94 |
| Narcisismo | 94 |
| El ícono del enemigo | 96 |
| Egocentrismo, egolatría, paranoia, megalomanía | 97 |
| Delirio de grandeza, liderazgo carismático y gregario | 103 |
| Patología horizontalizada | 106 |
| La habilidad y la atracción | 111 |
| CONSTRUCTO DEL CONTROL ABUSIVO | 112 |
| La naturaleza cambiante del estado agéntico | 112 |
| Atomización de la responsabilidad | 114 |
| Compromiso, sacrificio y entrega | 114 |
| La ética del abuso..... | 116 |

CONSTRUCTO DE LA VICTIMIZACIÓN Y EL VICTIMISMO..... 117

| | |
|---|-----|
| Culpa, trauma, vértigo..... | 120 |
| Alteración de identidad..... | 122 |
| Dimensión reactiva..... | 123 |
| Dimensión permisiva..... | 123 |
| Dimensión inactiva (inmovilista y permeable)..... | 124 |
| Enajenación e hipervigilancia..... | 124 |

ESTRÉS Y RIESGO INMOVILIZANTE126

| | |
|--------------------------------------|-----|
| Tensión abierta..... | 126 |
| Riesgo percibido y no percibido..... | 128 |

MIEDO, INMOVILIZACIÓN, PÁNICO ESTRATÉGICO130

CONSTRUCTO DE SUPERACIÓN DEL EMBAIMIENTO133

| | |
|--|-----|
| Prevención y superación coordinada del hecho afrentoso ... | 133 |
| Herramientas de control..... | 133 |
| Dimensión celular y reticular..... | 135 |
| Principios y valores..... | 136 |
| Coordinación transistémica..... | 137 |
| La superación de la negarquía estratégica..... | 143 |

EL GERMEN DE LA AUTODESTRUCCIÓN DEL ESTADO AMEDRENTADOR.....144



ÍNDICE DE FIGURAS

| | |
|---|-----|
| Figura 1 : Popularidad, prestigio, poder..... | 28 |
| Figura 2 : Dinámica conflictiva del matoneo entre las naciones. | 30 |
| Figura 3 : El triángulo del matoneo entre las naciones..... | 34 |
| Figura 4 : La conducta circular del actor intimidante..... | 38 |
| Figura 5 : La conducta circular del actor intimidado..... | 42 |
| Figura 6 : Direccionalidad del abuso..... | 55 |
| Figura 7 : Modelo de secuencialidad del acoso..... | 63 |
| Figura 9 : La disonancia ante el peligro. | 68 |
| Figura 10 : Parrilla de la decadencia. | 73 |
| Figura 11 : El ciclo de impulsividad..... | 77 |
| Figura 12 : Componentes de la estructura estratégica socioafectiva de los actores involucrados en el matoneo. | 80 |
| Figura 13 : Dinámica del paternalismo y del confinamiento que facilita el contagio. | 90 |
| Figura 14 : Procesamiento del riesgo y propensión al envite..... | 129 |



PRÓLOGO

Álvaro Uribe V.
Expresidente de la República de Colombia.

Celebro la publicación de esta obra del doctor Vicente Torrijos, eminente académico, prolífico escritor y consagrada fuente de consulta para los estudiosos de la ciencia política y las relaciones internacionales.

En Matoneo (Bullying) entre las naciones, el lector encontrará una propuesta seria y extensa sobre un tema que involucra, como lo expresa el autor, la violencia como método político entre actores estatales y no estatales. De allí se deriva un juicioso y completo análisis que, acompañado por figuras explicativas, bien podría considerarse como una nueva aproximación a la política internacional.

Este texto invita a una profunda reflexión sobre importantes aspectos que atañen las relaciones exteriores. Diría que un país, para exigir que se respete su autodeterminación, para exigir que frente a él se cumpla el principio de la no intervención, tiene que tener un factor legitimante: su respeto interno a la regla democrática. Eso no se consideraba claramente a principios de los años 70 y hoy ya se reconoce como un principio universal.

En un mundo cada vez más interconectado, interdependiente y globalizado, cualquier reserva popular sobre los procesos de integración se disipa con la práctica de compartir y respetar en lugar de dominar, aunque esto no sea cierto en todos los casos, como lo hace ver el doctor Torrijos.

La globalización podría ser más amable si la entendiéramos como resultado de las dinámicas sociales, de la ciencia, y no como imposición de la ideología, es decir, si apreciáramos al mundo en la diversidad y renunciaríamos al molde único que cada quien reclama desde su propia perspectiva y que, en muchas ocasiones, conduce a la agresión, o a lo que el autor denomina matoneo.

Colombia es una Nación que quiere y necesita de la comunidad internacional para avanzar en la paz, el desarrollo y la igualdad. Nuestro país, desgarrado en el sufrimiento de una violencia interna añora, con justa razón, armonía y apoyo en las relaciones internacionales. Por ello, estimula el principio de respeto a las civilizaciones; eso hace parte de nuestra trayectoria constitucional y política.

Nuestras relaciones con el mundo avanzan por un camino de hermandad con todos los pueblos, de eficacia en los procesos de decisión de las políticas y de prudencia y respeto a las disposiciones soberanas. ¿Somos víctimas de matoneo? Dicha consideración la endilgo al lector, a la luz de los interesantes supuestos planteados por el autor.

Felicito al doctor Torrijos por su tesonera labor intelectual y recomiendo su obra por la importante contribución académica que ella supone para el acervo teórico de las relaciones internacionales.



PREFACIO

Prf. Scott Tollefson

Decano Asociado de Asuntos Académicos y profesor de Asuntos de Seguridad Nacional del Centro William J. Perry de Estudios Hemisféricos de Defensa, Universidad Nacional de la Defensa, Washington, DC.

La agresión ha sido un tema de estudio sobresaliente en la teoría de las relaciones internacionales, por lo menos desde tiempos de Tucídides, o sea, desde hace 2500 años, en sus trabajos sobre la Confederación de Delos y de Esparta vrs. Atenas.

En tiempos modernos, o sea, desde la era del Estado Nación y el Tratado de Westfalia en 1648, la agresión entre Estados se ha hecho presente en todas las regiones del globo mediante diversas apariencias.

Se ha hecho obvio, además, en la cruenta agresión de la Alemania nazi contra sus vecinos durante la Primera Guerra Mundial. En el siglo XXI, la agresión continúa manifestándose con diferentes matices, como por ejemplo, en el caso de Vladimir Putin, quien ha elevado la agresión a una forma de arte, como se ha podido presenciar en sus avances sobre Georgia, Crimea y Ucrania.

‘Matoneo entre las Naciones’ nos brinda una aproximación conceptual muy elevada para entender, precisamente, la agresión en el sistema internacional. Deliberadamente, lo hace sin mencionar un solo Estado Nación o un obvio ejemplo histórico de agresión y, por esa misma razón, esta aproximación es altamente útil para explicar diferentes instancias del fenómeno tanto en el pasado como en el presente.

Este libro es una extraordinaria y novedosa contribución a la literatura sobre las relaciones internacionales. Torrijos hace un abordaje multidisciplinario utilizando la ciencia política (“diplomacia hegemónica”), la biología (“anatomía del abuso”), la psicología, y otras disciplinas asociadas, para entender mejor el comportamiento de ‘los bullies’ en el escenario mundial.

Torrijos sostiene que en algunas instancias “el acoso es repetitivo, el maltrato es sistemático y la intimidación es recurrente”. Además, se enfoca en el objeto de esa agresión señalando, en estilo darwiniano, que el receptor actúa en algunas ocasiones “de modo adaptativo” y en otras bajo la modalidad de “modelos resistentes”.

‘Matoneo entre las Naciones’ provee elementos del realismo y sus variantes en “el universo hostil, la liga agresora y expansionista, y el rechazo de la comunidad supranacional”. También incluye imágenes simbólicas en una corriente constructivista.

El estudio examina las diferentes formas en que los gobiernos y sus asociados no estatales crean una “triangulación del matoneo”. Esta mixtura de cuestiones transnacionales, nacionales y subnacionales es reveladora y permite explicar suficientemente el comportamiento agresivo en diferentes casos, remotos o recientes, como el anteriormente mencionado de Putin, en Ucrania.

En consecuencia, este análisis puede aplicarse a comportamientos múltiples en la escena internacional y, además, al bullying de un gobierno en relación con su propio pueblo, de tal forma que las realidades y conductas internacionales tienen un interesante correlante en los contextos internos.

En todos los casos, las variables internacionales tienen un papel sensible a pesar de sus variaciones de acuerdo la situación de que se trate.

Por todas estas razones, invito al lector a aceptar este misterioso regalo, una joya cuidadosamente estructurada que cautiva por su enfoque poco convencional. Es monumental, profundo e innovador: un verdadero ‘tour de force’ para la ciencia política, las relaciones internacionales y la toma de decisiones entre dirigentes y gobernantes.



INTRODUCCIÓN

Este es un libro que describe tendencias, que plantea escenarios estratégicos complejos, que hace interpretaciones exploratorias sobre el sistema internacional y su evolución, pero que, sobre todo, estudia (más allá de la tentación hiperrealista) conductas y modelos de acción tanto de países como de actores no estatales e híbridos, sus aspiraciones, percepciones, impulsos, identidades y expectativas relacionadas con la agresión y la destructividad, todo ello en una mezcla discursiva, transdisciplinaria y abierta, sin prerequisites ni un orden secuencial sino más bien modular, interactivo, hipervinculante, siempre permeable a los ajustes que las antedichas conductas sugieran en cada tiempo y lugar.

En otras palabras, se trata de esbozar una especie de teoría abrasiva (abrasión) de la política internacional en la que bajo ciertas condiciones históricas concurrentes y recurrentes, ciertos actores, estatales o no estatales, estresan y desgastan a otros mediante presión, persuasión y fricción multimodal (ideológica, mediática, semiótica, militar) hasta reconfigurarlos de tal modo

que se inserten en su proyecto político o padezcan las consecuencias de no hacerlo, volviendo a comenzar siempre de nuevo.

VIOLENCIA

El método

En principio está el método. La violencia como método político. La aspiración del actor que, al sentirse empoderado, se ve sobrecogido por el ideal de someter al otro. Un ejercicio permanente de capacitación para el sometimiento.

El ánimo de preponderar, el delirio de transformar la realidad y refundar la historia. Más allá de un simple comportamiento mimético, los hostigadores incuban durante largo tiempo su capacidad destructiva y van desarrollando progresivamente el discurso preparatorio de la agresión.

Las advertencias proferidas por el intimidante se hacen recurrentes, el clima de opinión se caldea, el depredador dispone de suficiente paciencia para que, en la realidad oculta en la que desarrolla sus apetitos expansionistas, su cosmovisión se difunda haciéndose progresivamente atractiva entre aquellos que albergan ilusiones semejantes.

La violencia es, pues, la línea maestra que lo determina todo. Disponer de la violencia, usarla, blandirla, venerarla. El placer de sentirse dotado para generar el miedo hace que la identidad del proyecto expansivo homogeneice, iguale, reduzca a los otros a la condición de presas que tarde o temprano serán absorbidas por el agente perturbador del mismo modo en que sus propios súbditos han sido subsumidos.

Una perversa lógica de articulación entre el delirio y la posesión hace de la violencia el recurso idóneo para imperar, para asumir que todas las variables y tendencias de la política (desde el comercio hasta las expresiones culturales) estarán supeditadas a lo que la violencia pueda informar de ellas, a la forma en que tal violencia las moldee y las proyecte.

El Universo Hostil

Los agresores se reúnen. El discurso se percibe como históricamente propio, convalidado, y se comparte. La justificación histórica del perpetrador es aplaudida y acogida por los asociados espiritual y físicamente asociados.

En ese imaginario, ellos habitan un mundo hostil contra el que han de levantarse y del que han de liberarse, emancipando a otros de yugos imaginarios, simbólicos redimiendo. Es la lógica de la reivindicación, del reclamo; la justificación de la violencia como recurso permanente (no el primero, tampoco el último).

De tal modo, la liberación colectiva es la licencia en virtud de la cual se podrá emprender la aventura masificadora del sometimiento. Sobre semejante lógica devastadora, ¿qué Estado elegido como víctima logrará evadir la punición, resistirse a la reprimenda justa, o sea, a ser castigado por el sufrimiento que les ha ocasionado a quienes ahora están llamados a erigir el nuevo orden?

Entonces, la autovaloración del agresor no puede ser más que positiva y loable. Su conducta sólo puede ser entendida como la adecuada, la natural y deseable. Una autoestima alimentada por el odio a quienes abogan por las libertades plenas legitima su proyecto: el proyecto del rigor extremo, la uniformidad, el autoritarismo justiciero; el de la irrefrenable necesidad de que una región, un área, un hemisferio y el otro sucumban ante sus encantos basados en el culto a la fuerza, la venganza y la muerte.

La Agresión Incorporada y el Afán de Herir

El deseo de herir se desboca, la pasión por doblegar se desborda. No se trata solo de lograr la generalización de un modelo agéntico, pero los grupos pasivos, permeables, se someten, se sienten complacidos ante la indómita exhibición de fuerza del intimidante. El proyecto político se extiende, las culturas se desdibujan y se acomodan bajo el influjo del espíritu aglutinador.

Esa autocontención del perseguido, la victimización aprendida y transmitida, la recepción consentida de agresión, se extiende, facilitando así la tarea de los modeladores. Y cuando el

afán de herir se encuentra frente a frente con esa agresión auto-admitida, incorporada, el efecto dominó se pone en evidencia (de modo irreversible) más allá de los modelos basados en el ritual sacrificial del chivo expiatorio.

La Imagen y la Semejanza

Surgen, así, por comparación y ponderaciones, semejanzas vinculantes no sólo entre victimarios y víctimas adaptativas, sino entre éstos y los beneficiarios del modelo expansivo.

Los semejantes, los identificados con el proyecto sometedor conforman coaliciones, alianzas, redes que se extienden de modo visible e invisible para configurar un espacio simbólico de poder, o sea, un poder prescriptivo que señala el rumbo y disuade a quienes se muestren dubitativos, frágiles, fallidos (víctimas evidentes o potenciales).

La liga agresora y expansionista se hace cierta, el atrevimiento la constante. El riesgo y el peligro estimulan el comportamiento diplomático y paradiplomático creando así una coraza material e inmaterial para causar daño, amenazar impunemente y valerse de la indefensión real o imaginaria de los otros.

La extraversión sobreviene entonces en un despliegue de fuerza, subsidios y prebendas. El absorbido se pliega al dominante y hasta termina secundándole en sus excesos, en el derroche de popularidad, alimentando así una sensación de igualdad basada en el ánimo destructivo, violador y absorbente.

Los sentimientos variables del agresor se confunden con la inestabilidad, la exageración y la grandilocuencia de sus asociados que hacen los mejores esfuerzos por atraer a los que aún permanecen por fuera del circuito. La pendencia es permanente, las libertades riñen con el propósito unidimensional de poseer.

ACLIMATACIÓN

El clima original, aquel en el que los intimidantes han germinado, impone el sello y calidad de la violencia que se usa. El entorno doméstico dominante moldea la identidad destructiva y crea los perfiles de identidad compartida. Tales patrones trazan

los rasgos característicos de los valores que luego serán compartidos por la comunidad agresiva y que son los conectores perdurables de la redes operativas que se forman.

Marcos de Referencia

Los modelos en los que la conducta destructiva se basa transmiten a lo largo de la historia y la cultura del agresor una serie de señales que predisponen a iniciar tarde o temprano la reconquista, a retornar al paraíso arrebatado o a retomar la senda perdida.

Senda que en algún momento de la historia se perdió por obra y gracia de poderes ajenos o potencias imperialistas en las que tarde o temprano se escuda la red agresora para emprender sus campañas reconstituyentes de la identidad rota, del sueño de liberación arrebatado, del territorio desmembrado (irredentismos larvados o manifiestos).

Rechazo de la Comunidad Supranacional

Así que los desafiantes, los hostiles que amparados por la necesidad de semejante recuperación histórica hostigan al sujeto receptor, se sienten a lo largo de la historia recientes desamparados, huérfanos estratégicos, rechazados y aborrecidos por una sociedad transnacional que en vez de incluirles, les excluye; que degrada y humilla.

Es la conciencia del rechazo la que lleva a esgrimir, abierta o tácitamente, ese rechazo como causa profunda de la ofensiva contra el despiadado motor de la exclusión que debe ser conminado a arrepentirse y debe ser conducido, dura, o persuasivamente, a hacer parte de la red emergente, de la nueva sociedad que, justificadamente, se levanta contra los poderes abrasivos y denigrantes.

Refuerzo Agresivo y Acciones de Respuesta Inconsistentes

Cuando el perpetrador inicia su andanada, los demás lo observan con extrañeza, lo estudian, lo auscultan, pero no suelen enfrentarlo, no lo detienen con presteza y suficiente firmeza.

Reforzada así cada maniobra destructiva, los patrones disciplinarios se fracturan y el agitador, al no percibir obstáculos inamovibles en su entorno, se siente cada vez más autorizado a emprender acciones escalonadas que, cualitativamente, superan indefinidamente a las anteriores.

En otras palabras, su osadía se premia y se alienta ya sea por indiferencia, miedo o complacencia.

Punición inútil

De tal modo, cuando el castigo se aplica, resulta improductivo y, por efecto paradójico, impulsa aún más al destructor que, sintiéndose afectado (una y otra vez por los sempiternos opresores) obtiene en cada acción bélica que emprende un trofeo para la causa y una constatación de que, en condiciones de igualdad, inferioridad o superioridad, lanzar ataques, o amenazar constantemente con hacerlo, reporta dividendos (tangibles e intangibles) altamente motivadores.

Es por eso, por saber explotar la igualdad relativa o la asimetría en que se encuentra (ya sea positiva o negativa), que el rufián se ufana, se solaza y no cesa en su dinámica insaciable de perturbar, alterar y derrumbar. El castigo no lo afecta; lo enaltece.

Fuera de Control y Violencia Admisible

Estas fuerzas desatadas quedan en cierto momento fuera de control. Si el castigo intermitente no inhibe sino que, por el contrario, empuja; y si la persuasión, la comprensión y el diálogo son interpretados como salvoconducto o catalizador del uso de la fuerza (directa o indirecta), ¿no se llega acaso a un punto en que la violencia se tolera, se hace irremediable y admisible?

El agresor, aislado, sin sentirse valorado en un marco, un régimen, un conglomérado o una constelación de seguridad basada en pesos y contrapesos, encuentra en su altisonancia delincencial la mejor prueba de que su comportamiento es adecuado, rentable y oportuno.

El Reflejo Aglutinante

En tal sentido, la narrativa, el discurso mediático-publicitario paralelo, alimenta el mito del héroe, reivindica al que se siente urgido por imponer el orden a su antojo y hace de la violencia un acontecimiento digerido, incorporado por resignación a la vida cotidiana como parte del orden, como parte de una pregnancy que se logra aún en medio de la constante amenaza y del peligro.

Es el discurso legitimador que no sólo tiene una faceta ideológica sino que, antes bien, convierte a las ideologías en herramientas de ensamblaje mediante las cuales la violencia pierde su carácter detestable y se asume como elemento constitutivo de la arena política, se reproduce, se valora y hasta se deifica. Se asimila.

Y se reproduce porque la exposición reiterada a los ejercicios de violencia van ritualizándola, la convierten en un despliegue colectivo de energía vivificante, reconfortante, así que los sistemas sociales basados en el odio y el afán de someter requieren más víctimas que pongan en evidencia el éxito de su misión histórica, la eficacia de sus acciones depuradoras que suscitan situaciones cada vez más comprometedoras y atenzantes.

APEGO, CONSENTIMIENTO, REPRODUCCIÓN

Puesto que su historia política ha sido la de una sociedad basada en el verticalismo y la rigidez, en que la sensibilidad ante las necesidades fundamentales se relativiza o sencillamente se desdibuja por completo, los agentes estatales o paraestatales que allí imperan son más propensos a repetir y perfeccionar a lo largo del tiempo la conducta agresiva y el acoso.

La humillación, la postración, la hostilidad constante, el abuso, forman el tejido social de la repetición de las acciones violenta contra los otros, empezando por los propios aliados, que deben dar interminables muestras de lealtad y sumisión al poder central del que emanan todas las posibilidades de su autonomía, independencia, soberanía y grandeza anteriormente negadas.

Con lo cual, las actitudes violentas tienden a imitarse en una suerte de histrionismo compartido en el que las coreografías de la fuerza deleitan insaciablemente a los asociados.

Ese apego original con las fuentes primarias (los ‘padres de la patria’, los ‘próceres inmortales’, los ‘espíritus del sistema’ que han permitido la construcción colectiva de una identidad que, lejos de debilitarse, debe propagarse) determina, pues, los parámetros de las relaciones exteriores que el régimen impondrá cuando llegue el momento de exhibir la fuerza.

Victimizar se hace imperativo. Y, al mismo tiempo, aparecer como víctima para oprimir luego con un sentimiento autorizado de revancha, se hace necesario para edificar y luego sostener la aventura bélica consuetudinaria.

Victimizado-Victimario

En tal sentido, haber sido una nación victimizada es el combustible ideal que alimenta la capacidad destructiva del que se libera sometiendo al otro, culpable o no de la desgracia percibida.

Si, adicionalmente, el clima interno de opinión favorece y reclama la violencia como elemento constitutivo de los patrones de convivencia política, presenciar frecuentemente esa violencia la sacraliza, la convierte en objeto de culto, en marca país exitosa por sí misma.

Enseñanza Ritualizada

Los maestros pensadores, los venerables conductores del sistema social se encargan de alimentar el odio y dan muestras de los métodos de castigo, limitados unos, extralimitados los otros, pero en todo caso métodos ejemplarizantes que deben ser aprendidos y luego practicados.

Los ejercicios preparatorios y exploratorios de la violencia se organizan, se sistematizan y no pueden ser evadidos, no pueden someterse a reflexión alguna, debate o filtros de controversia. Tan solo han de asumirse como propios, como patrimonio colectivo, de tal modo que la fuerza destructiva se convalida a diario y el modelo a imitar no necesita ser interrogado, incre-

pado o emplazado porque, además, cualquier contestación será considerada como sinónimo de herejía y a la disidencia solo puede esperarle el castigo, ya sea con el ostracismo o con la eliminación física, individual o grupal.

Inmunización

El circuito violento inmuniza al perpetrador. En esa dinámica del uso irresponsable de la fuerza contra el enemigo-culpable, cuya imagen está perfectamente registrada y consignada, los promotores y perpetradores de la violencia se sienten imperturbables, se hacen inmunes, se escudan entre sí, amparados por el manto del mutuo reconocimiento del heroísmo desplegado.

Unos sirven como modelos de los otros, y éste se identifica con aquel, de tal manera que no hay resquicio para el desatino, el desánimo o la congoja entre los promotores del modelo. El ciclo destructivo está garantizado. La tribu goza de inmunidad histórica activa que hace a los asociados resistentes, suficientemente resilientes.

MALTRATO, ACOSO E INTIMIDACIÓN

Causar daño es la constante. Mediante códigos verbales o la violencia directa, apelando a narrativas o a despliegues de fuerza, los perpetradores se ensañan contra el adversario durante el tiempo que sea necesario para saciar su apetito expansionista y redentorista.

El acoso es repetitivo, el maltrato es sistemático y la intimidación es recurrente. Las exhibiciones de fuerza creíble, pero también las fanfarronadas, se orientan a conmocionar a los sistemas y subsistemas regionales de seguridad.

En solitario, o suficientemente secundado por sus aliados, el agente promotor del proyecto expansivo se deleita gradualmente en función del grado de dificultad que deba sobrepasar y de los logros que haya obtenido y logre mantener.

Poco importa si se trata de blasoneos sin fundamento, el baladrón obtiene su recompensa tan solo con que la víctima lo perciba como suficientemente capaz y, en consecuencia, asuma

una conducta adaptativa y retraída, suficientemente placentera para el agresor.

El sometido queda a merced del proyecto dominante y el maltratador hace de su comportamiento un modelo sistemático, sincronizado y autocontrolable. El Estado víctima tiende a debilitarse, su gobernabilidad se reduce, cunde el temor a la propagación del modo de vida ajeno y ni siquiera las señales de rendición o postración desaniman a un agresor enardecido al percibir la decadencia paulatina del estigmatizado.

El maltratado se aísla, se refugia en su propia debilidad tratando de encontrar respuestas en un orden internacional generalmente indiferente, en tanto que el agresor se solaza al constatar que sus propósitos estratégicos se están cumpliendo y, deliberadamente, enfatiza ciertas acciones encaminadas a apabullar al otro hasta lograr su reconversión o, lo que es a veces más rentable aún, su indefinida aceptación de la condición de sometido; incluso, la autocompasión adaptativa.

Así, pues, conseguir que la víctima se muestre y se sienta insegura desde las más íntimas fibras de su sistema sociopolítico, o lograr que se retraiga, se inhiba y se retracte cotidianamente, es celebrado como un éxito notable de la política exterior expansionista.

Pero al intimidante también le parecerá sumamente estimulante la resistencia de un adversario indómito y decidido a denunciarlo, controvertirlo y acusarlo.

Consciente de que su modelo destructivo superará tarde o temprano el potencial de respuesta de la víctima, el Estado acosador no cejará en su proyecto, extenderá sus cálculos cuanto sea necesario y verá al escenario de lucha no como una confrontación a corto plazo ni como un choque directo de fuerzas; sus pretensiones suelen ser de largo aliento.

Popularidad

Así que entre mayor grado de favorabilidad interna y externa obtenga el agresor y su actitud sea considerada progresivamente como plausible y loable por el resto, el placer de aislar al otro y hacerlo impopular, o someterlo al escarnio permanente, se

incrementa, formando así una especie de predisposición a perseguir, golpear y humillar.

En cada persecución, el agresor contará, tácita o expresamente, con mayor número de asociados. Por cada golpe que propine, recibirá mayor aprobación. Y por cada Estado amedrentado que tenga en su haber, obtendrá el reconocimiento indispensable para reforzar su carisma, o sea, el liderazgo basado en la aclamación y el paroxismo (la retribución mediática que deriva del esfuerzo sostenido).

Dicho de otro modo, lastimar al otro, cada vez con mayor crueldad y en medio de la exaltación, hace del dolor infligido una verdadera línea maestra de la política exterior del Estado emisor de la violencia y elimina sus obstáculos para aspirar a ejercer, o mantener la hegemonía.

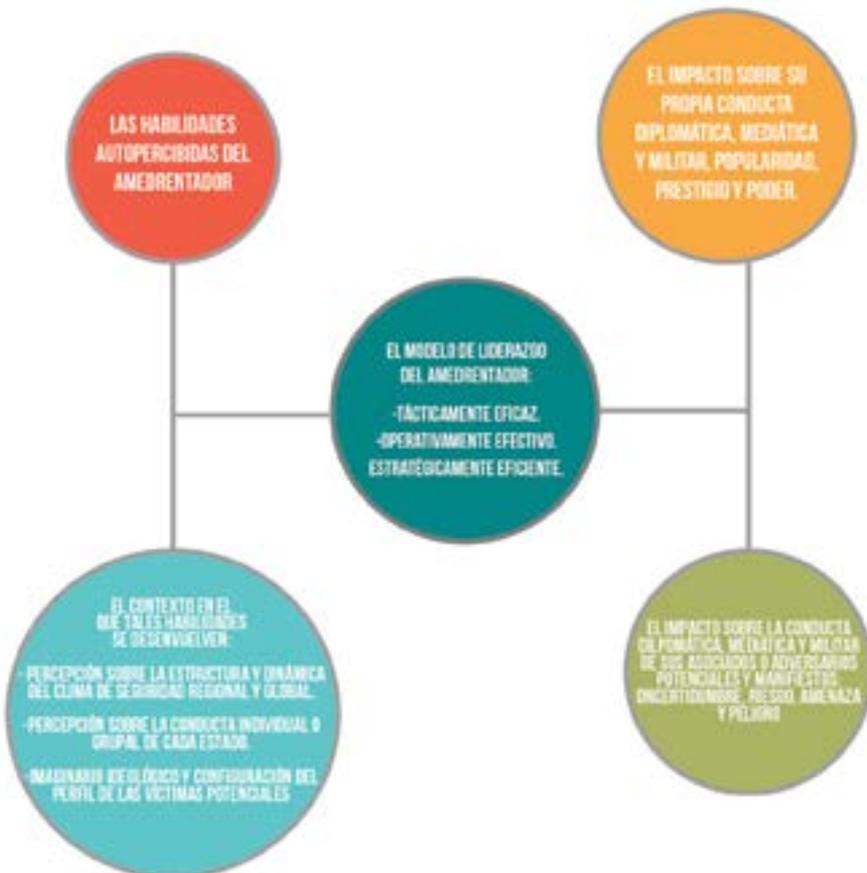
El daño resulta gratificante y productivo. Las recompensas se multiplican por admiración o por miedo y cualquier necesidad ocasional de empatía con el otro queda subordinada al irrefrenable afán de destruir (Figura 1).

VULNERABILIDAD COMPARTIDA

Acosador estremecido

El régimen, o la coalición intimidante, comparte ese insaciable impulso de dominar a los oponentes que se empeñan en oponerse o negar el avance de sus iniciativas y discursos de justificación; pero al mismo tiempo se debate internamente con la innegable realidad que sistemáticamente se oculta a cada paso: la de su extrema vulnerabilidad, su fragilidad (la de todo autoritarismo o redentorismo), que le lleva a tratar de borrar la existencia del otro, que le impide reconocerlo o interactuar más allá de la dinámica destructiva.

La interdependencia se evade deliberadamente y la construcción colectiva del sistema sólo es concebible a partir de la noción (colectiva, también) de exclusión de la víctima.

Figura 1 : Popularidad, prestigio, poder.

El algoritmo de dominancia exige un histrionismo suficientemente atractivo, susceptible de imitación y representación frecuente, con lo cual, el entorno agresor se consolida (también para paliar sus enormes debilidades internas) mientras que, en su ambiente, el agredido se fragmenta, se hace cada vez más per-

meable a pesar de las expresiones de resistencia que se hacen cada vez más esporádicas o solitarias.

De tal modo, el proyecto expansivo no define como daño el dolor que causa a otros mediante su accionar agresivo. Por el contrario, el acto violento es, para el violador, depurador en sí mismo, alimenta la euforia de una población embebida por la promesa compartida de grandeza y exorciza al proyecto dominante de sus faltas, déficits o vacíos históricos.

Superar la sensación de fragilidad (jamás reconocida públicamente) demanda, pues, un espíritu de defensa extrema, un blindaje hacia adentro y hacia afuera de tal modo que tanto los propios ciudadanos como los extraños han de concederle a los rectores del proceso toda la autoridad necesaria para espiar, atacar, intervenir y procesar.

Esa es la agenda de seguridad que, por concesión (red de concesionarios y franquicias), se extiende y se perfecciona a diario, así que el agresor necesita presentarse recurrentemente como actor agobiado, sitiado, bajo amenaza permanente, o sea, herido en sus fibras nacionales e ideológicas más profundas, respaldando con ello las decisiones que afectan a sus contradictores, soslayando la noción del daño, despojándose de todo sentimiento compasivo.

Al desensibilizarse ante el sufrimiento de aquel al que se considera infiel y hereje, el controlador se siente libre de actuar sin los reguladores e inhibiciones que refrenan la agresión, así que sus patrones de preservación se relativizan de tal forma que el miedo desaparece y cualquier sanción que pudiese recibir por sus afrentas resulta, en principio, irrelevante, digerible y hasta deseable (masoquismo diplomático-militar).

En ese sentido, los cálculos del proyecto expansionista de basan en evidencias y en una exhaustiva recolección de información que le permite dosificar la fuerza de manera muy rentable indagando minuciosamente qué puede afectar más a la sociedad adversaria, qué puede desestabilizarla más, qué puede paralizarla, estremecerla o conmocionarla más.

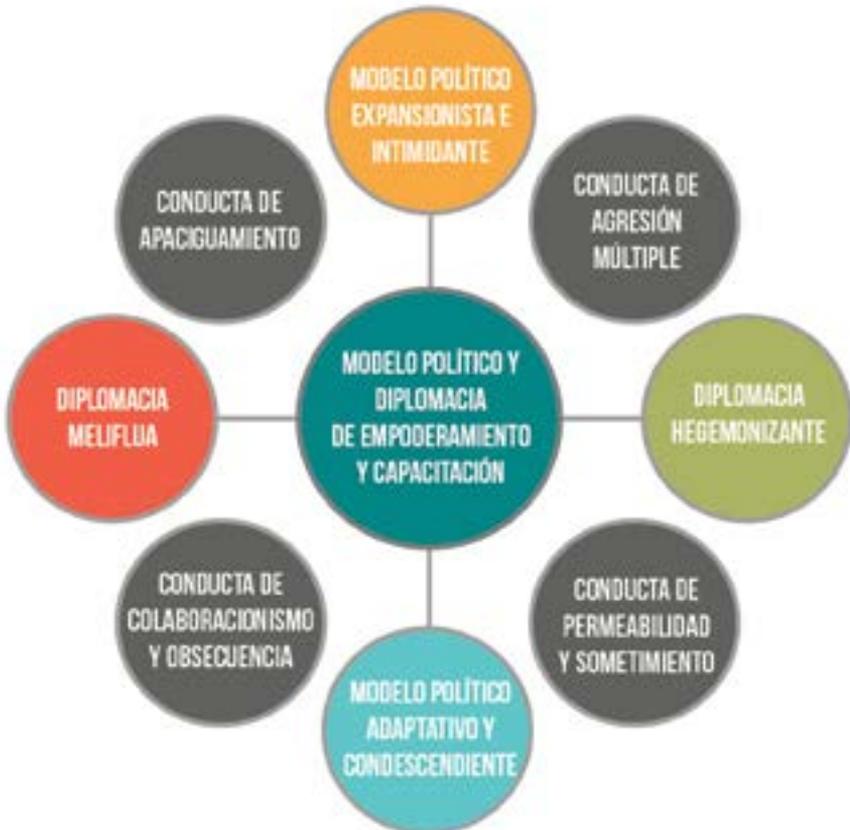
En consecuencia, al conocer y gestionar tales defectos a la perfección, cada maniobra violenta multiplica sus efectos y el

perpetrador refina sus métodos destructivos ya sea para enfrentar modelos resistentes o para ejercer cada vez con mayor contundencia su dominación sobre el Estado doblegado o absorbido.

Modelo de Dominancia

Es así como puede apreciarse una dinámica conflictiva entre unos modelos políticos y unos aparatos diplomáticos en creciente tensión internacional; dinámica conflictiva que produce unas líneas de conducta internacional bien definidas (Figura 2).

Figura 2: Dinámica conflictiva del matoneo entre las naciones.



Apaciguamiento

La primera línea de conducta que puede apreciarse es la de apaciguamiento, o sea, aquella que surge de las tensiones entre una diplomacia meliflua y el núcleo mismo del modelo expansionista-intimidante.

La diplomacia meliflua, aquella basada en la indulgencia, la complacencia y la contemporización, tiende a ser permisiva, tolerante y laxa, a tal punto que facilita por completo la tendencia agresiva del modelo atemorizador.

El modelo expansionista, es decir, el motor del matoneo entre las naciones, ve así despejado el horizonte para desplegar sus habilidades destructivas en los ámbitos regionales y supra-regionales, con lo cual, momentáneamente, puede sentirse inclinado a autocontenerse pero solo con el fin de distribuir y emplear mejor sus recursos desafiantes haciéndolos cada vez más efectivos y certeros.

Se constituye así la conducta de apaciguamiento, aquella que temporalmente da respiro a las víctimas evidentes o potenciales que, superficialmente, prefieren confiar en que han logrado dominar las pulsiones destructivas del agresor gracias a su comportamiento dulcificador, pero que, en el fondo, son conscientes de las graves limitaciones de su acción diplomática.

Agresión múltiple (tácita o expresa)

La segunda línea conductual es la resultante de las tensiones y conexiones entre el modelo expansionista y la diplomacia hegemonzante.

Tal diplomacia hegemonzante no es otra que la desplegada por los actores asociados al núcleo de poder intimidante, es decir, la que está formada por los anillos de seguridad, los escudos protectores y las puntas de lanza montadas hábilmente por los asociados al proyecto expansionista y por el propio Estado núcleo.

Así que cuando las tareas desarrolladas por esa diplomacia se conjugan eficazmente con los principios políticos que orientan al modelo absolutista e intimidante, el resultado es una conducta

internacional de agresión y destructividad múltiple, ya sea de carácter tácito o expreso.

De carácter tácito, porque las agresiones no tienen por qué ser necesariamente evidentes, así que ejecutándose como no obvias logran ocasionalmente unos impactos emocionales entre la población y las instituciones afectadas que, incluso, exceden en contundencia a las agresiones directas.

Y de carácter expreso, porque las acciones agresivas tarde o temprano se hacen visibles, tangibles, y el daño que causan puede ser medido empíricamente, de tal manera que al articularse con las iniciativas no evidentes forman una tenaza estratégica de particular utilidad para el objetivo avasallante.

En cualquier caso, una conducta acosadora, agobiante y contaminante que se reproduce sin descanso y se afianza, precisamente, por el balance favorable que surge entre los distintos cuadrantes que componen toda esta dinámica conflictiva.

Permeabilidad y Sometimiento

La tercera conducta es la que puede observarse entre la mencionada diplomacia hegemónica y un modelo político adaptativo y condescendiente.

Ante las decisiones propias de la diplomacia de insensibilidad absolutista, muchos actores estatales o no estatales terminan actuando de modo adaptativo, garantizándose una cierta estabilidad basada en la condescendencia y la correspondencia.

Este modelo político prioriza la sobrevivencia sobre cualquier tipo de respuesta o iniciativa de confrontación, así que la victimización se asegura y el avasallador completa cómodamente la tarea de someter a esa víctima que, en tal contexto, sólo podría aspirar a un tratamiento más o menos acogedor o displicente por parte del núcleo dominante.

¿Es posible que la víctima desarrolle una conducta propiciatoria tal que atraiga al agresor, que envíe señales claras (diplomáticas, militares y mediáticas) sobre su indefensión o fragilidad, estimulando así la exploración agresiva del expansionista?

Colaboracionismo y Obsecuencia

La cuarta línea de conducta es la que se establece entre el modelo adaptativo y condescendiente de la víctima y la diplomacia meliflua, de tal manera que la relación resultante es la del colaboracionismo y la obsecuencia.

El obsecuente, a diferencia de la víctima, es más activo y no sólo aspira a sobrevivir por adaptación sino por contribución o retribuciones, haciéndose dependiente pero conservando márgenes de autonomía al inscribirse en el modelo dominante con ciertos rasgos de incertidumbre y ambivalencia, o sea, algún grado de provocación implícita que le otorgan mayor valor en la percepción calculadora del núcleo imperante.

Por último, esta dinámica conflictiva no estaría completa si no contemplase la tendencia adversaria que altera la lógica de la imposición, la frustración explosiva la insensibilidad, la complacencia y la complicidad.

Por tal razón, el esquema presenta en el centro, escapando a las líneas conectoras de conducta, la posibilidad de ruptura, de descomposición del proyecto destructivo, mediante un modelo político alternativo y un aparato diplomático resiliente, desafiante o antagónico que, ocasionalmente, puede confrontar exitosamente a los agentes agresores.

Empoderamiento

Tarde o temprano, el modelo de dominancia puede ser repelido. Mediante acciones unilaterales o multilaterales, legalizadas (por el Consejo de Seguridad de la ONU) o no; legitimadas (por la lógica del consenso protector) o no, las ligas y redes de la negación, contención y acción preventivo-anticipativa se activan para castigar al acosador y reequilibrar el sistema.

Pero cuando esto no sucede, el matoneo impera y las relaciones de dominación despótica construyen un escenario cada vez más amplio de propagación y contagio, tal como se puede ver en la relación entre epidemia y pandemia.

TRIANGULACIÓN DEL MATONEO

En un clima de seguridad global en que es tan importante la seguridad interestatal como la intergrupala e individual, el matoneo se funda, en todo caso, en una relación triangular marcada por el agente intimidante y sus asociados, la franja de víctimas y sus asociados, y la constelación de testigos presenciales o no presenciales.

Todo ello marcado (como centro mismo del triángulo) por los actores en capacidad de neutralizar y reducir al proyecto acosador, es decir, lo que al describir la figura 1 aparece como el modelo político y diplomático resiliente y desafiante (Figura 3).

Figura 3: El triángulo del matoneo entre las naciones.



El Intimidante y sus Asociados

El Estado acosador acumula fuerza y hace ostentación de sus poderes derrochando narrativas de grandeza. Es agresivo en cada uno de los escenarios diplomáticos o paradiplomáticos en

los que interactúa. Es impulsivo en la toma de decisiones y los cálculos en que basa sus pretensiones son osados, gozando en su intimidad de los riesgos elevados.

Sus habilidades de interacción bilateral o multilateral son remarcables aunque en diversos contextos él y sus coaligados resulten repulsivos. No es muy hábil para resolver pacíficamente los conflictos pero es altamente especializado en técnicas de propaganda y persuasión tanto hacia dentro como hacia fuera de su sistema social (generalmente bien cohesionado y basado en el consenso).

Por supuesto, la empatía con las víctimas es prácticamente inexistente, la insensibilidad es la constante, y no muestran ninguna inclinación a la autocrítica y la observación externa les resulta en extremo inquietante y corrosiva.

De hecho, son suficientemente resistentes a cualquier sentimiento de culpa y, por el contrario se perciben a sí mismos como víctimas de procesos complejos de exclusión, limitación o humillación, con lo cual, les resulta fácilmente digerible la idea de someter a otros, relacionados o no con tales procesos.

Adicionalmente, estos actores expansionistas no controlan sus tendencias destructivas porque es en ellas en las que reside su identidad e influencia en el sistema internacional. No en vano su autoestima es elevada, al punto que los dirigentes se muestran como auténticos ególatras poseídos de dones superiores y sentimientos redentoristas que inspiran al conjunto social y se proyectan sostenidamente en contextos lejanos.

Buscan afanosamente la autosuficiencia y suelen asociarse mediante prácticas económicas heterodoxas para dividir el trabajo y suplir endógenamente sus necesidades básicas en virtud de fórmulas primitivas de intercambio.

Suelen superar sus frustraciones remotas y/o recientes mediante prácticas cada vez más desestabilizadoras y atraen la atención presentándose con creciente frecuencia como víctimas de complots y conspiraciones bajo la consabida lógica del “Estado soy yo”.

El protagonismo extremo les lleva a autoafirmarse y crecer (tanto en lo socioeconómico como en influencia política) usan-

do calculadamente la violencia aunque no siempre tales cálculos coincidan con los criterios generalmente aceptados o asumidos como racionales.

Inicialmente, su nivel de integración es disfuncional, pero en la medida en que se propagan van generando sus propios modelos de integración regional que riñen e incluso erosionan los esquemas regionales preexistentes.

Asimismo, en un principio son impopulares, aún más que sus víctimas, pero tan pronto como consiguen mostrar éxitos tangibles al desarrollar su misión abarcadora, atraen la atención y simpatía de aquellos países con sistemas de desarrollo deficientes o precariamente definidos (Estados oscilantes).

De igual modo, descomponen aceleradamente los vínculos que antes les ataban a proyectos comunes basados en consideraciones históricas de lengua, etnia o religión para que tales elementos encajen más tarde en su proyecto hegemónico cuyas características ideológicas lo definen como antagonista de ese pasado común.

En el mismo sentido, menosprecian los órdenes suprarregionales que no se ajusten a sus intereses e irrespetan toda suerte de compromisos adquiridos en el pasado que ahora rechazan con vehemencia en la típica narrativa del antiguo régimen que se contraponen al nuevo y esperanzador.

De hecho, los lazos sociales que definen a los Estados intimidantes se basan en la reproducción de la violencia y en una especie de adaptación histórica a la solución de problemas mediante el uso de la fuerza, la politización policial, los conflictos irregulares intraestatales y las guerras convencionales.

En la práctica diplomática, eso significa que si estos actores están poco habituados a ensayar o a difundir en sus sistemas educativos metodologías no violentas de solución de las controversias, les resultará muy fácil desafiar los mecanismos tradicionales de seguridad colectiva creando otros en los que sus criterios de gestión de las diferencias terminen siendo asimilados.

En efecto, el Estado pendenciero nunca ha interiorizado suficientemente la tendencia a respetar la soberanía ajena y se vale de cualquier pretexto para reprochar al otro y convalidar su

conducta agresiva al amparo del derecho a la legítima defensa negándose sistemáticamente a aceptar la intervención exterior aunque esa intervención se ajusté en estricto sentido a los principios de la Carta fundacional de las Naciones Unidas.

Es por eso que la lectura e interpretación de la realidad que ellos practican solo obedece a referentes ideológicos pre-facturados y promotores de violencia de tal modo que rechazan toda evidencia y ajustan los acontecimientos exclusivamente a su imaginario político narcisista transfiriendo toda la responsabilidad política a sus oponentes puesto que cualquier actor internacional sólo puede ser concebido como instrumento más o menos funcional a la causa.

En consecuencia, resulta demasiado frecuente que el discurso diplomático del intimidante se base en endilgar la culpa a otros (no necesariamente a los que perciba como más vulnerables), que son mostrados como provocadores directos o indirectos llegando al punto de que esos presuntos provocadores pueden ser actores ajenos a los problemas en cuestión pero que ya hacen parte de la masa crítica de Estados que tarde o temprano serán absorbidos parparar a formar parte del modelo redentor de la sociedad internacional (Figura 4).

El Agente Activo

El líder del proyecto, redentor, iluminado, inspirador, re-encarnación del referente espiritual que en su momento dio vida al proceso, es el eje de la construcción simbólica del poder emergente que lo subsume todo.

Es el que está dispuesto a abrir la brecha, a asumir los costos del expansionismo, a concitar la voluntad de los simpatizantes, a tejer la red de acosadores, a distribuir el trabajo en un entramado funcional de responsabilidades agresivas.

Diversificando y dosificando la violencia en todas sus modalidades, regula el proceso de dominación tal como se construye un rompecabezas, de tal modo que la absorción de las víctimas tiene que traducirse en el incremento de simpatizantes no sólo en la lógica del dominó sino, principalmente, en la lógica reticular

Figura 4 : La conducta circular del actor intimidante.

de nodos, conectores e hipervínculos con habilidades puestas al servicio de la causa expansionista.

Amedrentando al vecindario, proyectando sus capacidades a escenarios extrahemisféricos y sosteniendo campañas de imposición de modelos de conducta, el agresor y su tejido estratégico de asociados hacen visible el protagonismo dominante y también la postración consentida o forzosa de las víctimas.

Haciendo gala del histrionismo que le caracteriza, el gobernante o líder del proyecto sobresale en medio de una notable ostentación de fuerza, con lo cual, logra inhibir no solo a las víctimas sino a los testigos que presencian tímidamente la propagación del modelo.

El Agente Tangencial

De modo indirecto, mediante discursos, narrativas y motivaciones historiográficas, el agresor tangencial instiga e impulsa a los que concentran recursos duros de poder para que ejecuten las maniobras directas de imposición de normas y códigos actitudinales.

Operando entre sombras, su interpretación de la realidad pone en marcha y mantiene vivo el acoso haciendo de la intimidación la constante diplomática que los demás países considerarían como casi irrefutable.

Manipulador por excelencia, la persuasión y la diplomacia pública y viral son sus herramientas favoritas, así que su papel en el conglomerado intimidante es el responsable de la perdurabilidad y fijación de las agendas de información-y-opinión, desde lo individual a lo institucional.

Adicionalmente, el sujeto tangencial utiliza refinados mecanismos de provocación que surten rápidos efectos sobre las víctimas potenciales, las mismas que al ceder fácilmente ante semejantes estímulos terminan justificando con ello las acciones de respuesta (represalias o retaliaciones) emprendidas por el centro dominante.

El Agente Pasivo y Morigerador

Todo proyecto expansionista requiere de amortiguadores que alivien los impactos y golpes que la propagación supone, sobre todo cuando la velocidad de tal propagación es elevada.

Precisamente, el agente pasivo aparece en el escenario adoptando un comportamiento muy flexible, no suficientemente contagiado por el centro dominante, con aparente margen de maniobra y libre pensamiento, mecanismos que le resultan muy útiles al proceso hegemónico puesto que lubrican y suavizan la captura de las víctimas mediante una suerte de intermediación cálida, o sea, una morigeración de la confrontación que, en cualquier caso, termina con la absorción plena del Estado perseguido.

Este agente suavizante llega incluso a enfrentarse (artificialmente) al eje dominante para crear confianza entre las víctimas y sembrar en ellas una sensación de solidaridad y vulnerabilidad

mutua, de tal modo que al mostrarse como protector del afectado termina arrastrándolo a la estructura central del proyecto y lo inserta con fino tacto en la arquitectura del poder absolutista.

Dicho de otro modo, el actor amortiguador no toma parte activa en el acoso pero escolta, acompaña y nutre (sobre todo, en el plano diplomático y publicitario) al agresor activo, tendiendo sobre él un manto protector desde su posición de aparente imparcialidad e independencia.

En tal sentido, el rol intelectual del agente pasivo resulta fundamental pues prepara y condiciona a la comunidad internacional para aceptar gradualmente el proyecto expansionista enfrentándose, incluso, a las instituciones, regímenes o constelaciones regionales de seguridad para facilitar la propagación del tejido hegemónico.

El Agente Reactivo. Las Hordas.

Pendenciero, arrogante y cruel, es el socio más evidente del agresor activo. Altamente temperamental, responde de inmediato y con contundencia ante cualquier observación, amonestación o sanción por parte de los complejos regionales de seguridad del adversario.

Su papel es incendiario, explosivo y rudimentario pero altamente efectivo porque, sin ambages ni reservas, fórmula y ejecuta acciones que tienden a paralizar cualquier intento regulador en el sistema internacional.

Al no autocontenerse, su aparato disuasivo es altamente respetado y creíble, sobre todo por los miembros más vulnerables del área. Controla de manera muy primitiva sus impulsos, así que acompaña muy bien con el agresor principal y logra con éste, al alimón, sembrar el desconcierto permanente, el caos controlado, en otras palabras, las condiciones que catalizan la propagación.

Al actuar airadamente y con aspavientos, el reactivo es experto en convalidar su conducta mediante la inculpação del otro y convierte cualquier actitud contraria, por inocua e intrascendente que sea, en el detonante perfecto de crisis de alta tensión en las que se amparan el acoso y la intimidación sistemática.

El agente emprendedor

Con altos niveles de satisfacción ciudadana, el autoritario eficiente muestra indicadores de popularidad y aprobación en los escudos escuda para cuestionar cualquier matiz de disfuncionalidad en aquellos Estados sobre los que se aplica el matoneo.

Eso significa que el agresor emprendedor denuncia pormenorisadamente las fallas estructurales del gobierno al que se quiere controlar como razón suficiente para afectarlo puesto que, implícitamente, los ciudadanos de ese Estado aprobarían felizmente el avance del absolutismo si tal absolutismo les proporciona y garantiza la satisfacción que por naturaleza anhelan.

Por ende, la conducta del agresor emprendedor es altamente racional, deliberada y sometida a evaluaciones específicas de impacto. Al alcanzar las metas esperadas, la agresión que ha emprendido no sólo se legitima sino que se hace deseable, insoslayable ; y coaccionando, se perfecciona y se solaza.

De hecho, los beneficios materiales son para el agente emprendedor tan importantes como el prestigio, reconocimiento y, lo que es más, la imitación de su conducta.

El estatus internacional del emprendedor está siempre modulado por el protagonismo del agresor central, pero el perfil del emprendedor es el que corrige los déficits que en materia de eficiencia pueda tener el líder del proceso expansionista.

Sin tener que responder a ninguna acción en su contra, ni a amenaza alguna (real o imaginaria), el emprendedor activa sus mecanismos de dominación para contribuir al proyecto hegemónico con base en su creatividad, potencial innovador e indicadores de reputación.

La Víctima y sus Asociados

Más allá de la idea del “chivo expiatorio”, la víctima no es sólo el actor percibido como indefenso, vulnerable y con nula capacidad de respuesta.

No obstante, es cierto que cuando el agresor hace su cálculo estratégico, la valoración de potenciales de las víctimas potenciales le ofrece unos indicadores alentadores pues buena parte de ellas pueden ser Estados desadaptados, indecisos, o sea, no ali-

neados a un sistema de seguridad compartida o, por el contrario, actores excesivamente dependientes de un régimen de seguridad regional considerado por el victimario como amenazante o incómodo para la propagación de su modelo hegemónico (Figura 5).

Figura 5: La conducta circular del actor intimidado.



La víctima Desvalida

Apocado, indefenso, frágil, retraído, inhibido, cohibido e insignificante, el Estado que se convierte en víctima pasiva no cuenta con los recursos, ni los medios, ni la voluntad necesaria y suficiente para repeler el ánimo tóxico del agresor y sus asociados.

Se trata de la víctima con tendencia natural a la postración, recluida en su actitud tradicional a soportar la dominación

interna o externa, educada y reeducada en sucesivos procesos de control y dependencia.

Esta víctima desvalida se halla muy cerca de lo propiciatorio, del sacrificio que se ofrecía en la antigüedad para apaciguar la justicia divina y tener propicios a los dioses.

Valiéndose de gestos apotropaicos, este tipo de Estado víctima recurre a mecanismos de defensa para alejar de su ámbito diplomático a los agresores pero lo hace tan vanal y superficialmente que sus actos invitan, más bien, a la absorción, la anexión o, en todo caso, a la sujeción política.

Es por eso que los exvotos diplomáticos a que apela no resultan suficientes y se ve cada vez más en la necesidad de valerse de oblacones, es decir, ofrendas y sacrificios al dominante en los que, incluso, se pone en juego o se rompe la integridad territorial con el único fin de aplacar la ira o el impulso expansionista del intimidante.

Tímidas, inseguras, decaídas, las víctimas desvalidas (Estados paupérrimos, fallidos, parias, disfuncionales y contrariados) hacen evidente su vulnerabilidad (en términos de creciente ingobernabilidad) emitiendo sucesivas señales de permeabilidad, haciendo porosas sus fronteras y mostrándose renuentes o incapaces de aplicar restricciones a los diversos ejercicios de influencia producidos por el centro agresor.

Al no disponer de capacidades comprobadas de seguridad y defensa, tales Estados son agredidos y capturados precisamente por su lastimosa pasividad crónica, a tal punto que suelen estar diplomáticamente aislados y, si acaso cuentan con el apoyo de alguna gran potencia, son percibidos por los acosadores como simples peones de un poder superior.

La Víctima Atractiva

Provocador, irreverente, autoinmune, altisonante, desparajado, el Estado víctima puede ser también atractivo porque se hace a sí mismo tan llamativo que no sólo impulsa al agresor a atraparlo en sus redes totalitarias sino que induce el silencio de los testigos, poco dispuestos a arriesgar su propia estabilidad tan

solo por acudir en apoyo de un Estado fastidioso y relativamente repulsivo que genera ruido permanente en el contexto regional.

Hiperactivo e impulsivo en el contexto regional, el Estado víctima atractiva parece autosuficiente y hasta goza de respaldos extrarregionales importantes pero, en sí mismo, es susceptible de contagio ya que su sistema inmunológico no resulta suficientemente resistente y, si lo es, difícilmente logra blindarse por completo ante el avance coordinado de los agresores.

En resumen, se trata de actores irritantes sometidos a tantas presiones internas (conflictos irregulares transfronterizos o de alto impacto regional) que su funcionamiento traumático termina generando el rechazo del resto por los costos que su problemática supone; problemática que, en todo caso, le impide a tal Estado contribuir eficazmente con el entorno o con las grandes potencias que eventualmente lo auxilian, convirtiéndolo así en un fardo difícilmente defensible.

Los Testigos

No siempre faltos de carácter y reciedumbre, lo cierto es que los testigos pueden facilitar con su silencio la tarea del intimidante.

Algunos de estos testigos pueden ser inseguros, dubitativos y prefieren mantener la estabilidad interna antes que adentrarse en problemáticas que terminen afectando su funcionamiento, por deficiente que sea.

Presas del temor a que la propagación del modelo dominante les consuma, prefieren mantenerse discretamente alejados al amparo de sus escrúpulos (el principio de no intervención y respeto a la soberanía de los Estados) aún cuando los actores protagonistas de la agresión no sean, exactamente, otros gobiernos.

Al subestimar el daño infligido a las víctimas, son incapaces de medir tempranamente los costos de su indiferencia, de tal modo que su procrastinación estratégica lejos de reducir, incrementa los costos que ellos tendrán que asumir más tarde o más temprano.

Rayando en la complicidad (amparada en un presunto o verdadero déficit de información objetiva sobre los hechos), los testigos pueden lanzar (aún involuntariamente) señales aprobatorias al agresor que, en principio, se sentirá con licencia para proseguir con su conducta pero sin que eso signifique en ningún caso que se comprometa a no agredirlos pues, en su algoritmo destructivo, el testigo es tan sólo una asignatura pendiente, un caso del que luego habrá que ocuparse para definir con precisión en qué circunstancias deberá ser intervenido pues, tarde o temprano, tendrá que hacer parte de la retícula expansionista.

Secuaces

Son los acompañantes a distancia (espirituales, ideológicos), seguidores o correligionarios del bando agresor que, a pesar de no estar directamente comprometidos, lejos de refrenarles, animan a los acosadores a lanzar órdagos contra las víctimas que, por otra parte, ellos mismos han ayudado a identificar en el mercado político regional.

Al hacer parte referencial del redil agresor, los secuaces actúan también violentamente pero como animadores de los perpetradores en un rol que a veces se confunde con el del agente tangencial pero del que se diferencia en la medida en que no participa directamente en la ejecución de la agresión. Entonces, su papel de espectador adquiere valor en tanto integra las coaliciones rufanescas sin facilitar recursos militares que incidan frontalmente sobre los Estados o redes afectadas.

De hecho, los secuaces actúan como cómplices y amplían el mercado de la rufianería situándose en mejor posición frente al bando agresor en cuanto logran incorporar a un mayor y cada vez más significativo número de acólitos.

Aúlicos, satélites, estos espectadores del ritual de la agresión temen convertirse en víctimas, con lo cual, apelan a un cierto criterio de neutralidad (regulada: activa, o pasiva) buscando con ello conservar una especie de estatus diferenciador sin que ello pase a ser sinónimo de imparcialidad en el mapeo del conflicto.

Atizadores

Azuzando, teniendo fruición en ver el daño en los países agredidos, los reforzadores de la conducta intimidante se ponen a salvo de padecer en carne propia la agresión y cooperan gustosa y activamente en la expansión del modelo por cuanto avivan cotidianamente la tendencia agresiva reclamando el uso de la fuerza o, en todo caso, incrementando mediáticamente la temperatura de la violencia sin asumir directamente el costo del matoneo.

Indiferentes y Desprevenidos

Pasando desapercibidos, los indiferentes se esfuerzan por mantenerse al margen, es decir, por fuera del circuito conflictivo, ya sea porque geográficamente se encuentran tan alejados del problema que no se sienten afectados, porque (evasivamente) prefieren concentrarse en sus asuntos internos (magnificados para justificar así su miopía), o porque temen enfrentarse al agresor expansionista aunque en su intimidad reconozcan que, tarde o temprano, se verán más o menos involucrados.

Esa indiferencia puede resistir múltiples interpretaciones que giran en torno a cuán proclives se muestran ellos a aceptar o rechazar las iniciativas del agresor y, aunque su discurso diplomático los muestre alejados del proyecto destructivo, las víctimas siempre resentirán la inicial indiferencia exhibida por ese actor desaprensivo que, sobre todo cuando se halla capacitado para contener al agresor, sencillamente se enconcha, se refugia en sí mismo y no lo hace.

Los Capacitadores y el Emprendimiento

En coincidencia con el modelo político y la diplomacia de empoderamiento, el triángulo del matoneo se ve alterado por la irrupción de los Estados defensores de las víctimas, es decir, aquellos actores que resuelven abandonar el papel de espectadores para capacitar a los afectados, para empoderarlos dotándolos de suficientes herramientas y aptitudes de respuesta o de anticipación frente a agresores manifiestos o latentes.

En consecuencia, son los que desapruban el modelo de dominancia, incluso desde horas muy tempranas, y aunque no

siempre desarrollan tareas preventivas o no reaccionan prontamente ante las señales expansionistas, se encargan de facilitar los medios para contener o disuadir a los intimidantes llegando al punto de intervenir directamente en el enfrentamiento cuando perciben con claridad que ya no existe posibilidad diplomática de desescalada del conflicto.

ANATOMÍA DEL ABUSO

Las dimensiones del acoso son la columna vertebral del sistema internacional. Proximidad, ubicuidad, instantaneidad son las claves de la turbulencia generalizada. Las lealtades y alineamientos son difusas, la inestabilidad campea, la intimidación prolifera para consolidar las tendencias económicas, políticas y militares.

De hecho, la cooperación está definida por el traumatismo permanente y la fragilidad estructural, de tal modo que la noción de reciprocidad se relativiza de manera impredecible, alterando aún los cálculos más racionales y reflexivos.

Bloqueo y Parálisis Operacional

El bloque agresor busca, en principio, entorpecer el margen de maniobra del Estado víctima, sus capacidades de respuesta y las facilidades de acceso a recursos necesarios.

El bloqueo social es la condición para que, descontextualizada y por fuera de sus circuitos más amplios de protección compartida, la víctima se vea apocada y reducida al minimalismo estratégico.

En un clima de aislamiento que garantiza la vulnerabilidad o, por lo menos, el repliegue de la víctima, el intimidante despliega de manera relativamente fácil sus habilidades destructivas y la emprende sistemáticamente contra los nodos más sensibles y trémulos del tejido diplomático y militar de los afectados.

Mediante el bloqueo, el agresor paraliza a sus blancos y los margina del sistema, haciéndolos presa fácil para el espíritu expansionista. De hecho, la diplomacia pública del frente avasallador consigue alterar la unidad nacional de los asediados y

de tal modo asegura una expansión suficientemente lubricada y sostenible.

Al impedir la interacción, irrumpir en los canales de interdependencia y quebrar la lógica de construcción social de una realidad regional, el transgresor crea unos cordones de aislamiento que a la víctima le resulta cada vez más difícil romper y desvirtuar.

El pendenciero avanza fluidamente en ese clima de horfandad estratégica e interrumpe los mecanismos o asalta los canales de comunicación del Estado víctima obligándolo a caer en una especie de autismo operacional baciendo cada vez más indeseable a la víctima en la sociedad internacional.

Las redes naturales de apoyo y solidaridad de la víctima son sistemáticamente cortadas, su iniciativa estratégica se desdibuja y se pierde, y las habilidades para desmarcarse se agotan, con lo cual, la percepción de que la víctima es inoperante se generaliza y su reputación se derrumba, haciendo que el impulso de otros para acudir en su ayuda también se reduzca significativamente.

Indigno, aminorado, reducido, el Estado víctima, cada vez más indefenso, es estigmatizado por su propensión al colapso, por su desdén militar o político, y pasa a ser estigmatizado, casi que abandonado a su suerte, no quedándole más remedio que sucumbir e insertarse en el aparato dominante.

Dicho de otro modo, la movilidad estratégica de la víctima se pone en entredicho o se difumina de tal manera que la presencia absolutista del agresor suple sus déficits de representación en un grado tal que las principales variables de la acción exterior terminan absorbidas por el acosador y sus seguidores.

Asechanza, Hostigamiento y Asedio

El bloque abusador hostiliza recurrentemente a la víctima para fracturar su identidad y autonomía obligándola a moverse en la dirección deseada, dispersarse o alejarse del modelo de seguridad del que hacía parte y agruparse en el proyecto expansivo.

Mediante el engaño y la amenaza, el perpetrador pone en cuestión la dignidad del abusado y lo degrada. Sometiéndolo a sitio físico o simbólico lo deshonra, lo conduce al escarnio y a la ridiculización.

En ese sentido, el sistema político del Estado víctima es objeto de burla y caricaturización permanente. El señalamiento de la víctima como causante de todas las disfunciones regionales da pie a un hostigamiento generalizado y facilita la puesta en marcha de diversos tipos de operaciones de intromisión.

Manipular, Afrentar, Infamar e Imprecar

Coordinando acciones para que otros atenten contra el acosado, el Estado avasallador distorsiona la reputación de la víctima alterando por completa su imagen.

Esa imagen se convierte entonces en una serie continua de estereotipos destructivos apelando a las reglas y técnicas de la propaganda. De hecho, todas las acciones del oprimido son escurtidas para descalificar cualquier iniciativa o su inmovilismo.

En otras palabras, toda su conducta es canalizada para suscitar el rechazo de los actores concurrentes en la cadena de problemas diplomáticos en la que hace presencia y, a la postre, más actores se suman al matoneo político sembrando la sensación de que la víctima se merece el tratamiento drástico al que está siendo sometida.

Las afrentas, imprecaciones, injurias e infamias son los referentes con que se maneja toda interacción con la víctima, logrando con ello el aislamiento, el repudio o la condena.

Coacción y Autoinmunidad

En suma, lo que se busca es que las víctimas desarrollen actitudes autodestructivas, en contra de su voluntad. De hecho, los agresores consiguen que la respuesta inmunitaria de la víctima se enfile contra sus propios organismos e instituciones, corrompiendo de esa manera todo el ensamblaje decisional y la cohesión social.

Progresivamente, el bloque expansionista doblega la resistencia del sistema agredido y el sometimiento se materializa en la adecuación de las instituciones locales a las que son propias del frente acosador.

Por ende, cuando la víctima se comporta en contra de su voluntad, o autodestructivamente, les otorga a los abusadores, implícita o explícitamente, mayor poder y legitimidad porque son percibidos como suficientemente capaces de mantener el orden regional o subregional.

Así las cosas, los costos que se le imponen a la víctima para que siga siendo relativamente funcional se hacen paulatinamente intolerables y los tributos que se ve en la obligación de pagar la llevan a asumir riesgos tan costosos que le es fácil concluir que es preferible la subordinación obediente a cualquier tipo de resistencia.

Marginación y Exclusión

En todo caso, el colectivo destructor se asegura los medios para aislar al acosado tratando de paralizarlo por superioridad multimodal, esto es, mediante la conjugación de esfuerzos destinados a dañar al oponente indefenso.

Al negarle la participación en los escenarios multilaterales, o permitirselo, pero con el único fin de hacer evidente su exclusión, el agresor consigue que la víctima se inhiba cada vez más y se muestre repetitivamente constreñida a abstenerse o a ser flagelada recurrentemente.

Se produce así un vacío diplomático que el acosado no puede llenar y que lo pone a merced de los actores asociados al proyecto expansionista pues ellos perciben con relativa facilidad que, en semejante estado, al iintimidado le resulta prácticamente imposible defenderse o tomar la iniciativa estratégica.

Agresión Física y Acción Directa

En la anatomía del abuso, la agresión tangible ocupa un lugar preponderante ya que cuando se llega a semejante extremo y la víctima o encuentra mecanismos válidos o suficientes de

respuesta y defensa, el acosador se siente estimulado a incidir de manera cada vez más explícita y certera.

Por sí mismo, o mediante terceros, el perpetrador lanza ofensivas terroristas o se aventura en incursiones calculadas sobre el territorio ajeno poniendo a prueba la metodología reactiva del perseguido y consiguiendo imponer sus criterios y la eventual agenda de diálogo para dilucidar la situación.

Insidia

El perpetrador es insidioso: al enmascarar sus verdaderas pretensiones adopta conductas que pueden interpretarse como benevolentes hasta que, ya suficientemente seguro de hallarse muy cerca de sus objetivos, y reduciendo al máximo la posibilidad de respuesta del hostilizado, revela su verdadera intención y la declara de manera más o menos abierta.

Amenazas Manifiestas o Larvadas

La integridad del Estado afectado se erosiona. Tanto en lo tangible (integridad territorial) como en lo inmaterial (la identidad sistémica y el perfil diplomático), la amenaza permanente hace que el Estado agredido se amilane y se contraiga.

La extorsión, el chantaje, las demandas, los litigios simultáneos, la confluencia de factores agobiantes se convierten en la constante política y jurídica, esto es, la pauta para bloquear al perseguido.

Consciente de su poder de intimidación, el agresor puede incluso formular amenazas severas contra terceros en algún grado afines a la víctima-núcleo, logrando así el efecto de parálisis por evitación.

Abuso discursivo

No solo divulgando rumores que limitan al máximo la habilidad de la víctima para desplegar una adecuada diplomacia de reputación sino articulando y dosificando un léxico ofensivo, el

bloque agresor consigue afectar cruelmente al Estado asediado minando su funcionalidad y gobernabilidad.

En principio, el torrente discursivo se orienta a:

- 1- Desprestigiar y desdibujar el liderazgo regional de la víctima.
- 2- Etiquetar el perfil regional del agredido con definiciones ideológicas degradantes.
- 3- Repetir, reiterar y sustentar diplomáticamente las conductas consideradas como reprochables que hacen indeseable al gobierno o bloque de países sometidos a la agresión y el acoso. De hecho, toda respuesta será inmediatamente capitalizada para proseguir con el desprestigio, así que la pasividad o la relativa animosidad de la víctima les serán muy útiles a los acosadores para pulir su arquitectura oprobiosa.
- 4- Caricaturizar al ofendido, de tal forma que la historia y las iniciativas recientes serán objeto de distorsión y alteración hasta lograr que la conducta interna-externa de la víctima solo pueda ser comprendida a la luz de tales distorsiones,

LA ARQUITECTURA DEL ACOSO

En construcción permanente, la presión tendenciosa del bloque agresor se presenta, pues, en un orden regional poroso y es una conducta múltiple percibida como hostil (como ataque), sistemática, recurrente, más o menos explícita, persistente, crónica, prolongada, sostenible, orientada a desestabilizar, afectar la reputación, perturbar la gobernabilidad, limitar la proyección diplomática, desprestigiar y conmocionar de tal forma al Estado o bloque de actores que soportan la presión hasta que no tengan más remedio que anularse a sí mismos (aislarse) y, finalmente plegarse, es decir, integrarse a las redes funcionales del proyecto expansionista.

Independientemente de que los objetivos perseguidos por el perpetrador se consigan plena o parcialmente, lo importante,

en todo caso, es la elaboración misma y el desarrollo de un programa agresivo que supone consecuencias negativas en un grado o en otro.

Semejante arquitectura destructiva ocasiona daños mutuos, pero requiere de ajustes permanentes que la perfeccionan y la propagan. Y aún en el caso de que el Estado víctima evite el daño, o lo minimice, los perjuicios causados son evidentes y pueden ser evaluados por la comunidad internacional más allá del nivel de apoyo de que pueda hacer gala el intimidante, con lo cual, esa evaluación puede practicarse tanto en el clima de opinión como en la interacción física entre los gobiernos (comercio, inversiones, recursos, correlación de fuerzas militares, etc.)

En definitiva, el matoneo se erige sobre la estigmatización de la víctima. De mayor o menor intensidad o duración, pero en todo caso un proceso específico de estigmatización y hostigamiento a partir de un cálculo, de una valoración de potenciales y capacidades mutuas, de un mercado de la fuerza.

En cierto modo, y en principio, el Estado víctima de esta elaboración agresiva podría considerar más rentable ignorar la hostilidad de que está siendo objeto pero el proyecto acosador se extiende, se acrecienta, y la presión termina afectando la cohesión y la estructura del que, tratando de evitar el conflicto, se ve cada vez más inmerso en la lógica de las violencias verticales y horizontales.

Entonces, al preguntarse el por qué de la agresión, el bloque de actores intimidados suele encontrar dificultades analíticas para elaborar una respuesta. Puesto que el proyecto agresor no siempre se hace responsable de las múltiples modalidades de asedio, el Estado víctima tarda en ocasiones demasiado tiempo en estimar objetivamente los alcances de la conducta insidiosa.

La acción colectiva del destructor se basa, por tanto, en un imaginario político de grandeza y preponderancia en el que los demás actores son considerados simples partes de un constructo, de una mecánica perfectamente articulada y entretejida a largo plazo.

Esto significa que la arquitectura del matoneo puede ser piramidal. En la cúpula, los agresores, generalmente bien capa-

citados, hacen estimativos sobre el mercado de la fuerza y pueden encontrar abiertas las opciones y favorables las posibilidades para acosar a Estados evaluados como más débiles, ya sea para absorberlos, neutralizarlos o, simplemente, para enviar señales a terceros.

En el medio, y ya en un sentido más horizontal, las asechanzas pueden provenir de Estados en igualdad de condiciones y fortalezas. De hecho, el matoneo entre las naciones puede ser mucho más intenso y cruel cuando se da entre iguales que cuando las asimetrías son obvias.

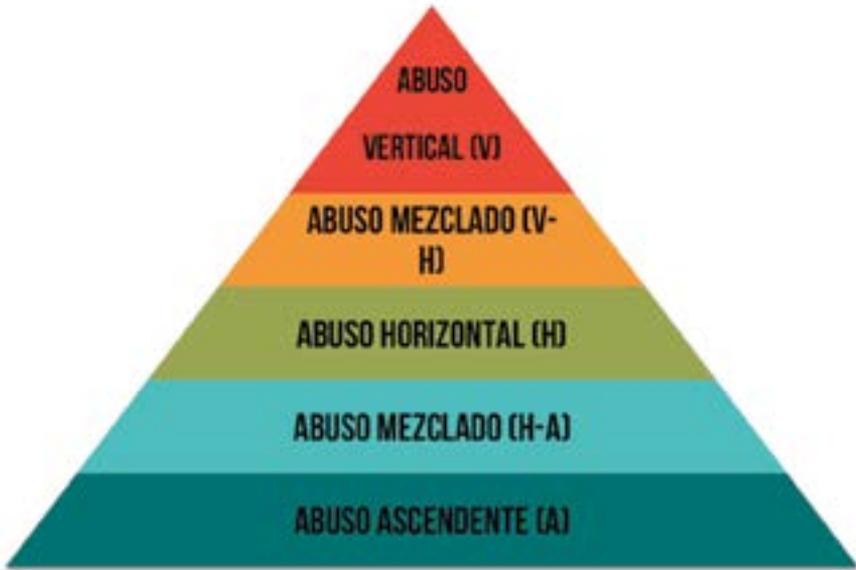
Incluso, en este plano puede darse la paradoja de que considerando como aliados a algunos miembros de su entorno, la víctima termine altamente frustrada al constatar que la indiferencia campea y la solidaridad no es la constante, ni siquiera cuando se han logrado altos niveles de interdependencia con ellos.

Y por último, desde abajo, actores en condición de asimetría negativa, es decir, visiblemente más débiles que los intimidantes, pueden considerar que sus acciones agresivas contra un Estado relativamente resistente y estable resultarán altamente rentables, de tal forma que su matoneo ascendente se convierte en herramienta útil para posicionarse mejor en el antedicho mercado o, simplemente, para rendir tributo a otros actores asociados en el circuito destructivo del que hacen parte (Figura 6).

En tal sentido, la arquitectura del abuso se establece en función de tres variables:

- 1- La personalidad internacional de los actores involucrados (su perfil identitario y funcional).
- 2- Las características propias del momento histórico en el que se desarrollan las relaciones transnacionales tanto a escala regional como local, y
- 3- Las tendencias del sistema internacional en su conjunto.

Todo lo cual se traduce en tres dimensiones correspondientes:

Figura 6: Direccionalidad del abuso.

- 1- La dimensión unilateral, es decir, el comportamiento de cada actor en el sistema, sus expectativas, intereses y ejecuciones,
- 2- La dimensión preventiva y mediadora, o sea, los mecanismos con los que cuenta el sistema regional e internacional, incluyendo a los actores individualmente considerados, para anticiparse al desarrollo de conductas destructivas, y
- 3- La dimensión correctiva y reguladora, esto es, las modalidades de superación de las acciones transgresoras utilizadas unilateral o multilateralmente para imponer el orden y garantizar la estabilidad del sistema y los equilibrios de poder.

En consecuencia, la presión insidiosa se edifica como:

- 1- Una corriente especial de iniciativas violentas por parte del bloque agresor que causa daño en los afectados.
- 2- Una serie de prácticas demolidoras en el sistema transnacional que suponen la aplicación abusiva de los distintos tipos de poder, lo que altera y descompone el desarrollo de roles autónomos y estables, poniendo a prueba los distintos regímenes, constelaciones o conglomerados regionales de seguridad, y
- 3- Una serie de esfuerzos coordinados y devastadores frente a los cuales poco importan los mecanismos del derecho internacional que se ven tendenciosamente ignorados o deformados (manipulados) no solo por los transgresores sino también por las víctimas en su creciente afán por rechazar las conductas destructivas que las afligen.

La Dimensión Unilateral

Puesto que la intención de la liga intimidante es el desmoronamiento operativo y estructural de la víctima, la agresión casi siempre resulta imperceptible, o es intermitente, con lo cual, a los destinatarios les es difícil precisar sus orígenes, dimensiones y efectos.

De hecho, los receptores del matoneo se resisten a admitir que están siendo el blanco de una campaña destructiva de mayor o menor alcance, pero, en todo caso, comprometedora y de compleja gestión y tratamiento.

Por ende, la intimidación tiende a ser enmascarada por el propio Estado víctima, siempre reticente a aceptar que está en la mira de un proyecto de amplio espectro. Al no declararlo, al ocultarlo, la víctima presume que está preservando su estatus y que su perfil diplomático no sufrirá menoscabo alguno.

Esta distorsión hace que el proceso destructivo se relati-vice pero, al mismo tiempo, se agrave, en una especie de alud que terminará arrastrando a los acosados que, tarde o temprano tendrán que exponer públicamente su condición de amenazado.

Esta cascada, o bola de nieve, si se quiere, es un proceso lento y gradual que a suele incubarse durante largo tiempo tanto en la mentalidad destructora como en la mentalidad receptora.

De fases pasivas, se pasa gradual o, como ya se dijo antes, intermitentemente, a fases mucho más activas y costosas, con lo cual, es apenas comprensible que, en ciertas circunstancias, los Estados víctimas sean calificados, aunque veladamente, como los responsables de la ‘perturbación ambiental’.

De hecho, la intimidación puede apreciarse también como una sucesión de momentos críticos, o etapas, que van desde, (a) las manifestaciones hostiles, (b) la agresión destructiva, (c) la estigmatización y el aislamiento, hasta, (d) el traumatismo funcional tanto en la gobernabilidad como en la cobertura diplomática.

En esta lógica, los aparatos de inteligencia militar y no militar desempeñan un papel interesante por cuanto detectan el matoneo en sus fases más tempranas aunque no necesariamente son atendidas e incluso son señaladas de sobredimensionar conductas a las que otros sectores del aparato estatal no perciben como perjudiciales en estricto sentido.

Es por tal razón que los Estados se esfuerzan por remarcar las diferencias entre lo que realmente es una conducta de asedio y los comportamientos que, aún siendo antagonicos, no son realmente amenazantes ni potencialmente destructivos.

Un primer elemento diferenciador para superar esta situación sería, precisamente, el de la intencionalidad y la deliberación con la que se comporta el aparato agresor, esto es, el planeamiento estratégico para convertir los asuntos internos del Estado víctima en una política de Estado del intimidante.

El segundo podría ser el de la intensidad, frecuencia y permanencia de la acción hostil (asociada o no a una valoración ética) en la que el rol del intimidante no encaja en los parámetros de la convivencia pacífica entre las naciones.

El tercero vendría siendo el de la actitud sistemáticamente orientada a degradar y descomponer al Estado víctima que, en tales condiciones, se ve empujado cada vez más a la respuesta solitaria y al aislacionismo defensivo que termina perjudicándolo severamente.

Sometido al trato vejatorio y a permanentes ultrajes, el Estado acosado tiende a reaccionar pero, al ser consciente de sus limitaciones y del marginamiento que padece o que se ha impuesto a sí mismo, llega al extremo de pedir perdón por sus actos reivindicativos, poniéndose así, gradualmente, en una situación cada vez más vulnerable.

El cuarto es el del escalamiento visible de los ataques que tienden a hacerse insoportables para el país asediado, de tal suerte que su conducta reactiva y defensiva termina convirtiéndose en desgaste y en un ejercicio agónico de dispersión de fuerzas y recursos.

Para ponerlo en otros términos, muchos gobiernos frágiles pueden aducir que están recibiendo presiones indebidas desde el exterior tan solo para justificar sus deplorables indicadores de desempeño, con lo cual, la diferenciación entre las acciones propias del asedio y las que no lo son resulta particularmente importante.

De hecho, hay situaciones conflictivas que no generan consecuencias traumáticas ni en el perfil de gobernabilidad de los Estados, ni en su actividad exterior: desavenencias, roces, malas interpretaciones, desacuerdos en temáticas más o menos sensibles, reservas, ruidos en la comunicación, arrebatos momentáneos de dirigentes, etc., son disfunciones no necesariamente explosivas aunque puedan derivar en ellas.

Por el contrario, las situaciones conflictivas explosivas son aquellas en las que se identifica claramente la naturaleza calculada, deliberada, consciente y programada del perpetrador. Aún así, conviene discriminar los escenarios en que:

- 1- La tensión engendra lesiones pero no necesariamente como producto de intenciones destructivas sistematizadas y orquestadas. En todo caso, la intención agresiva existe, el proyecto expansionista en ciernes comienza a ponerse a prueba y los daños sobre el receptor son tangibles aunque no suficientemente incapacitantes.

- 2- La tensión causa daño pero colateralmente, no definido previamente, es decir, no calculado específicamente, pero en cualquier caso asociado al proyecto intimidante, y
- 3- La tensión es percibida inequívocamente como destructiva, insidiosa, ya sea porque el Estado receptor así lo concluye, terceros lo ponen en evidencia, o el bloque emisor de la agresión lo expone públicamente sin ambages. Esto significa que la presión tendenciosa solo puede explicarse en función de una serie de factores históricos que propician su aparición y perdurabilidad:
- 4- Factores incubadores, o sea, los que subyacen a la conducta hostil en forma de ritos, correlatos, imágenes, atavismos que crean el caldo de cultivo en el que pueden germinar las conductas destructivas.
- 5- Factores exacerbantes, es decir, los que impulsan, aceleran y motivan las conductas agresivas y permiten que los aspectos mencionados en el punto anterior se materialicen en conductas discriminadoras negativas tendientes a producir daño cuantificable.
- 6- Factores precipitantes, o aquellos que concurren para que se de el momento propicio en que la agresión se convierte en un hecho concreto, visible o invisible, pero ya concebida explícitamente como un proyecto destructor del que se esperan resultados estratégicamente elaborados, y
- 7- Factores consolidadores, o sea, los que se extienden en el tiempo incorporándose a las mentalidades de los pueblos, sus idiosincrasias, formando el tejido en el que la violencia y la victimización tienden a reproducirse más allá de episodios de distensión o aparente concordia.

La dimensión preventiva y mediadora

La presión insidiosa es también un problema institucional en el que todo el orden regional y suprarregional está comprometido.

El entorno en el que se negocian y establecen los consorcios regionales de seguridad ayuda a explicar por qué prospera el matoneo entre las naciones y en qué condiciones históricas y geográficas prospera.

Rasgos culturales y psicosociales que hacen parte de la historia diplomática se conjugan para formar el circuito de la destructividad y la victimización, así que en órdenes regionales débiles o estructuralmente frágiles, la posibilidad de que prospere un proyecto expansionista es verdaderamente alta.

Entonces, la propia organización de los regímenes de seguridad es la que facilita o dificulta la proliferación de conductas lesivas. Dicho de otro modo, si las pautas reguladoras del bloque de seguridad no son suficientes para mantener el equilibrio, el riesgo de intimidación se incrementará de tal modo que el agresor estimará que su conducta no solo no será penalizada sino que, incluso, será premiada y valorada por sus simpatizantes.

Eso significa que las estructuras institucionales (constitutivas, normativas, compensadoras) de las comunidades de seguridad son elementos que el agresor puede convertir, hábilmente, en andamiaje de acoso, es decir, en un aparato dañino y asfixiante para el Estado víctima.

La hiperconectividad, la flexibilización de las estructuras locales de mantenimiento del orden hemisférico, la precariedad para mantener ejércitos o sistemas de protección, la temporalidad, la segmentación y la privatización de la seguridad colectiva, así como la clasificación perniciosa de los actores de acuerdo con su mayor o menor influencia en ámbitos extrahemisféricos, configuran un mapa complejo de relaciones en que las víctimas son aquellos Estados cuya capacidad de disuadir no excede el ámbito estrictamente interno.

De tal manera, las potencias con mayores capacidades que podrían ejercer una función reguladora temprana tienden a abstenerse y permiten, así, que los Estados rufianes desarrollen libremente sus apetitos expansionistas.

Es de esta manera que se crean verdaderos laboratorios de intimidación regional en los que impera la tensión, la tirantez y el conflicto, constatándose que, no obstante los procesos de

integración, los foros de diálogo y los sistemas grupales de intercambio de datos o de protección mutua, cada Estado es el único responsable de su propia integridad.

Al imponer su voluntad en estos circuitos regionales de seguridad, los Estados y actores perpetradores del daño impiden que las estructuras regionales se ajusten y logran descomponer los mecanismos autopoiéticos, con lo cual, la ley del más fuerte es la que, realmente, establece el marco de las relaciones transnacionales.

Así, la presión insidiosa está caracterizada también por:

- 1- El conflicto crónico que se traduce en violencia discursiva, directa y repetitiva, difícil de ser prevenido o intervenido.
- 2- La yuxtaposición de conflictos violentos que afectan diversas áreas de los circuitos de seguridad, manifestándose como:
 - (a) Abuso de poder y vacíos de autoridad.
 - (b) Incapacidad de distintos actores para mantener el ritmo que conecta la gobernabilidad interior con los regímenes de seguridad colectiva.
 - (c) Ambigüedad en el rol del Estado víctima, déficits o indefinición de identidad estratégica, sobrecarga de demandas de seguridad o defensa, y dificultades para manejar o perfeccionar el estatus en el mapa de relaciones regionales.
 - (d) Generalización de métodos de comunicación precarios y defectuosos, y
 - (e) Degradación de las condiciones de preservación de la seguridad compartida.
- 3- La afectación de la relación entre soberanía interna y externa.
- 4- La quiebra del vínculo entre el gobierno afectado y los gobiernos del área que pueden ser formalmente receptivos y hasta comprensivos pero que, en el plano de los compromisos y ejecuciones, se muestran distantes, aprensivos e indiferentes.

La Dimensión Correctiva y Reguladora

Aunque podría pensarse que el matoneo puede quedar restringido a una cuestión bilateral, la verdad es que su trascendencia hace que, tarde o temprano terminen afectándose todos los circuitos de seguridad regional y subregional, de tal manera que los complejos regionales de seguridad son puestos a prueba y hasta llegan a descomponerse por su futilidad implícita.

En este sentido, son tres los campos en los que puede darse la tensión entre las conductas particulares de los bloques (agresores y agredidos):

1- El de la perdurabilidad, porque el daño es progresivo, extensivo y altamente limitante para la víctima.

2- el de la pluralidad, pues el asedio no se limita ni a una sola modalidad de violencia, ni a una línea exclusiva de conducta, ni a un solo tipo de actores sino que abarca distintas dimensiones al mismo tiempo, y

3- el de la integridad, en tanto la agresión incide en diferentes estructuras institucionales pero también en las diferentes facetas de la personalidad diplomática y política tanto de los perpetradores como de los receptores, con lo cual, se comprometen simultáneamente las percepciones mutuas, las emociones de los gobernantes y de los sectores no dirigentes, y la integridad territorial y no territorial.

En tal sentido, los mecanismos de que se valen los Estados para regular y corregir estas conductas persistentes resultan generalmente ineficaces o, por lo menos, insuficientes.

Cuando la prevención, la provención y la anticipación fracasan, las sanciones expresas suelen tardar demasiado y la condición de la víctima se hace cada vez más asfixiante mientras que la actitud del acosador se fortalece.

Para decirlo de otro modo, el deber comunal de proteger suele ser relativamente formal y la irresponsabilidad colectiva aflora con suma facilidad convirtiéndose en constante pues en múltiples casos o momentos la víctima no necesariamente se comporta como tal o el daño no salta a la vista de los evaluadores

externos multiplicándose así la posibilidad de que la indefensión y la exclusión se generalicen.

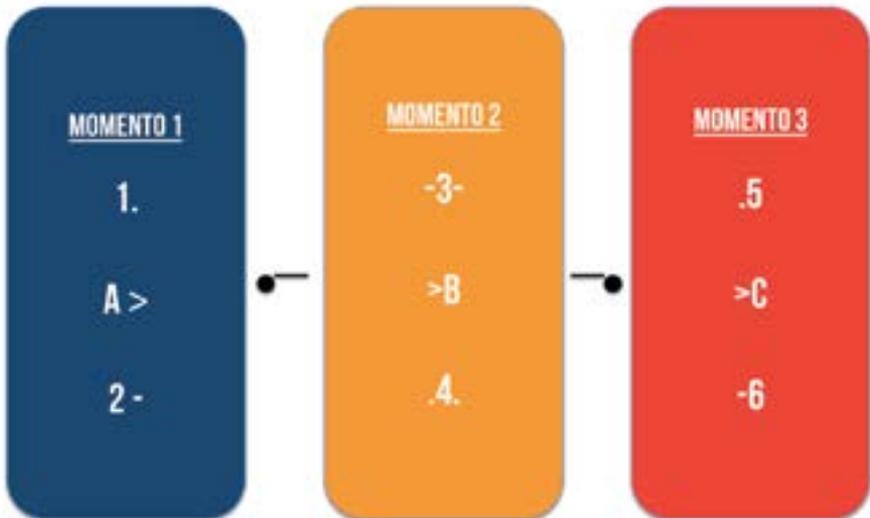
Al imperar la sutileza estratégica, proliferan también las interpretaciones subjetivas sobre los distintos comportamientos, lo que puede llegar a bloquear fácilmente cualquier tipo de iniciativa correctiva, de tal modo que el trato degradante se hace habitual y el riesgo se generaliza.

La Secuencialidad

A la anatomía del acoso está asociada la idea de su secuencialidad, de cómo va produciéndose la intimidación y qué es lo que se compromete a cada paso.

Así, la conducta acosadora y su relación con los entornos y los bloques de Estados o actores víctimas se basa en momentos, iniciativas, maniobras y tendencias (Figura 7).

Figura 7: Modelo de secuencialidad del acoso.



Maniobra 1: Inducción de la inestabilidad en el bloque de las víctimas y clima de creciente ingobernabilidad relativa.

Tendencia A: Insidia encubierta, sutil.

Maniobra 2: Afectación del progreso social y del modelo de desarrollo de los Estados víctimas.

Maniobra 3: Afectación de la reputación del gobierno de los Estados víctimas.

Tendencia B: Insidia manifiesta, visible.

Maniobra 4: Limitación de la interacción diplomática y habilidades de representación del bloque de actores considerados como víctimas.

Maniobra 5: Limitación de la capacidad del Estado víctima para transmitir mensajes sobre sus necesidades estratégicas y sus capacidades para contribuir con la resolución de problemas en su propio entorno.

Tendencia C: Desprestigio de la conducta diplomática de la víctima y anulación de su perfil de representación internacional.

Maniobra 6: Reducción de las capacidades unilaterales y limitación del cumplimiento de responsabilidades y de posibilidades de recibir ayuda.

Lo que puede verse en la figura 6 es que se puede hacer una disección en tres momentos (de duración indefinida) que dan una idea de la temporalidad, esto es, de la dimensión histórica (acumulada y reciente) del fenómeno de la intimidación.

El momento 1 es aquel en que se puede constatar el inicio del matoneo y donde se concentran iniciativas específicas que se materializan en maniobras muy concretas de los intimidantes orientadas a afectar el orden interno, es decir, los sistemas políticos, los pilares de la gobernabilidad y los modelos de cohesión social y desarrollo de los Estados víctimas, todo ello bajo una tendencia estratégica caracterizada por la sutileza, es decir, las acciones no evidentes y encubiertas.

De hecho, al hablar de un momento no se habla, necesariamente, de un instante o incidente que pueda valorarse como aquel en el que se inició el acoso entre las partes involucradas.

Por el contrario, en política internacional es bien difícil determinar esos detonantes (hechos desencadenantes o precipitantes) pues, si bien hay crisis cuyos arranques pueden definirse claramente, el matoneo es ante todo un fenómeno brumoso con múltiples y fugaces muestras y manifestaciones iniciales.

En tal sentido, lo importante tal vez sea la tendencia estratégica que, en este momento, suele presentarse como una conducta insidiosa pero encubierta, sutil, indirecta, exploradora, tangencial y difusa, de tal suerte que cuando algún episodio de alta intensidad se registra, no es más que la manifestación de fuerzas y correlaciones subyacentes.

De hecho, el contenido propiamente dicho de unos u otros incidentes no es relevante en sí mismo, como, en cambio, sí lo es la constelación de actuaciones y motivaciones que se conjugan para dinamizar las tendencias.

Incluso, en la práctica, los perpetradores recurren a ciertas iniciativas específicas que ya se habían dado anteriormente entre los Estados pero que no tuvieron repercusión alguna, con lo cual, el interés estratégico de los acosadores se centra, más bien, en la naturaleza evolutiva y cambiante de las maniobras a las que pueden recurrir y del significado de que doten a cada una de las metodologías que utilizan.

El momento 2 es en el que concurren iniciativas inespecíficas, difíciles de detectar pero que se reflejan en maniobras mediante las cuales los acosadores consiguen restringir el intercambio y la conducta diplomática de las víctimas así como sus formatos de representación exterior (la combinación entre política internacional y relaciones exteriores), todo ello en el marco de una tendencia estratégica altamente visible y manifiesta destinada a erosionar el tejido diplomático y la reputación de los intimidados.

Finalmente, el momento 3 es aquel en que se presentan iniciativas políticas e incluso militares de menor o mayor intensidad, relativamente inespecíficas, pero suficientemente contundentes en tanto están basadas en maniobras entrelazadas que apuntan a inhibir las capacidades de las víctimas para comunicarse con otros actores y mostrar con claridad tanto las conmo-

ciones a las que están siendo sometidas como las necesidades que tienen para enfrentarse a los acosadores.

Asimismo, es en este momento en el que las víctimas ven comprometido todo su aparato diplomático de contribución frente a las necesidades de los otros, así que su conducta tiende a ser subvalorada a pesar de que flote en el ambiente la importancia de que sigan siendo receptores de recursos procedentes de los miembros más pudientes del sistema.

Ante la ofensiva abierta del proyecto expansionista, los afectados pueden caer fácilmente en el desprestigio hasta el punto de que su perfil de representación internacionales se anule y se reduzcan ostensiblemente sus capacidades llegando al extremo de ser incapaces de cumplir con sus obligaciones.

De hecho, las víctimas se ven entonces en la disyuntiva de responder frontalmente a la agresión o plegarse al proyecto agresor, tensión que suele resolverse solo después de múltiples evaluaciones desgastantes por cuanto ya para ese entonces su destino estratégico no depende exclusivamente de sus competencias sino de la intervención de terceros, no siempre dispuestos a facilitar medios (a menos, claro, que cuente con la certeza de que los márgenes de rentabilidad serán lo suficientemente altos y que los beneficios intangibles también serán de algún modo estimulantes).

En resumen, la secuencialidad permite establecer una malla de conectividades en el que fácilmente se aprecia como las maniobras 1 y 2 se ligan con la tendencia A en el momento 1 del mismo modo que ocurre en el momento 2 con las maniobras 3 y 4 y la tendencia B, o en el momento 3 con las maniobras 5 y 6 y la tendencia C.

Pero, al mismo tiempo, resulta interesante una lectura horizontal del esquema para comprobar que si bien las tendencias están perfectamente relacionadas entre sí, las maniobras son más dinámicas y tienden a asociarse en la lógica $1 + 4 + 5$ y $2 + 3 + 6$, dejando ver con claridad la verdadera longitud que tiene el tejido del acoso en una secuencialidad que resiste múltiples interpretaciones y valoraciones políticas e ideológicas.

EL MAPA DE LA INTIMIDACIÓN

Son tres las dimensiones en que ese tejido del acoso se extiende. La primera, la del desprestigio, parálisis y neutralización; la segunda, la del aislamiento; y la tercera, la del sometimiento, victimización o decadencia del Estado perseguido (Figura 8). Tales dimensiones se entrecruzan y forman el cuadro final del matoneo.

Figura 8 : El mapeo de la intimidación.



Dimensión del Desprestigio y el Peligro

La primera tarea del bloque expansionista es localizar, señalar y focalizar al actor obstáculo, al indeseado, al que bloquea la consecución de sus objetivos.

El desprestigio se desarrolla, sobre todo, mediante un plan de cosificación, de persecución dañina, de recurrencia para causar lesiones políticas traumatizantes.

Esa cosificación consigue que el Estado víctima se declare a sí mismo incompetente, incapaz de ejercer soberanía en diferentes niveles y progresivamente.

Al declararse incompetente, ya sea en público o en la intimidad de los gabinetes ministeriales o los círculos más estrechos de las coaliciones de gobierno, el Estado tiende a refugiarse en sí mismo y sus iniciativas se reprimen o reducen significativamente actuando casi por impulso o reactivamente, de tal modo que sus acciones defensivas, por vistosas que sean, no son lo suficientemente coherentes como para superar exitosamente la acción acosadora.

Dicho de otra forma, se habrá logrado paralizar a la víctima e inmovilizarla haciéndola consciente de sus limitaciones extremas, obligándola a adoptar decisiones incongruentes y en muchas ocasiones autodestructivas sin que logre dilucidar con exactitud la magnitud del peligro que enfrenta (Figura 9).

Figura 9 : La disonancia ante el peligro.



Dimensión de Hiperansiedad y Aislamiento

Ante esa autovaloración negativa, el bloque de actores receptores de la agresión expansionista se repliega facilitando así la tarea destructiva del perpetrador que logra difundir la idea de la inconveniencia de la víctima para el esquema de convivencia regional.

Al propagar la noción de que el Estado perseguido y sus asociados son nocivos e indeseables, se consolida también la sensación de que son inaceptables en el entorno, de tal modo que por presión múltiple, se asedia y se sanciona a la víctima cuyas fuerzas no alcanzan la coordinación necesaria para repeler al transgresor y disuadirlo.

Arrastrados por el efecto de confrontación generalizada (como bolas de billar en constante choque de intereses racionalmente manejados), los actores involucrados se van acomodando y realineando en una especie de evaluación mercantil de los atributos de los protagonistas en el conflicto y es así como se reconstituyen las redes de apoyos y rechazos en cuyo trazado influye decididamente la fortaleza del Estado señalado (focalizado como víctima) tanto para resistir como para propinar golpes iniciales que alejen la amenaza.

El Estado víctima pasa a ser, entonces, constantemente evaluado y escrutado, teniendo que redoblar o triplicar sus esfuerzos adaptativos para mantenerse a salvo del proyecto expansionista y para transmitir a los demás actores su determinación y apropiación de recursos para proseguir indemne y airoso (compartiendo seguridad, confianza y firmeza).

Tantas exigencias simultáneas en el marco de la presión y el contagio hacen que el Estado intimidado termine viéndose abocado a la marginalidad, a la exclusión y a confiar tan solo en la autoayuda en el sentido más estricto.

De hecho, se trata de una dinámica que revela el trazado histórico de la conducta exterior del Estado o conjunto de actores víctimas, en la que el factor remarcable es la hiperansiedad diplomática.

Esto significa que la percepción que se han ido formando los agresores de sí mismos concuerda tarde o temprano con el modelo expansivo y acosador, en tanto que la percepción que se tiene del asediado lo hace apetecible y, al mismo tiempo, susceptible de ser sitiado y perseguido pues aporta un cierto valor agregado al proyecto autoritario.

Dicho de otro modo, el Estado víctima suele ser aquel que no ha logrado definir satisfactoriamente el dilema entre permanecer estático en el circuito o régimen de seguridad del que hace parte (generalmente al amparo de una potencia grande o mediana) y desarrollar una sopesada conducta exploratoria y de proyección del poder.

O sea, que a pesar de contar con suficientes recursos para presentarse como un actor suficientemente autónomo e influyente, el Estado víctima y sus asociados no transmiten claramente esta suficiencia, de tal manera que los Estados expansionistas los evalúan como relativamente permeables ante sus maniobras transgresoras y penetrantes.

Ante los cambios en el esquema de gobernabilidad que la víctima ha registrado a lo largo de su historia, se incrementa la ansiedad por mantener intacta su integridad pero al mismo tiempo liderar decididamente cambios en el sistema de interacción regional, con lo cual, las tensiones se acumulan y la imagen que se proyecta está impregnada de altas dosis de dubitación e indefinición.

Es por esta tensión que la ansiedad operativa se consolida y se hace cada vez más nítida, de tal suerte que, involuntaria e imperceptiblemente, el Estado víctima se petrifica y se muestra vulnerable no obstante su pretendida fortaleza.

En cierto sentido, esta situación hace que la dependencia de la víctima hacia la potencia regional que lo protege se incrementa aceleradamente quedando cada vez más a merced de las decisiones cerradas que se tomen bilateralmente o de las acciones que esta potencia emprenda de modo unilateral.

En otras palabras, la víctima va sobredimensionando el peligro puesto que es cada vez más consciente tanto de la antedicha dependencia como de los acosadores que le persiguen.

Asimismo, el Estado asediado puede menospreciar las amenazas que le acechan o, por el contrario, adoptar conductas inexplicables que, basándose en un cálculo desbordado de sus verdaderas capacidades, le pueden llevar a aceptar desafíos inconvenientes o a caer en actitudes temerarias que incrementan su vulnerabilidad a largo plazo.

Esta incertidumbre frente a sus reales capacidades pone a los actores víctimas en una cierta condición crítica caracterizada por la autopercepción de inseguridad creciente, sobre todo si se trata de Estados que padecen conflictos armados intraestatales crónicos, prolongados y entrelazados.

Esta hiperansiedad estratégica convierte a los acosados en blancos disponibles para ser rechazados y humillados. El retraimiento aparece como una opción racional pues cuando se quiere romper el aislamiento caen sobre ellos todo el peso de los aparatos mediáticos y diplomáticos de los agresores, atentos como están a restringir la acción de sus víctimas.

Tratando de asimilar lo que supone navegar al mismo tiempo entre la agorafobia y la claustrofobia comercial o militar, los actores acosados recurren a unas acciones más coherentes que otras pero en todo caso enfermizas por cuanto no logran estabilizar la serie de disfunciones tanto en su desempeño interno como externo.

De tal manera, en muchas ocasiones los Estados perseguidos incurren en rituales inexplicables, emprenden iniciativas incomprensibles o adoptan actitudes autodestructivas tratando de llegar a acuerdos tóxicos con sus propios victimarios.

Al ser conscientes de que se trata de acciones inadecuadas, tratan de enmascararlas para presentarlas como encomiables ante propios y extraños, pero es así como despliegan ideas y planes insistentes y recurrentes que se adentran en su código de conducta diplomática y que son experimentadas como verdaderamente absurdas.

Caen así en comportamientos compulsivos, repetitivos y ritualizados orientados a desvirtuar las obsesiones que les embargan y tratan de reducir o desacelerar la hiperansiedad estratégica pero, claro está, sin conseguirlo y logrando, por el contrario, la

acentuación de la presión insidiosa que sobre ellos ejercen los perpetradores.

Por tal razón, el agravante se solaza perfeccionando la coreografía del matoneo y el acosado incrementa su impotencia en una especie de ritual pernicioso que vulnera su sistema de alerta y alarma, su arquitectura antifallas y su sistema de auto-protección compartida ya que, sometidos todos ellos a incesantes activaciones sin resolución del problema original, se saturan, descompensando la estructura vertebral de la defensa.

Dimensión del Sometimiento

De hecho, el Estado solo se convierte en auténtica víctima cuando va experimentando empíricamente la transformación negativa de su desempeño como sujeto de relaciones internacionales pues no logra controlar las dinámicas críticas, esto es, cuando no logra mantener el balance entre presiones internas y externas.

Paralizado y asediado por presión insidiosa, el bloque de víctimas tratará de negar la realidad incluso creando escenarios críticos paralelos que, no obstante, agudizarán, en vez de diluir, la amenaza original de la que está siendo objeto.

Desprestigiado, cuestionado y restringido su radio de acción diplomática, el Estado víctima multiplicará sus niveles de autoexigencia por atribución de responsabilidades no genuinas.

En tal sentido, sus esfuerzos tienden a ser vistos como extravagantes, desproporcionados y desesperados, creándose así una situación estratégica paradójica y altamente frustrante que consiste en que los resultados obtenidos por el incremento del esfuerzo son negativos en vez de resultar estimulantes y esperanzadores.

Tratando de controlar este sistema de amenazas no compartidas por sus pares, el Estado víctima se descontrola y no logra estabilizar su funcionamiento por física indefensión y bloqueo interagencial.

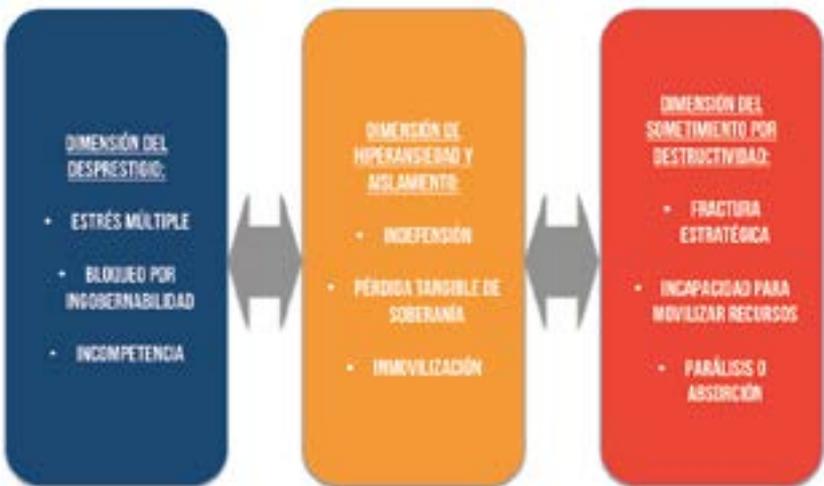
Lograda, pues, la victimización, el bloque destructivo podrá sentirse libre de plantear ultimátums, intervenir selecti-

vamente en los asuntos internos e incluso moldear la conducta política interna del Estado afectado.

Las Dimensiones Entrelazadas

En la práctica, esto significa que las dimensiones se solapan y forman una parrilla de la decadencia de la víctima y de preponderancia del expansionismo basada en la fórmula $D \times A \times S = P$ ó A (Desprestigio por aislamiento por sometimiento es igual a parálisis ó absorción), parrilla de la que solo un mecanismo de coordinación multipartito tanto a nivel interno como externo para la recuperación y superación del matoneo podrá liberar al Estado perseguido (Figura 10).

Figura 10: Parrilla de la decadencia.



IMPULSIVIDAD

El mapa del matoneo entre las naciones se ve constantemente por una fuerza ininterrumpida, imprevisible y de efectos insospechados: la impulsividad.

Se trata del combustible mediante el cual se explica la tensión entre intimidación y conraintimidación, una tensión que lleva a los actores estatales y no estatales a emprender acciones, incluso reprobables o autodestructivas sin medir con claridad las consecuencias.

Ante la acumulación de amenazas y las frustraciones que se producen cuando la amenaza no logra ser controlada, los Estados intimidados pueden reaccionar frenéticamente y los intimidados darse a la tarea de ser aún más amenazantes.

La creciente ansiedad lleva a que los aparatos diplomáticos y militares esperen señales que convaliden ciertas decisiones apremiantes y progresivas basadas, justamente, en la impulsividad operacional.

El control del comportamiento se somete entonces a consideraciones imprecisas sobre la exigencia de mantener el rito de la confrontación y para el proyecto expansionista en particular, el desafío se acrecienta pues cada vez es más necesario acumular datos que indiquen cómo avanza el proyecto.

Las conductas alternativas al uso multimodal de la violencia aparecen cada vez menos claras y el objetivo estratégico pasa a ocupar el lugar preponderante en el manejo de las opciones, de tal manera que todos los recursos disponibles de orientan al logro de metas específicas, por comprometedoras que sean.

Por tanto, el límite que por naturaleza existe entre el deseo de responder de inmediato y contundentemente frente a los estímulos y el acto mismo de emprender operaciones o desarrollar discursos agresivos se ve desdibujado, con lo cual, ya no se pospone la satisfacción o la gratificación político-militar sino que se induce y se acelera sin mayor esfuerzo por el diálogo y la transformación no violenta.

A veces, ese patrón impetuoso puede ser canalizado de tal modo que se logren metas parciales, pero, frecuentemente, la ener-

gía se desborda y surge la incapacidad para autocontenerse, así que en vez de inhibirse, perpetradores y acosados desarrollan actitudes que, incluso, sobrepasan sus propias capacidades estratégicas poniendo en riesgo la relativa estabilidad de los sistemas regionales de concertación política y gestión de las controversias.

Toda esta incapacidad para controlar la intencionalidad repercute en cada uno de los países afectando sus procesos de planeación y organización, más aún si se empeñan, por ejemplo, en desarrollar operaciones por encargo, guerras subsidiarias (proxy) o privatizadas, o cualquier otro tipo de acciones que involucren a terceros en dimensiones simbióticas e híbridas.

Sobre todo si se trata de regímenes controlados por liderazgos carismáticos y desafiantes, las elevadas dosis de impulsividad descomponen los circuitos del pensamiento y la planeación estratégica de tal manera que la secuencialidad en la toma de decisiones se rompe y sin tener en cuenta el contexto, los recursos, tiempos y el juego de balances y contrapesos de poder, se asumen decisiones que invitan a la escalada basada en el mayor o menor uso de la fuerza.

De hecho, esta impulsividad altera el desempeño diplomático de las partes y las respuestas irreflexivas proliferan, de tal manera que se ignoran compromisos, se interrumpen los procesos de cooperación o intercambio comercial y se afectan los grados de medida con los que usualmente se buscan las soluciones negociadas.

Dicho de otro modo, la falta de control en el acosador hace que sus fantasías expansionistas crezcan, los mecanismos de diálogo y consulta se debiliten y, en su lugar, se desplieguen actividades riesgosas y destructivas.

No es de extrañar, por tanto, que la falta de inhibición se refleje también en fallas estructurales de los procesos integracionistas que sufren interrupciones graves en su construcción y mantenimiento. Los comportamientos perturbadores del bloque expansionista rompen las posibilidades del intercambio positivo e incrementan la probabilidad de que, incluso accidentalmente, se produzcan escaramuzas o fricciones militares que desembocan en penosos episodios bélicos.

De hecho, el punto crítico se presenta cuando la impulsividad impide detectar, calcular, anticipar y evaluar los peligros. Al asumir altos riesgos (incluso, innecesarios) los agresores que no logran inhibir la sus impulsos generan un estado de alerta que puede llevar a la confrontación muy fácilmente.

Al no establecer con claridad cuál es el punto de equilibrio y cuál es la diferencia estratégica entre riesgo, amenaza y peligro, los Estados impulsivos no suelen retractarse ni cohibirse, con lo cual, cada una de sus actuaciones se convierte en un estímulo para la siguiente, incrementándose así la temperatura político-militar al tiempo que se desmoronan los mecanismos de autocontrol y regulación de las relaciones intrarregionales.

Al combinar abiertamente ansiedad-impulsividad-agresividad, los actores asociados al proyecto expansionista se ven cada vez más integrados en torno a la idea de agredir al otro y, aunque víctimas de su propio motor destructivo pues tienen que incurrir en costos que generalmente superan sus verdaderas capacidades, sus reacciones emotivas se rutinizan para preservar intacta su identidad y su aspiración estratégica (Figura 11).

INCOMPETENCIA, INEPTITUD

El matoneo entre las naciones será siempre una línea fronteriza entre excesos y defectos de racionalidad con permanentes vacíos de gobernabilidad generados por el estado de alerta excesiva y por las alarmas que mantienen en tensión tanto al proyecto intimidante como al bloque de acosados.

De hecho, las aptitudes para el desempeño internacional de los Estados de uno y otro bando se encuentran permanentemente en entredicho y las destrezas diplomáticas adquiridas a lo largo de la historia pueden desaparecer como por encanto al fragor de la dinámica de intimidación.

Debatiéndose entre los extremos del “responder frontalmente o actuar enérgicamente” y “no caer en las provocaciones o actuar con indiferencia”, los involucrados no necesariamente encuentran respuestas en los mecanismos que el sistema internacional ofrece para la resolución de controversias, con lo cual, la

Figura 11: El ciclo de impulsividad.

sensación de apremio incrementa fácilmente las probabilidades de cometer errores de cálculo.

La sobreactivación de los sistemas de alerta lleva a constantes distorsiones en la evaluación de las acciones necesarias para regular la tensión y a las víctimas, por ejemplo, les cuesta demasiado equilibrar su conducta frente a la multiplicación de escenarios de amenaza-provocación-agresión.

En ese sentido, las capacidades comunitarias (diplomáticas, militares y de intercambio y competitividad) de cada uno de los actores en juego se ven alteradas recurrentemente afectando

el manejo adecuado del temor ante las asimetrías, el control de la impulsividad y hasta el manejo de recursos disponibles y conocimientos estratégicos adquiridos (en tanto lecciones aprendidas y sistemas de innovación).

Tales competencias comunitarias, que son las responsables de los ajustes frecuentes para que uno u otro Estado se adapten a las exigencias del entorno y se beneficien de ellas se ven entonces sometidas a desajustes que explican por qué es tan difícil que los diferentes actores cooperen con quienes no hacen parte de su circuito de aliados, o por qué pareciera que no tuviesen conciencia de sus cualidades y limitaciones.

En consecuencia, las competencias pueden orientarse a la agresión o a la defensa de tal manera que el bloque que se autoevalúa como el más apto asume iniciativas que tienden, gradualmente, a convertir a las víctimas en verdaderos Estados ineptos.

Líderes negativos, los integrantes del bloque expansionista logran planificar sus operaciones de tal manera que pueden justificar y convencer al resto de la pertinencia y beneficios de sus actos agresivos en tanto que las víctimas tienden a sumirse en la incompetencia pues no discernen objetivamente, o sea, les resulta difícil tomar conciencia de lo que está sucediéndoles, del papel que ocupan como piezas del rompecabezas estratégico del proyecto expansionista, de sus propios intereses nacionales a largo plazo, de lo que se espera de ellas en el concierto internacional, del mayor o menor liderazgo que podrían ejercer y de lo que los propios ciudadanos esperan que sea el perfil internacional de su Estado.

Eso significa que los afectados no aciertan en el análisis de la situación en que se encuentran, no valoran adecuadamente las competencias del agresor y las soluciones que aparecen en su sistema decisional se refieren casi siempre a lo que otros podrían hacer por ellos, descomponiendo paulatinamente sus propias capacidades.

Es en ese sentido que se configura la asfixiante combinación de ineptitud e incompetencia pues el Estado intimidado no consigue articular y acompasar estratégicamente su aparato

diplomático y su sistema de Inteligencia disuasiva y anticipatoria para repotenciar y perfeccionar su seguridad y defensa.

En definitiva, estos cortocircuitos rompen la estructura estratégica socioafectiva del Estado, es decir, su arquitectura emocional, aquella que le permite protegerse del peligro mediante la valoración correcta de los potenciales de los adversarios y del peligro que representan.

Es así como las señales emitidas por el oponente no son interpretadas oportunamente en su verdadera dimensión y los receptores estatales y paraestatales de información sensible no descifran claramente la conducta agresiva a tal punto que tampoco logran percibir si en su propio comportamiento hay acierto o error, o si se está actuando en clave exitosa o desastrosa.

Por tanto, cuando se ejerce un control excesivamente riguroso sobre la estructura estratégica los efectos pueden ser tan contraproducentes como si no se imponen algoritmos de valoración suficientemente confiables.

En otras palabras, modular o regular esta estructura estratégica depende objetivamente del grado estrés que se logre absorber y absolver, así como de los mecanismos de descompresión político-militar-mediático de que se disponga y de su efectividad para que el balance no solo sea óptimo sino que apunte en una dirección tan precisa como la del perpetrador.

Está claro que sobredimensionar la amenaza y reaccionar desbordadamente puede ser tan perjudicial para la víctima como no dilucidar oportunamente el peligro al que se halla expuesta; pero, en todo caso, la autorregulación estratégica depende de la suficiencia analítica, de la claridad para correlacionar los datos, esto es, de la lucidez con la que se desarrolle la tarea interpretativa y de los límites que el propio Estado quiera imponerle a esa función (Figura 12).

Figura 12: Componentes de la estructura estratégica socioafectiva de los actores involucrados en el matoneo.



Es por eso que los sistemas estratégicos socioafectivos altamente rígidos suelen ser inflexibles y poco adaptativos, con lo cual, puede verse cómo las víctimas son atrapadas más o menos fácilmente en las redes del matoneo, cómo actúan los acosadores burdos y poco exitosos o, por el contrario, cómo se desempeñan los agresores sofisticados, flexibles y adaptativos que exploran lo desconocido sin temores y sin rehuir la posibilidad de fracasar en momentos cruciales pues ellos entienden que su proyecto expansivo no depende de las adversidades coyunturales.

En la práctica, esto significa que en la dinámica agresión-victimización existe todo un abanico de posibilidades de conducta relacionadas con la incompetencia y la ineptitud, como, por ejemplo, el perfeccionismo y el apego estratégicos.

Cuando los regímenes políticos se han preocupado en exceso por encontrar el sistema de gobierno más eficiente posible,

sobrevienen la inestabilidad y la sucesión de dirigentes puede hacer que se dificulte demasiado mantener la estabilidad y la firmeza ante actos agresivos procedentes del exterior.

Por otra parte, el apego o dependencia de actores externos que han ejercido tutelajes específicos sobre Estados desafortunados también malogra las habilidades para contener y disuadir a adversarios recursivos pues los dependientes tienden a confiar desmesuradamente en los apoyos del aliado que les ampara debilitando sus mecanismos de defensa propia.

Estos esquemas interiorizados de dependencia se extienden y reproducen luego en diferentes momentos, escenarios y relaciones creando así un clima sostenido de aletargamiento que, en muchas ocasiones impide, incluso, el desarrollo de acciones pasivo-agresivas y/o de legítima defensa.

De hecho, los Estados que han mantenido a lo largo de su historia lazos de cooperación estratégica basada en equilibrio dinámico y no en control abusivo se comportan de manera mucho más adaptativa, armoniosa y fluida que los países en los que prima la sensación de haber estado sometidos, subordinados y apocados.

Asimismo, los gobiernos que no han mantenido relaciones cooperativas equilibradas y diversificadas tenderán a actuar desafiantemente, querrán imponer su voluntad arbitrariamente, se complacerán con el sometimiento de los otros y serán indiferentes, displicentes y negligentes ante los países del entorno a los que solo se referirán como fichas de un dominó al que verán caer a su antojo.

En ese sentido, los estados ineptos e incompetentes pueden transformarse hasta convertirse Estados abrasivos y absorbentes, por un lado, o hacia Estados decadentes y encadenados por otro, pues, en cualquier caso, no han logrado superar sus dificultades adaptativas a los marcos de referencia preestablecidos, desarrollan conductas imprecisas e inconsistentes, o asumen posiciones apresuradas y temerarias.

En consecuencia, es posible evaluar la ineptitud e incompetencia mediante ciertas observaciones directas sobre su actuación en diferentes planos:

- 1- Ingreso y permanencia en grupos, redes, coaliciones o alianzas.
- 2- Creación de grupos nuevos bajo criterios específicos de liderazgo.
- 3- Respuesta a las provocaciones y gestión de las amenazas, riesgos, peligros e intentos de manipulación.
- 4- Reacción ante los fracasos diplomáticos, militares o mediáticos.
- 5- Manejo del éxito obtenido en operaciones complejas.
- 6- Respeto de la reciprocidad y de las normas internacionales. Desenvolvimiento en escenarios jurídicos comprometedores.
- 7- Generación de iniciativas atractivas y emprendimiento estratégico.
- 8- Gestión de las ventajas competitivas y de los atributos estratégicos específicos, y
- 9- Manejo de las concesiones, privaciones y vacíos de poder en el entorno regional.

En cualquier caso, las conductas exhibidas en estos planos están estrechamente vinculadas a la percepción de cada Estado sobre su principal preocupación en el desarrollo de relaciones de seguridad y defensa en el contexto geopolítico del que hacen parte:

- 1- Mantener relaciones mecánicamente, confiando en que los regímenes y normas de la interdependencia serán suficientes para garantizar la estabilidad.
- 2- Desarrollar relaciones interactivas basadas en la libertad de elegir y las dinámicas propias de la competitividad.
- 3- Acatar rigurosamente las normas como mecanismo de defensa frente a agresores manifiestos o potenciales aunque las normas y su acatamiento compulsivo afecten sensiblemente el desarrollo de habilidades y capacidades, y
- 4- Manejo de imagen, expansión de su influencia y de sus proyectos aglutinadores de los diferentes espacios en los que las relaciones se presentan.

Probablemente, los Estados proclives al matoneo se identifican rápidamente con el acápite (d), en tanto que los países pasivos o autosuficientes se reflejen mejor en el (b) y los actores con tendencia a la victimización se asocien a (a) y (c).

CONSTRUCTO DEL ACOSO

El esqueleto que ayuda a entender el matoneo entre las naciones tiene algunos elementos estructurales que siempre será necesario repensar y replantear.

- 1- Para el proyecto estratégico del bloque expansionista es indispensable que los países del entorno se conviertan en satélites o extensiones funcionales. Cualquier tipo de resistencia a la manipulación incrementará el impulso acosador.
- 2- El bloque de actores intimidantes requieren que los blancos de su proyecto multiplicador caigan en el servilismo y la sumisión. Las conductas de negación serán causal de repotenciación de la intención dominante.
- 3- Las víctimas que exhiban mejores habilidades para refrenar la conducta expansionista serán objeto de mayor ensañamiento por parte de los coaligados en el proceso de intimidación. El desafío activa todos los circuitos de poder del perpetrador.
- 4- La prosperidad relativa o el incremento en los indicadores de competitividad de la víctima estimularán sensiblemente al victimario para perfeccionar sus mecanismos de sometimiento en red.
- 5- La reticencia del perseguido a cohonestar con las intenciones abrasivas del expansionismo y aplaudir o acoger sus prácticas transgresoras reforzarán la conducta agresiva del perseguidor, más aún si la víctima pone al descubierto las maniobras violatorias de que se vale.
- 6- Los Estados asaltantes desarrollan su comportamiento destructivo progresivamente y, si el medio lo permite, de modo muy acelerado. Cada movimiento en el tablero, por

precario que sea, redobla sus expectativas y acrecienta el apetito de poder estimulándolo a perfeccionar la coalición expansionista.

- 7- El acosador explotará discursivamente a su favor cualquier frustración histórica de la que su población pueda sentirse víctima. La narrativa justificatoria será más exitosa si logra anegar a varios actores simultáneamente anexándolos al circuito de persecución contra enemigos comunes.
- 8- El proyecto expansionista es homogeneizante. Las diferencias y disidencias no pueden ser toleradas. Cualquier conducta de neutralidad será temporalmente tolerada hasta que exista el suficiente margen de maniobra para anularla y absorber al Estado que la manifieste.
En ese sentido, tan importante es lo que la víctima escogida haga como aquello que deje de hacer pues cualquier conducta siempre será reprobada y utilizada como pretexto para someterla a menos que, gradualmente, el perseguido ofrezca indicadores concretos de sumisión y obediencia.
- 9- De hecho, toda acción hostil contra otros será exhaustivamente justificada por el agresor en virtud de las presuntas disfunciones, provocaciones o daños causados en su contra por la víctima. El matoneo se basa, pues, en una respuesta insoslayable del acosador ante intolerables (e imaginarias) acciones emprendidas por las víctimas.
- 10- Los transgresores recurrirán a todas las maniobras políticas y mediáticas a su alcance para negar toda responsabilidad en el matoneo y para evitarse el señalamiento como agresores, con lo cual, en vez de sentirse cohibidos, percibirán la indiferencia o la dubitación de la comunidad internacional como una patente de corso para acentuar su comportamiento hegemónico.

Vacíos. Envidia.

Un proyecto expansionista (basado en el uso y la amenaza de uso de la fuerza) se explica también en función de las carencias, vacíos y frustraciones de los ejecutantes.

Empeñados en presentarse ante la región y el mundo como los inspiradores de un modelo de relaciones internacionales re-fundado en sus valores estructurales, cualquier sistema cualitativamente opuesto, con aceptables indicadores de eficiencia y atracción, resulta potencialmente amenazante por cuanto suple las mencionadas carencias, vacíos y frustraciones apareciendo ante los demás actores del sistema como eventualmente deseable.

Esta conciencia de que otros sistemas pueden resultar más exitosos que el suyo (factor diferencial) lleva a los agresores a considerar a ese otro como objetivo, como víctima a la que tendrá que absorberse antes de que irradie su potencial de atracción o incremente el que tiene acumulado.

Esta envidia funcional que surge de las evaluaciones periódicas que los diferentes actores hacen del mercado de la eficacia política regional (grado de satisfacción de los ciudadanos) predispone a los acosadores, los irrita y estresa de tal modo que no logran resistir el impulso a la ocupación, el intervencionismo o la dominación.

Al negarse a ver y reconocer el éxito de los otros proyectos políticos circundantes, el bloque expansionista requiere bloquearlos y reducirlos pues, a todas luces, se erigen como obstáculos para sus intenciones supremacistas.

Lejos de debilitarse, el supremacismo se exagera al sentirse real o imaginariamente desafiado y se reafirma al emprender acciones contra el oponente a tal punto que no puede existir mejor trofeo para el transgresor que alinear en su bando al que, inicialmente, aparecía como integrante del bando contrario o como líder (aún en solitario) de otros modos de ver y entender la política internacional.

De hecho, este resentimiento se redobla si el bloque intimidante se percibe a sí mismo como deficitario, improductivo o, en todo caso, menos inspirador y deseado que sus adversarios,

sobre todo si tales adversarios son versátiles y, conocedores de las virtudes de la *noopolitik* y del *smart power*, combinan adecuadamente sus recursos y habilidades productivas, publicitarias, militares y de diplomacia pública generando la adhesión libre y espontánea de buena parte de la sociedad civil del bando acosador.

En tal sentido, nada mejor que convertir a tales Estados estables y exitosos en el objeto de su persecución pues sometidos a su circuito de poder, se desdibujan sus virtudes y se enaltece el proyecto intimidante e invasivo.

Es por tal razón que la fuerza, el miedo, la coerción, la coacción, la invasión, el irredentismo, el anexionismo, el unanimismo perseguidor y el supremacismo son los pilares del constructo acosador que, si se hace cada vez más tóxico y penetrante es, precisamente, porque su gramática es la del autoritarismo (marcado por la perpetuación en el poder que se detenta) y el control abusivo sobre sus propios ciudadanos y los actores estatales o no estatales de su red (una red proclive al terrorismo y la usurpación).

En otras palabras, el grupo transgresor se ve en la necesidad de generar conflictos artificiales en los que basa su necesidad de emprender acciones destinadas a castigar o sancionar a presuntos culpables del delito de agresión que, envueltos en la paradoja estratégica de ser acusados como agresores cuando en realidad están siendo victimizados, se bloquean (serán vistos e incluso se verán a sí mismos como intrínsecamente culpables) y no siempre alcanzan a diseñar su defensa ni a tomar la iniciativa con el mismo grado de meticulosidad del depredador.

Al fragor del conflicto (inducido por provocación, o sea, porque se ha creado una causa suficiente en sí misma que será presentada en todo momento como causa justa), ¿de qué manera podrán la comunidad internacional y los regímenes regionales de seguridad dilucidar con exactitud quién es el agresor, quién es el agredido y quién está facultado en un momento dado para ejercer su derecho a la legítima defensa?

En pocas palabras, el constructo de la depredación implica:

- 1- La selección específica de la víctima, esto es, el Estado o bloque de Estados y actores no estatales que cortan el circuito expansionista.
- 2- La inducción de un conflicto artificial o real que provea la causa justa y suficiente para que la intimidación, la persecución y el recurso a la violencia (directa o indirecta) se esconda en una presunta agresión previa.
- 3- La convocatoria (implícita o explícita) por parte del máximo responsable a todos los asociados al proyecto expansionista (incluso mediante control abusivo) para crear la unanimidad persecutoria contra los intimidados e incrementar la rapidez del efecto dominó.
- 4- El maltrato (tácito y expreso) a los Estados víctimas con el fin de paralizarlos y conminarlos a decidir entre asumir los costos de la confrontación o, más bien, las facilidades del sometimiento.
- 5- La absorción de la víctima y su incorporación al proyecto expansionista.
- 6- El refinamiento de la identidad del proyecto depredador y el reajuste de sus recursos para perfeccionar la tarea expansionista.
- 7- La asimilación de lecciones mediante las que se afinarán los métodos violentos y no violentos de propagación del modelo.
- 8- El mejoramiento de la capacidad disuasiva para atraer a víctimas manifiestas o potenciales sin necesidad de elevar los costos del contagio.

CONSTRUCTO HISTORICO-SOCIOLOGICO: CONTAGIO Y TOXICIDAD

¿Qué puede mostrar una sociología evolutiva de las relaciones internacionales acerca de las condiciones, el caldo de cultivo y el medio en el que germina y se difumina el matoneo?

Paternalismo y confinamiento

Las comunidades regionales, regímenes o conglomerados de seguridad suelen ser una ilusión. La valoración primaria de los intereses nacionales se fortalece en la medida en que crece la sensación de que el paternalismo está suplantando la autonomía o la soberanía. En resumen, el Estado como tal se encuentra solo a menos que se decida a endosar sus recursos a un liderazgo hegemónico carismático, absorbente y contagiosamente autoritario.

Por fuera de ese autoritarismo horizontal, el Estado quiere protección pero no a costa de su autenticidad, autonomía y capacidad decisional, con lo cual, el rechazo a los paternalismos estratégicos conduce, a la postre, a que el Estado se halle eventualmente aislado, actuando en solitario y asumiendo por su cuenta las amenazas no compartidas o compartidas tan solo nominal y formalmente.

Puesto que la complejidad de las agendas tiende a descomponer la incondicionalidad en las alianzas, los Estados no afiliados al autoritarismo expansionista comparten espacios específicos de cooperación y se estrellan entre sí en múltiples campos en los que las diferencias y controversias rompen la unanimidad y la homogeneidad, así que, en vez de alianzas (formales y con parámetros imperturbables y rígidos de alineamiento), prefieren las simples coaliciones: fugaces, temporales e intermitentes que no son suficientes para disuadir a los acosadores.

En este contexto histórico de naturaleza tan cambiante, el matoneo goza de fertilidad sin escollos y los Estados independientes, verdaderamente indefensos, reciben constantes llamados multilaterales a ser flexibles, versátiles y adaptativos cuando, en verdad, tales características solo son tomados como indicadores de permeabilidad por los agentes del modelo tóxico que se propaga.

Apelando a la noción de que el sistema internacional es, de hecho, un sistema turbulento, incierto y abierto, al Estado libre se le pide desde el institucionalismo suprarregional que desarrolle una conducta elástica para gestionar la inestabilidad sistémica y alcanzar altos niveles de competitividad insertándose de manera creativa y dinámica en la sociedad internacional variable.

Inermes, en definitiva, los Estados víctimas padecen en silencio esa alteración estructural y la laxitud de los sistemas regionales de seguridad en los que permanecen (literal y virtualmente) inscritos y, por ende, se ven, al mismo tiempo, asediados por alianzas agresivas, rigurosamente establecidas y jerarquizadas que no escatiman esfuerzos por contaminar la región y preponderar mediante la amenaza y el terror.

Advertidos de que el sistema internacional tiende, en general, a desarrollarse de acuerdo con las nociones de igualdad de oportunidades, ventajas competitivas y multilateralismo, los Estados no perturbadores pierden cierta sensibilidad estratégica para planear sus algoritmos de defensa integral y, confiando en las instituciones regionales (que no están diseñadas para brindar protección efectiva mediante la exposición conjunta al riesgo), se ven repentinamente sometidos a la amenaza y las pretensiones del colectivo hostil.

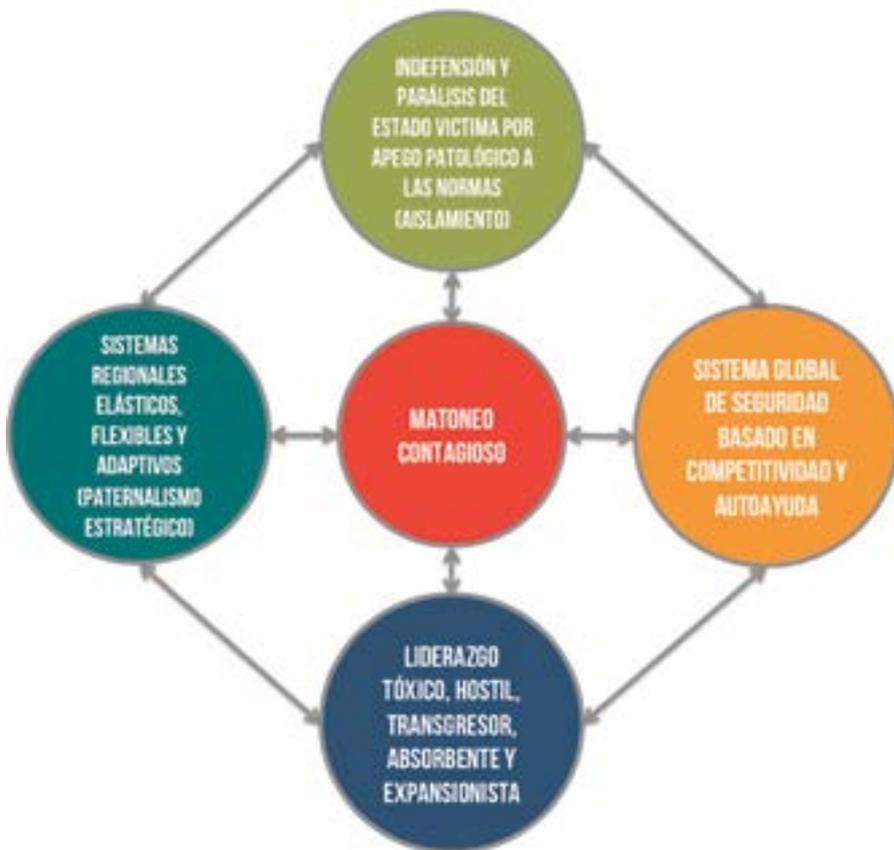
Esa organización regional, es decir, esos circuitos y constelaciones de seguridad son solo una fachada en la que crecen fácilmente los gérmenes del proyecto abrasivo que se siente capacitado para burlar todo tipo de llamados, advertencias, exhortaciones o sugerencias que, siendo muy vehementes, no suponen consecuencias decisivas.

En otras palabras, los sistemas regionales de seguridad basados en el respeto a los principios de la convivencia pacífica, la modernidad y la globalización, no son talanquera para los Estados rufianes y, por esa misma razón, tienden a contemplar pasivamente cómo se extiende el modelo expansionista sin refrenarlo, sin obstruirlo, porque su apego a los estándares legalistas de respeto se lo impiden, a tal punto que en vez de dificultar, facilitan la propagación del depredador.

Curiosamente, ese potencial de adaptación (de tolerancia) que exhiben los países mesurados y responsables, no les reporta beneficios estratégicos, pero sí resulta satisfactorio para los complejos regionales de seguridad pues, aunque finalmente esos Estados sean absorbidos por el modelo expansionista, no han comprometido al conglomerado en su conjunto, es decir, no lo

han perturbado con exigencias institucionales generalmente onerosas, desgastantes y prolongadas (Figura 13).

Figura 13: Dinámica del paternalismo y del confinamiento que facilita el contagio.



Impunidad por consenso y colusión

De hecho, las comunidades de seguridad no siempre están dispuestas a comprometer recursos y esfuerzos por salir en ayuda

de uno de sus miembros expuestos a peligros que, en muchos casos, ni siquiera son evaluados como tales.

En unos esquemas de interacción cada vez más entretejidos, las alineaciones automáticas e incondicionales dejan de existir por cuanto las ideologías permean fácilmente a los gobiernos, con lo cual, las arquitecturas de protección no son suficientemente homogéneas y bien delineadas sino polimorfas, porosas y maleables.

En otros términos, estos circuitos de seguridad no cuentan con mecanismos de control y contrapeso internos para determinar en qué momento empieza a desvirtuarse el aglutinante original, con lo cual, la impunidad empieza a apoderarse de los diferentes niveles institucionales que terminan contaminados de tal modo que la organización misma termina siendo inoperante y superflua.

En el fondo, este fenómeno se constituye en una verdadera colusión, esto es, un pacto ilícito (implícito y silencioso) que daña a un tercero, es decir, a los Estados víctimas que con su actitud mesurada, sensata y temporizadora, van sucumbiendo atrapadas por el modelo abrazador.

Genealogía de la institucionalidad por colusión

Con procedimientos delusivos, engañosos, el perpetrador consigue que los aparatos institucionales de seguridad terminen recomendando a las víctimas que transijan, negocien y acuerden con los agresores los términos de un modelo de convivencia adaptativo y apaciguador.

Esto significa que hay regímenes más elásticos que otros, o sea, que a lo largo de su historia han sido más tímidos y retraídos que otros al momento de enfrentar a los transgresores, generalmente, amparándose en un discurso en el que prima (ilusamente) el llamado respeto irrestricto al derecho internacional.

Tal genealogía de la colusión se manifiesta en un perfil que, tarde o temprano, se hace suficientemente visible, sobre todo, a medida que el matoneo se expande y se consolida como la conducta generalizada.

- 1- Relativismo ético: Como cualquier comportamiento destructivo es manejado con tanto tacto y prudencia, éste termina convirtiéndose, de hecho, en el parámetro de las relaciones entre los actores estatales y no estatales en el área.
- 2- Indiferencia socioeconómica: Puesto que las relaciones de producción o las prácticas financieras y comerciales tienden a ser subestimadas y consideradas como simples asuntos internos sin trascendencia real en la dinámica globalizadora, los gobiernos autoritarios se sienten absolutamente libres de incumplir los pagos, expropiar sin indemnización, intervenir a destajo y controlar todo intercambio interno o externo al amparo de una cierta soberanía socioeconómica.
- 3- Vitalismo: Debido a que los complejos regionales de seguridad suelen ser indiferentes ante la suerte de Estados asediados sutilmente, se fomenta la predominancia del más osado, del que mejor exhiba la poca o mucha fuerza de que dispone pues, con sus alardes, amedrenta, aunque ningún aparato institucional acepte que se encuentra atemorizado.
- 4- Instrumentalización: Los regímenes de seguridad que actúan orientados por la pusilanimidad y la permisividad terminan percibiendo a todos los asociados como simples piezas en un mapa muy amplio de recursos y medios, con lo cual, la suerte de un Estado víctima no es decisiva para el resto.
En cualquier caso, los Estados pendencieros desarrollan habilidades persuasivas y adaptativas que les permiten penetrar gradual y dosificadamente los diferentes niveles institucionales de los conglomerados de seguridad que solo se percatan demasiado tarde de que su naturaleza e identidad están transformándose al compás de los agresores.
- 5- Miedo y coacción: En diferentes momentos, los canales institucionales se aíslan de la voluntad de los gobiernos y crean sus propios modos de interactuar y operar, o sea, se apropian de una especie de identidad corporativa que les lleva a promover el conflicto entre los gobiernos más que a gestionarlos pues de tal modo consiguen mantener

inalterada su paquidermia burocrática.

En otras palabras, las burocracias se acostumbran a gestionar el miedo y, lejos de prevenir los conflictos violentos, se habitúan a ellos, navegando entre la coacción, la indiferencia y la rutinización.

- 6- Negación: Los complejos de seguridad no pueden admitir su inoperancia y, sencillamente, distorsionan la realidad y se niegan a aceptar que hay actores destructivos en el área y, bajo la lógica del “aquí no pasa nada” o del “todo está bajo control” facilitan las tareas de los Estados expansionistas.
- 7- Feudalización: Los regímenes crecen tanto que las cuestiones temáticas y sectoriales terminan prevaleciendo más que la idea original de refrenar a los transgresores intra o extra organizacionales.
- 8- Afiliación y patrocinio: En definitiva, los aparatos multilaterales terminan patrocinando esquemas de afiliación para que unos actores, en busca de protección, se afilien desesperadamente a otros de manera efímera y fugaz, con lo cual, la organización sigue funcionando pero cada actor, en particular, se ve obligado a buscar por su cuenta y riesgo padrinos estratégicos que lo ayuden a sobrellevar los riesgos percibidos.
- 9- Secretismo: La información disponible termina sectorizándose en grado tal que ya no es posible confiar en los datos o mecanismos de alerta temprana de las agencias del sistema.
- 10- Impunidad por conveniencia: Por último, los regímenes y mecanismos multilaterales sobreviven formalmente por sí mismos, por fachada formalmente distinguida, pero sin capacidad alguna para disuadir a los propagadores del terror que, por otra parte, se han ingeniado la mejor manera de penetrar los niveles de toma de decisiones institucionales haciendo de la organización regional un simple andamiaje inocuo y anquilosado.

CONSTRUCTO DE LA INSIDIA

Narcisismo

El régimen narciso, el gobierno narcisista que se siente señalado por la historia y predestinado a instaurar un nuevo orden regional o global no es tan solo el orientador o inspirador del proceso expansionista implícito en esa elaboración política.

Como instigador, es también hostigador y asume, distribuye, asigna y designa roles, iniciativas, acciones y operaciones tanto en solitario como en combinación con sus asociados, unos más activos que otros.

En todo caso, como insidiador, emprende con arrojo la persecución sobre las víctimas para apropiarse o deshacerse del sistema rival al que envidia y que percibe como el obstáculo fundamental para la reconstrucción del imperio pasado o futuro.

Como asechador, el insidiador lidera el acoso y es el emisor de las señales que determinan a la víctima como el objeto del matoneo en el contexto regional.

Mimetizándose y mimetizando a sus aliados, el régimen narciso se especializa en la infamia, la injuria y la calumnia. De notar a las víctimas con precisión mediática impecable, porque sus habilidades comunicativas y publicitarias le permiten deconstruir y horadar todo sistema ideológico distinto al propio, al que ilumina el sendero.

Como infamador, injuriador y calumniador, el régimen expansionista elabora el código de la acusación contra el otro, el enemigo común, el que, estigmatizado, ha de ser conminado a reconvertirse o desaparecer.

Depredador consumado, el régimen insidiador es el verdadero creador del dominó que él mismo administrará pacientemente hasta cuando el mapa de la apropiación y el control esté completamente dibujado.

En tal sentido, el bloque de Estados acosadores elaborará el lenguaje y la acción del matoneo. Discurso y agresión. Justificación y castigo.

Puesto que el acceso al poder ha sido, generalmente, una paciente y esforzada construcción mítica (revolucionaria, sangrienta, traumática o convulsa), el régimen refundador e iluminado desarrolla una sensibilidad específica para desenvolverse en el contexto internacional con autosuficiencia y procurándose efectivos blindajes ante posibles retaliaciones o respuestas indeseadas.

En términos generales, el estado insidiador:

- 1- Desarrolla capacidades especiales de simulación, es decir, de falseamiento y acomodación de la realidad de acuerdo con parámetros políticos orientados a descomponer la identidad de la víctima.
- 2- Elabora una conducta basada en la seducción falsa o perversa, es decir, atrae mediante artimañas y componendas para someter o destruir al otro, valga decir, al ex grupo rival.
- 3- Voluntaria o involuntariamente, asume la envidia como motor oculto de sus pretensiones y, siempre por comparación, enuncia los principios sobre los que sus valores han de considerarse superiores y preponderantes frente a los que identifican al sistema rival.
- 4- Explícitamente, emprende acciones dañinas que se hacen cada vez más rentables a medida que se perfeccionan. El mito del Estado bribón, canalla y rufián se generaliza, otorgándole al perpetrador un cierto halo de superioridad e invulnerabilidad.
- 5- Se niega a aceptar la ambigüedad, la incertidumbre y la indefinición, así que les exigirá a cada paso a los Estados con que interactúa resultados tangibles que puedan obtenerse claramente de la relación aliado / adversario.
- 6- Se obstina en aceptar cualquier indicador interno o externo de fracaso o incapacidad para lograr las metas propuestas.
- 7- Deliberadamente, despliega conductas autoritarias y dibuja el modelo jerárquico con el que gestiona tanto la política doméstica como las relaciones exteriores.

- 8- Niega cualquier tipo de responsabilidad o culpa ante los daños o incidentes que sus actos producen en el vecindario o a escala extra regional.
- 9- Rechaza la ecuanimidad y la ponderación en la evaluación que hace de las relaciones internacionales.
- 10- Valora absolutamente la rigidez y el rigor en el manejo de las categorías ideológicas y programáticas.
- 11- Exhibe una creciente falta de transparencia y opta aceleradamente por la manipulación, la tergiversación y el fraude.
- 12- Interfiere, interviene y bloquea los asuntos internos y las relaciones que las víctimas mantienen entre sí o con otros actores del sistema.
- 13- Actúa con arrogancia y baladrona incesantemente, tratando de atraer a los Estados indiferentes y de asegurarse la contribución de sus aliados.
- 14- Impone a destajo su voluntad y criterios como los marcos de convivencia o parámetros de relación.
- 15- Adopta constantemente actitudes paternalistas, proteccionistas, egocéntricas y se niega a cooperar, a menos que sus prejuicios y preconcepciones sean aceptadas como la norma general.
- 16- Maneja un lenguaje ruin y descalificador con el que amedrenta y caricaturiza al rival, caracterizado como el origen de todos los males del entorno.

El ícono del enemigo

El régimen insidiador, en tanto narcisista, requiere dibujar la retícula del otro como fuente de peligro, así que construye con maestría el ícono del enemigo y lo representa como la causa de todos los infortunios y el obstáculo para alcanzar los objetivos refundadores de las relaciones internacionales.

En otros términos, el ícono del enemigo es el estereotipo de la deshumanización mediante el cual otros son percibidos como escollo para la expansión.

De tal manera, gracias al ícono del enemigo se exteriorizan los temores, se unifica, aglutina y uniforma a la población

contra una amenaza, y se transfieren a esos gobiernos rivales todas las categorías simbólicas de lo indeseable y abominable.

Situándose en la dicotomía entre lo aceptable e inaceptable, el ícono del enemigo permite establecer con claridad cuáles son los Estados aliados y cuáles son aquellos contra los que hay que desarrollar una conducta hostil y destructiva.

En tal sentido, la otredad es filtrada por descriptores e indicadores de proximidad o lejanía (ideológica, religiosa, etc.) para justificar y estimular el emprendimiento bélico, aun cuando no haya en ese otro ninguna evidencia de intenciones agresivas.

En suma, los rasgos ideológicos extraños y las diferencias políticas son explotadas deliberadamente como detonantes de violencia que justifican la conducta hostigadora que emprenden los Estados expansionistas contra los Estados víctimas.

Logrado, pues, el efecto de deshumanizar al adversario, cualquier acción armada, abierta o encubierta, directa o por encargo, estará exenta de sentimientos de culpa o de consideraciones sobre la responsabilidad en el acto de agresión.

En ese sentido, el ícono del enemigo surte un poderoso efecto magnético que liga al régimen expansionista a su población y a la de sus aliados, conformando así una comunidad de valores dispuesta a luchar contra el contaminador o a superar el impedimento esencial que niega el acceso a la grandeza o a los recursos necesarios para alcanzarla.

La beligerancia, la fuerza, la violencia, el espíritu de lucha y de combate se convierten, entonces, en la estructura simbólica con la que el otro debe ser enfrentado y agredido hasta que el control regional se haya establecido de manera definitiva e irreversible.

Egocentrismo, egolatría, paranoia, megalomanía

He aquí la incapacidad, la imposibilidad de que el régimen expansionista y narcisista logre desarrollar confianza más allá de sus áulicos como para siquiera pensar en compartir sus expectativas o promover una relativa confianza estratégica.

Basando su conducta en una defensividad extrema y en consecuentes demostraciones de prepotencia y altivez, el régi-

men paranoide desconfía de cada movimiento, declaración o aproximación de los actores a los que considera antagonistas y, por tanto, blanco de sus propósitos absorbentes.

Impera, pues, en sus agendas exteriores una elevada y creciente dosis de incertidumbre, dubitación calculada, desconfianza, aprensión y deslealtad en cada proyecto de cooperación o intercambio.

De hecho, ninguna prueba de confiabilidad le resulta suficiente y no solo actúa con deslealtad sino que la percibe en cada asunto que maneja con el entorno no alineado.

No en vano sus modalidades de acción exterior se basan en delirios, fabulaciones, exageraciones, provocaciones, complots, conspiraciones y todo tipo de distorsiones de la realidad en las que ampara sus operaciones agresivas contra el otro.

En tal sentido, el régimen narciso responde reactivamente a cada iniciativa interpretada como ajena a su entorno y tales reacciones instintivas se convierten en el detonante de actos destructivos catalogados como legítima defensa o liberación nacional (propia, cuando se autocalifica de agredido, o ajena, cuando sale en defensa de un aliado al que se considera sometido a la hostilidad del oponente.

Este victimismo, usado cíclicamente como herramienta para la victimización, les permite a los Estados insidiadores gozar de cierta invulnerabilidad y argüir que sus decisiones están destinadas a garantizar su supervivencia frente a los Estados tradicionalmente señalados como dominantes.

Dicho de otra manera, el régimen pendenciero aduce que se ve compelido a tejer redes que, desde lo local a lo global, le faciliten la tarea defensiva, o sea, fuerzas especiales, comandos revolucionarios, guardianes del nuevo orden, comités, brigadas, fuerzas de la reserva, ejércitos populares, etc.

De tal modo, los regímenes paranoides sacian pero al mismo tiempo estimulan su obsesión por controlar tanto a los aliados como a los extraños creando aparatos de inteligencia de amplia cobertura en el espectro interior-exterior, hasta garantizarse el monitoreo y seguimiento efectivos de los demás actores

que, necesariamente, aparecen en su imaginario político como minusválidos, discapacitados o inferiores.

Eso es lo que explica que no solo en lo militar sino en lo diplomático, el proyecto expansionista elabora todos sus escenarios con base en una suspicacia sistemática interfiriendo así en todo tipo de vínculos que pudiesen establecer sus aliados y los oponentes.

Para ponerlo en otros términos, el Estado victimario construye su imaginario estratégico a partir de profecías (autocumplidas) que se autorrefuerzan incesantemente y se nutren de toda suerte de especulaciones, leyendas, y trucos con los que esos gobiernos buscan el apoyo popular y la solidaridad internacional.

El sesgo que esa profecía le imprime a toda consideración política, obliga al Estado paranoide a ser recurrentemente desafiante y hostil puesto que al sentirse continuamente agraviado no encuentra mejor herramienta de trabajo que la amenaza de uso de la fuerza amparándose en que se le ha herido, ofendido, humillado, bloqueado o vejado.

Al interpretar la conducta diplomática o mediática de los otros como lesiva, el depredador incurre en deformaciones y, consecuentemente, en actitudes tóxicas que perturban el contexto internacional sometiéndolo a permanente convulsión, agitación y tensión.

Tales patrones de desconfianza y semejante visión negativa de las relaciones exteriores conducen, inevitablemente, a una cosmovisión política de la aversión, o sea, a que los Estados insidiadores se perciban a sí mismos como actores en un mare magnum urgido de normas que solo ellos están en capacidad de dictar y vigilar. Normas que, por supuesto, tienen su origen en el aparato ideológico, completamente regido por los parámetros agonales, con el que los Estados pendencieros creen ponerse a salvo y preponderar.

Ese talante agresivo-defensivo hace que el Estado autoritario permanezca alerta, en estado de sitio, en conmoción interna o, por lo menos, bajo constante sensación de asedio, con lo cual, todo ejercicio de dominación está amparado bajo el manto de la protección del sistema (y de su proyecto político) que, aun-

que fuerte en sí mismo, se define como vulnerable y, por ende, autorizado a emprender todo tipo de operaciones contra los enemigos, invirtiendo así la lógica del acoso que lo caracteriza para dar rienda suelta a un proceso victimista en el que enmascara su identidad destructiva.

Esa es la razón por la que el Estado despótico requiere una amplia red de inteligencia interna y externa en capacidad de espiar, rastrear información y ejecutar operaciones constantes basadas en un minucioso seguimiento de la conducta de los Estados acosados.

Aduciendo que tal infraestructura de inteligencia es necesaria en tanto está siendo sistemáticamente agredido, el Estado pendenciero y expansionista se siente dominado por elevadas expectativas de autoeficiencia armando a su población casa por casa, barrio por barrio, ayuntamiento por ayuntamiento, desarrollando campañas de alerta contra las amenazas emergentes y adentrándose en carreras armamentistas de las que hace partícipes a sus aliados y a las que generalmente también arrastra a sus víctimas y demás adversarios.

Percibiendo cada conducta del otro, por muy bien intencionada que esté, como una señal de manipulación para afectarle, el Estado insidiador se resiste a entablar relaciones basadas en el respeto a la diferencia y, por el contrario, detecta a cada paso dobles intenciones en la conducta ajena aún en aquellos comportamientos transparentes que los demás asumen.

El régimen acosador es, por tanto, sumamente hermético y cuidadoso de dar a conocer sus defectos o limitaciones con el fin de no permitirles a los que considera como rivales el acceso a datos que puedan perjudicarle tanto en lo diplomático como en lo mediático y militar.

Estableciendo todo un sistema social basado en jerarquización extrema, el depredador desanima a sus rivales internos y externos de emprender operaciones en su contra y limita cualquier posibilidad de alzamiento, insubordinación, sedición o rebelión, así que se siente en libertad de promover el terrorismo en otros países pero se apresura a generar escándalos (basados

en simples alucinaciones) mediante los cuales anhela poner en evidencia las (presuntas) campañas en su contra.

Recurriendo a la premisa de que la mejor defensa es el ataque preventivo, o el anticipado, refina sus métodos de intervención y afectación del otro fomentando el temor a ser golpeado o eliminado aún por parte de sus propios aliados, de los que siempre se distanciará prudentemente para evitar la frustración que cualquier traición supone.

Es por eso que su principal rasgo operativo es la obstinación y el empecinamiento. Sus puntos de vista suelen permanecer inalterados para no sembrar la impresión de improvisación o incongruencia y se niega a aceptar la coherencia en el discurso contrario pues asume que, con ello, estaría devaluando el propio.

De hecho, esta negación se manifiesta también hacia sus propios subordinados que, como aliados, se ven compelidos a guardar prudente distancia para no opacar el liderazgo original del inspirador del proyecto.

Al negarse radicalmente a rendir cuentas, el régimen acosador suele ser dictatorial o, por lo menos, se preocupa ostensiblemente por perpetuarse en el poder mediante maniobras internas acomodaticias y, habiéndose asegurado ya la permanencia en el poder, se siente autorizado a exigirles a sus simpatizantes sumisión ideológica y creativa de tal modo que nadie, excepto él mismo, podrá desarrollar ideas o iniciativas aglutinadoras.

Semejante esfuerzo le exige al acosador mantener niveles elevados de creatividad, osadía y liderazgo, de tal manera que quienes lo siguen se sientan suficientemente estimulados y gratificados, al tiempo que quienes lo padecen se sientan significativamente intimidados y cohibidos.

En definitiva, el régimen insidiador es también un régimen paranoide y megalómano que, en líneas generales:

- 1- Sospecha incesantemente y sin evidencias de las intenciones de los Estados rivales del entorno, a los que, en su delirio de persecución, señala como fuentes de engaño, perjuicio y oportunismo.

- 2- Se embarga de preocupaciones injustificadas con respecto a la lealtad y fiabilidad que le deben los Estados o actores no estatales vinculados al proyecto expansionista.
- 3- Se muestra reticente a promover medidas de confianza mutua por el constante temor de que cualquier información que revele será usada en su contra.
- 4- Interpreta frecuentemente los discursos e imágenes del otro como cargadas de significados ocultos, dobles intenciones, doble moral o confabulación, aún si se trata de simples discursos protocolarios o de seguimiento de las agendas.
- 5- Registra y memoriza detallada y crónicamente cualquier agravio, disparidad o incidente negándose a superarlos para utilizarlos luego, en un ejercicio de uso selectivo de la memoria del antagonismo, como pruebas de la perversión del otro.
- 6- Asume que toda referencia a su conducta o desempeño es un ataque contra su reputación en la sociedad internacional y por ello se siente autorizado a reaccionar airadamente y, más aún, a adelantarse generando una retórica incendiaria y temeraria.
- 7- Considera que el oportunismo y el intervencionismo (tácito o expreso) constituyen los pilares de las relaciones internacionales de tal manera que minimizan por completo el temor al castigo que podrían sufrir por causa de sus transgresiones y así, ignorando deliberadamente los costos de las eventuales sanciones, lejos de abstenerse lo que hacen valorar en grado sumo los eventuales beneficios que podrían derivar de su actitud pendenciera y aviesa.

Por ende, poseídos por el valor de los incentivos, refuerzan cada vez más su conducta oportunista y la reproducen en cada una de las áreas de trabajo (político, militar o comercial), contaminando el clima regional y sometiénolo a tensiones de distinta magnitud que, curiosamente, son el combustible que dinamiza y garantiza la repetición del fenómeno.

Delirio de grandeza, liderazgo carismático y gregario

El matoneo entre las naciones no sería posible si el proyecto expansionista y destructivo que lo alienta no contase con una energía especial que genera, desata, estabiliza y renueva capacidades basadas en la atracción y el magnetismo que, por su propia contenido y naturaleza, son capacidades altamente tóxicas y contaminantes.

Se trata de un liderazgo autorreferencial, que se exculpa a sí mismo y que se basa en un carisma perverso y corrosivo. De hecho, los ciudadanos, colectivos y gobiernos coaligados al Estado victimario le conceden las atribuciones necesarias para que despliegue a su antojo su conductiva agresora y le delegan toda la autoridad para que ejecute acciones hostiles destinadas a lograr el mayor número de insertados al proyecto expansionista.

Se le atribuyen, pues, al régimen inspirador, unas cualidades excepcionales, heroicas, siempre en busca de un beneficio sostenido en promesas y escenarios (utópicos) de futuro.

En procura de las metas, el régimen promotor no solo obtiene la confianza sino el poder que sus simpatizantes le delegan en un acto de transferencia que supone recursos materiales y espirituales suficientes para proseguir la obra y consolidarla en rangos de tiempo bien calculados pero no necesariamente restrictivos.

Esa conducta precarista de los coaligados, es decir, ese modo de comportarse disfrutando precariamente, lisonjeramente, de los beneficios que les concede el Estado predominante, les lleva a todos, en conjunto, a compartir sin ambages la hostilidad y la violencia en una especie de blindaje a largo plazo destinado a someter a las víctimas y fundirlas en su circuito estratégico del mutualismo.

En ese sentido, el liderazgo propio del Estado promotor e inspirador del matoneo refleja la notable confianza que él tiene en sí mismo (en la relación tridimensional valores - recursos - pretensiones), el fuerte autocontrol y autodomínio que desarrolla y la férrea convicción con que defiende, proclama y propaga su

sistema de creencias, su código ideológico y su visión (aglutinante y absorbente) del porvenir.

Dicho de otro modo, el Estado insidiador genera entre sus afines una visión compulsiva de la realidad y convierte en comunes los propósitos que se hallaban dispersos y no suficientemente sistematizados en un corpus que apunta al futuro común. Un futuro común que va construyéndose en la dinámica ilusión - sugestión - agresión.

Ese mismo régimen mesiánico y redentorista, generalmente asertivo, consigue comunicar con suma eficacia los métodos y aspiraciones que identifican al bloque de tal modo que el unanimismo y la autocomplacencia se convierten en la constante.

Al ser conscientes de sus fortalezas, no solo minimizan (o desconocen) sus debilidades sino que capitalizan todo insumo que incrementa la sensación de superioridad que se hace progresivamente consistente y robustece la animosidad en la búsqueda de los objetivos superiores.

Eso significa que el liderazgo gregario (y gregarista) se fundamenta en una meta de alto valor estratégico, un cuadro final u horizonte de encuentro luminoso, esplendoroso y salvífico.

En concordancia, el compromiso y la entrega de los gobiernos vinculados al proyecto es total e incondicional, de tal manera que la coreografía del acoso es altamente innovadora, poco convencional, y su parafernalia es amplia y abierta.

En suma, los Estados victimarios se esfuerzan metódicamente por percibirse y ser percibidos como agentes de cambios sistémicos (revolucionarios) del sistema internacional y se alejan deliberadamente de lo establecido para construir el mito rupturista de la tierra prometida, unificada, ejemplar y pletórica de los valores que han de identificar al nuevo orden, a las nuevas generaciones.

Por tal razón, el liderazgo gregarista no basa sus cálculos en aprensiones o temores, se ven estimulados por las tensiones, y se desenvuelven más eficazmente en medio de presiones y crisis antes que en condiciones de estabilidad y normalidad.

Por ende, ese liderazgo mutualista enuncia visiones que, como metas ideales, deconstruyen el status quo y lo reinventan

de tal modo que a mayor grado de separación entre el antiguo y el nuevo orden, más esfuerzo militar y diplomático será requerido y mayores serán las recompensas anheladas.

Por supuesto, la manipulación es un ejercicio compartido con el que los afiliados al proyecto acosador se sienten complacidos y estimulados pues no solo se persuaden a sí mismos sino que tratan de persuadir a las víctimas o, por lo menos, intentan que éstas los valoren como la fuente de la que emanan los principios rectores del nuevo sistema regional de poder.

No es extraño, entonces, que pueda apreciarse en los regímenes expansionistas una destacada habilidad para articular ese cuadro final de convivencia ideal pues al interpretar adecuadamente cuáles son las necesidades históricas insatisfechas de sus aliados, entreteje un verdadero aparato productor de mitos que, por el efecto del eterno retorno, se orienta a prometerles a los participantes el regreso (o la travesía) a la gloria, al esplendor y la grandeza.

De ahí que los regímenes inspiradores del acoso aparezcan como temerarios, siempre dispuestos a asumir riesgos que otros ni siquiera considerarían, y claramente decididos a inmolarsi si fuese necesario pues su disposición a lograr el objetivo no puede ponerse nunca en duda.

En consecuencia, son Estados con marcada determinación a lograr lo propuesto y con carácter implacable, indomeñable y, para muchos, irreductible, lo que implica no solo estar dispuestos a exponerse conscientemente al peligro sino a experimentar mutuamente emociones políticas que, entre más intensas y diversas, más atractivas y renovadoras.

En otras palabras, el régimen agresor irrespeta las normas preexistentes pero, simultáneamente, enuncia otras, y en ese doble mecanismo creativo descansa su funcionalidad internacional pues no se le puede caracterizar fácilmente como transgresor o bribón sino, más bien, como un Estado transformador cuyos adversarios suelen ser calificados como primitivos, retrógrados o trogloditas.

De hecho, el liderazgo gregario y perversamente carismático germina mucho mejor en entornos cargados de incertidumbre que los propios Estados agresores se encargan de generar o

agudizar ; y como ellos son altamente sensibles a los indicadores ambientales, no solo actúan con realismo y objetividad sino que logran hacer estimativos muy precisos sobre los recursos necesarios para preponderar, así que invierten decididamente en el proyecto expansionista pero siempre detectando con precisión en qué puntos reside la vulnerabilidad del otro.

Dicho en otros términos, este liderazgo es tangible en la medida en que a quienes lo encarnan se les atribuyen rasgos distintivos loables y deseables, esto es, todas aquellas virtudes que los simpatizantes valoran en un momento histórico como necesarias para materializar sus aspiraciones.

En ese sentido, la percepción de los coaligados se perfeccionará aceleradamente a medida que el Estado promotor abandone con consistencia causas impopulares y complejas que sean atractivas y estimulantes aunque no siempre resulten exitosas.

Patología horizontalizada

En términos generales, los subordinados al proyecto expansionista reconocen, en su intimidad, los excesos y conductas estrambóticas del régimen inspirador, pero, presas del temor a desarticular el proceso revolucionario, se abstienen de promover una auscultación pormenorizada de tal comportamiento.

Coetáneos en la construcción de una dinámica refundadora de las relaciones internacionales, los miembros asociados al régimen iluminado han percibido con suficiente anterioridad esos rasgos estafalarios pero no solo los asimilaban sino que también los alentaban hasta que, una vez en el poder, continúan reproduciendo ese modelo de relacionamiento del que se lucran en la medida en que es el protagonista el que asume, en primera persona, los altos costos de la gestión desafiante y desestabilizadora.

De hecho, al llegar al poder, todos estos gobiernos que comparten una misma energía abrasadora sacan a flote todas sus capacidades ofensivas y al tiempo que reprimen, se expanden, generando al mismo tiempo temor e ilusión, a tal punto que si logran superar los periodos iniciales de implantación y enraizamiento, propagan su ideario y metodologías sin mayor inconveniente.

Tales enfermedades de poder horizontalizadas, o cratopáticas compartidas, avivadas por la enajenación, se fundan en un conjunto de factores perfectamente ensamblados :

- 1- Actuación política límite, muy dada a repentizar y asociada a alta labilidad (cambios bruscos en el clima de toma de decisiones), insatisfacción crónica e improvisación agresiva.
- 2- Susplicacia incesante, cinismo, desconfianza, hipersensibilidad ideológica y aprensión sobre cualquier movimiento del otro.
- 3- Evitación permanente, precaución extrema, reticencia ante cualquier aproximación del oponente, miedo al rechazo y aversión violenta al fracaso en el desarrollo de su proyecto expansionista.
- 4- Introversión constante, esto es, reservas metódicas en el manejo de las herramientas de que se valen para garantizar su expansión y muy bajos niveles de empatía (de sensibilidad por las expectativas o propósitos del otro, aunque se trate de metas estrictamente funcionales relacionadas con elementales necesidades humanas).
- 5- Tendencia pasivo-agresiva, valga decir, autonomía extrema, enconchamiento, exclusión, endogamia diplomática e indiferencia hacia las motivaciones de los actores distintos en el sistema internacional.
- 6- Prepotencia manifiesta, arrogancia partidista, sobrevaloración de capacidades, desprecio recurrente hacia la conducta políticamente indiferente (hacia el indeciso) y comparación reiterativa con otros para marcar en todo momento los indicadores diferenciales de su tendencia a la grandeza.
- 7- Actitud antisocial, o sea, impulso irrefrenable al riesgo extremo propio y de sus asociados, impulsivo, amante de la excitación que produce la controversia y las polémicas transnacionales, manipulador y fraudulento.
- 8- Propensión al histrionismo corrosivo y destructivo mediante el cual se carcome la identidad del otro recurriendo a la expresividad violenta, verborrea dramática e ideocentrismo.

- 9- Obsesión perfeccionista (de acuerdo con los parámetros autoritarios y absorbentes) y comportamiento hipercrítico hacia propios y extraños con marcada intención de causar daño.
- 10- Dependencia extrema de la aprobación de los acólitos o de la respuesta del adversario, de la que se vale progresivamente para descalificar y perseguir.

Todo esto significa que la cratopatología del matoneo se construye sobre liderazgos destructivos que, ocasionalmente, pueden ser efectivos y suponer gobernabilidad eficiente al interior de la sociedad de origen. Pero, precisamente por sobrevivir gracias a la persecución del otro, la eficiencia se agota en sí misma y solo sirve para fortalecer un gran aparato de dominación exhaustiva.

En tal sentido, basta con que los regímenes acosadores parezcan eficientes y exhiban unos indicadores de satisfacción ciudadana de los que luego se valen para impulsar el efecto dominó, una verdadera ludopatía ideológica que se multiplica con cada gobierno que cae pasando a hacer parte del redil.

Así, pues, la relación carismática entre el régimen inspirador y sus asociados se fortalece en la medida en que se comparte una sensación de competencia, credibilidad y confianza para proyectar los intereses mutuos.

En particular, el gobierno detonante del acoso conoce e implementa metodologías que interpretan las necesidades de los asociados y las traducen en alicientes reconfortantes para los ciudadanos de unos y otros Estados brindando facilidades, ofreciendo recursos y canalizando ayudas aún a costa de sus propios niveles de vida en una operación arriesgada pero finalmente exitosa por cuanto el mito de la revolución logra, en la mayoría de los casos, opacar la pobreza, la opresión o los ritmos crecientes de inseguridad ciudadana en que vive.

Ese desprendimiento, ese síntoma de solidaridad, es bien explotado tanto por el gobierno inspirador como por los gobiernos asociados, por cuanto forman una comunidad dedicada a la autocomplacencia y la idolatría.

Si el líder victimario encarna el destino del conglomerado de seguridad en que se basa el matoneo, los Estados asociados tienden a mostrarse monolíticamente dispuestos a asumir todos los riesgos con la misma vehemencia que lo hace el insidiador.

Creando la ilusión de que hay una revolución transnacional en marcha y con alto potencial expansionista, los subordinados no escatiman esfuerzos y refuerzos para respaldar incondicionalmente la propuesta, convencidos como están de que el líder del hostigamiento solo puede estar animado por las mejores intenciones, sana espontaneidad e inocencia absoluta.

De tal manera, el mesianismo amenazante goza de tal credibilidad y respeto que puede aspirar fácilmente a perpetuarse en el poder creando en los gobiernos aliados la necesidad de emular su conducta y formar un bloque que, mediante maniobras constitucionales, permanece en la cúpula por varios lustros, siempre so pretexto de que la consolidación revolucionaria es un proceso largo y difícil que demanda esfuerzos incontables pero que, tarde o temprano, reportará los beneficios míticos de toda tierra prometida, utopía, o sociedad sin clases.

En la práctica, esto deriva también en enormes privilegios y beneficios (ilegales, o extralegales) para el entorno personal, familiar y partidista de los líderes redentoristas que se aseguran así una especie de blindaje institucional a toda prueba.

De tal manera, se vuelve al punto original en que la colusión es la constante y la alianza estratégica solo tiene sentido en función de una o varias víctimas que le den aliento.

Dicho de otro modo, la colusión pasa a ser un mecanismo de defensa altamente rentable pues la complicidad diluye la sensación de dominación que ejerce el inspirador sobre sus asociados y todos se sienten, de uno u otro modo, formando un circuito de poder satisfactorio y estimulante.

Por supuesto, este circuito no es más que un proceso de identificación entre los sumisos que se anulan a sí mismos y el Estado redentorista (feudal) que exige tributos pero al mismo tiempo concede ventajas evidentes a los miembros de la red acosadora en su tarea contra las víctimas elegidas en conjunto.

En tal sentido, los subordinados (que, en realidad, se sienten socios estratégicos) han de funcionar en permanente situación de autocensura inhibiéndose de desplegar cualquier conducta que al máximo responsable le resulte irritante pues los costos suelen ser tan altos que las ventajas del cuestionamiento no podrían cubrirlos.

Así las cosas, los asociados se sienten motivados a distorsionar permanentemente la realidad con el fin de satisfacer la necesidad colectiva de complacer al insidiador original, dotando así a la red del matoneo de suficientes y frecuentes estímulos gratificantes.

En ese sentido, los gobiernos satélites padecen, a nivel interno, las complicaciones producidas por una constante acusación de servilismo, postración o dependencia del régimen orientador de la causa que, desde afuera, dicta el modelo de comportamiento y doméstico y diplomático.

Para superar este flujo crítico de sus opositores, tales gobiernos subordinados apelan, generalmente, al dramatismo, el incremento artificial de las tensiones y el mercadeo del miedo, es decir, aquel que se basa en la idea de que solo formando un conglomerado regional de seguridad, ideologizado y radical, se podrá defender la revolución y propagarla.

A su vez, el régimen inspirador no solo se conformará con el liderazgo carismático del que se sabe dueño sino que exigirá más y más pruebas de fidelidad a sus subordinados que, empujados a darlas (unas veces de manera voluntaria y otras no tanto), se verán atrapados entre ese régimen aliado pero exigente y una oposición interna contestataria y bulliciosa.

En definitiva, esos gobiernos asociados tratarán de romper semejante dificultad -que podría llegar a paralizarlos de algún modo-, horizontalizando la dependencia, esto es, mostrando las ventajas (reales o no) del intercambio comercial y militar entre todos los miembros de la red, y persiguiendo selectivamente a los opositores para convertir cualquier comportamiento que se desvíe del oficialismo en sinónimo de traición al Estado.

Como resultante, se llega a la constatación de que este modelo de asociación es el único viable, y entonces los seguidores

del perpetrador renuncian a su libertad y autonomía, comparten la soberanía, se identifican colusivamente con el promotor del matoneo, se someten a las reglas supranacionales que el líder hostil impone, refinan colectivamente los métodos de acción insidiosa y conforman una especie de anillo de seguridad para el régimen despótico que, gracias a todos sus esfuerzos de coordinación, proyección y representación, se convierte en el depositario de la identidad revolucionaria.

La habilidad y la atracción

La energía hostil del inspirador es lo suficientemente fuerte como para atraer y mantener coaligados a los afines, pero esa energía colusiva tiene su origen en el modelo, en la estructura expansionista y el ánimo para construir un nuevo orden, un esquema de relaciones exteriores a imagen y semejanza del corpus de ideas rupturistas, regeneradoras y redentoras.

El prestigio acumulado por el régimen inspirador en función de su osadía y propensión al riesgo, le confiere el halo mítico en virtud del cual se convierte en objeto de deseo, con lo cual, la imitación animada por el estatus genera un afán de poseer que se traduce, justamente, en voluntad expansionista.

De hecho, los diferentes bloques de países, o países individualmente considerados persiguen ideales que tienden a parecerse de algún modo, así que no es de extrañar que haya rivalidades y asperezas cuando diferentes estilos de liderazgo e influencia afloran en el mercado del ordenamiento regional y suprarregional.

Al llegar a la conclusión de que hay imitadores en ese mercado, o rivales que impiden el perfeccionamiento del sistema de valores considerado como original y genuino, los Estados y actores no estatales chocan entre sí, incluso violentamente, pues la necesidad de preponderancia y prevalencia anima a aquellos regímenes que se consideran a sí mismos como renacentistas, liberadores, depuradores o reconstructores del orden internacional.

Al entrar en esa carrera por la preponderancia, los Estados absorben a su paso todo cuanto están en capacidad de arrebatarles a los oponentes, con lo cual, es apenas natural que, regímenes

ideológicamente antagonistas, terminen pareciéndose mucho, esto es, utilizando metodologías estratégicas similares para asegurarse objetivos interpretados como similares.

En ese sentido, los esfuerzos por preponderar se harán más refinados en la medida en que los logros resulten más esquivos, así que la acumulación de capacidades terminará reforzando la idea de que la violencia resulta imprescindible para avanzar en medio de las dificultades y alcanzar la meta de grandeza previamente establecida.

Ocultando inicialmente los objetivos que se persiguen, los regímenes insidiadores terminan haciendo explícitas sus ambiciones y, cuando así sucede, el choque entre modelos resulta inevitable hasta que, llamado a evitar un desenlace fatal, el acosador reduce sus expectativas y las somete a ajustes que siembran en sus rivales la sensación de que es posible alcanzar acuerdos de apaciguamiento y convivencia pacífica, es decir, un cierto grado de estabilidad.

En este tira y afloje, las metas estratégicas de los acosadores se amplían y sus métodos se hacen cada vez más efectivos, de suerte que avanzan sin mayores traumatismos pues se convierten en verdaderos maestros de la mimetización, pasando como poco amenazantes cuando, en realidad, están cada vez más cerca de alcanzar sus propósitos.

Dotando a su propio modelo de cualidades cada vez más sofisticadas, pasan a diferenciarse cada vez más de los demás que, progresivamente, se verán ante el dilema de integrarse o enfrentarse, pero, en todo caso, teniendo siempre al hostigador como referente supremo.

CONSTRUCTO DEL CONTROL ABUSIVO

La naturaleza cambiante del estado agéntico

El régimen despótico e inspirador del acoso internacional ejerce, tarde o temprano, un control abusivo sobre sus asociados; control del que aquellos ya no pueden escapar y del que, por de-

más, se sienten complacidos, partícipes de una gratificante red de prestigioso posicionamiento regional y extrarregional.

Ellos, los asociados (subordinados) se ven, así, inmersos en una red jerarquizada, rentable y deseable, basada en obediencia sin cuestionamiento.

Dicho de otra forma, los coaligados son conscientes de que hacen parte de un engranaje estratégico altamente funcional y capaz de generar nuevos escenarios de relaciones internacionales, con lo cual, diluyen en la estructura su responsabilidad individual y se autoprotegen al reforzar los nodos de la red que siempre tendrá como referente, como eje central, al régimen mesiánico en el que se funda la naturaleza cambiante del ánimo dominador.

Lejos de ser estático, el modelo insidiador es altamente cambiante e innovador, así que reajustando permanentemente su estructura institucional, reformula sus agendas reforzando la alianza, lanzando una nueva moneda, asociando las fuerzas militares, fundando organizaciones multilaterales, organizando aparatos de arbitraje o de justicia, etc.

En ese mismo sentido, el daño que puedan ocasionar a terceros no resulta relevante y todas las maniobras destructivas resultan justificadas y no pueden ser atribuidas a ningún actor individualmente considerado.

La impunidad de la que gozan no es casual. En realidad, todo el andamiaje de la seguridad colectiva que han construido la garantiza y ellos, los asociados al régimen acosador, la asumen no como un resultado despreciable sino, todo lo contrario, como una consecuencia normal de su voluntad irreductible por luchar contra los antagonistas a los que, de antemano, sentencian como culpables de un orden regional o global injusto, deplorable y caduco.

De tal manera, el proyecto expansionista se hace a sí mismo destructivo sin necesidad de que, en particular, ninguno de los gobiernos que lo componen aparezca como agresor o culpable de nada.

Atomización de la responsabilidad

Mimetizados, imitándose, amparados mutuamente, escudados en la fuerza y la dinámica destructiva y expansionista propia del sistema insidiador, el matoneo deviene absolutamente normal y la absorción del otro no solo se legitima sino que se hace indispensable para que el sistema no se anquilose sino que prospere y se fortalezca en una perspectiva histórica más allá de los aspectos meramente coyunturales.

En la práctica, eso significa que cuando la alianza despótica se debilita por alguna razón, ya sea en términos económicos, políticos o militares, la respuesta natural del sistema expansionista es emprender nuevas acciones agresivas contra miembros rivales en la región de tal modo que la identidad se fortalezca, los recursos se movilicen y se actualicen, y el sentimiento de pertenencia se reavive para no perder vigencia.

Robustecido gracias a la aventura acosadora, el proyecto revolucionario se depura en virtud de la victimización y en esa espiral se fortalece la confianza en la red jerarquizada, se renueva el compromiso, se reafirma la lealtad, se expulsa al díscolo o disonante, se superan las pruebas de obediencia debida y se trazan nuevas metas discursivas que animan psicológicamente a los asociados con rituales motivacionales suficientemente persuasivos y estimulantes.

Compromiso, sacrificio y entrega

Por todo es afán aglutinador y expansivo es que el régimen insidiador original tiene la responsabilidad de diseñar el proyecto revolucionario que, como se ha dicho antes, resulta de un acopio de visiones procedentes del pensamiento de los próceres, padres fundadores de nacionalidad, etc.

Conformado ya el proyecto, el despotismo colectivista y gregario ha de señalar a algún miembro de ese bloque (imaginario, en principio, y luego absolutamente tangible) como desviado, díscolo o desadaptado, de tal manera que congregado al resto, el marginado sirva como referente de lo que habrá de evitarse, de lo que ha de ser perseguido o condenado pues, lejos de hallarse

afiliado a la colección de Estados que por legado histórico se ha creado, asume actitudes autónomas, heterodoxas y abiertas.

En tal sentido, el régimen despótico inspirador del aparato intimidatorio se vale de su autoridad, de sus credenciales históricas autogestionadas y hace valer solemne y obsesivamente el orden jerárquico que él mismo ha erigido.

Dotado, pues, de unas capacidades ilimitadas de poder que ha obtenido gracias a su liderazgo abarcador, el señalamiento que ese régimen hace del gobierno (o gobiernos) que ha de ser perseguido por no responder al llamado histórico destinado a conformar el bloque alternativo de poder internacional es incuestionable, no puede ser contestado y ante él solo rescata la obediencia ritual, sacramental.

Contando con que no se desacatará su directriz, pues a lo sumo será manejada con un cierto grado de indiferencia por parte de los coaligados menos obnubilados que, en cualquier caso, no se atreverán a desafiar o confrontar al instigador máximo, él impondrá su criterio garantizando con ello el nuevo orden, su coherencia, su libreto, es decir, la ruta que debe seguir hacia la meta compartida por todos.

Puesto que cualquier cuestionamiento de fondo podría ser interpretado como una ruptura irremediable del proyecto revolucionario, los asociados al régimen perpetrador se encargarán, por sí mismos, casi que sin la intervención del iluminado, de regular su conducta, haciendo cada vez más fluido el sistema y preservándolo de alteraciones traumáticas.

Así, por simple alienación, la autoridad del régimen que reencarna el mandamiento prístino de dotar al proyecto de la grandeza obstruida hasta la fecha se hace inexpugnable y sagrado, de tal manera que cada uno de los asociados se siente en la obligación de todo aquello cuanto esté a su alcance para protegerle, rendirle culto, pleitesía y la máxima protección física posible (incluyendo anillos de seguridad elaborados a partir de tropas o unidades de élite que, de manera combinada, protegen la vida del líder supremo, su sanedrín o su junta de gobierno).

La ética del abuso

Por supuesto, esta obediencia absoluta no está exenta de cuestionamientos íntimos o de debates producidos por sectores de la oposición en uno o varios de los actores coaligados.

En otras palabras, todo acto destructivo y expansionista obliga a un cierto examen de conciencia que puede ser más o menos elevado pero, en todo caso, importante y acumulable.

Al ajustar arbitrariamente las consideraciones éticas a las conductas agresivas, se produce una disonancia que suele resolverse privilegiando los hechos cumplidos sobre las reflexiones morales; reflexiones que, por la frecuencia e intensidad de los actos hostiles, terminarán palideciendo e, incluso, desapareciendo, de tal manera que, a la postre, solo imperará la homogeneidad entre acto y pensamiento estratégico refundador.

En consecuencia, el estado agéntico impregna al sistema en su conjunto y el funcionamiento del proyecto expansionista se regula a sí mismo superando cualquier fisura que pudiese presentarse al incrementar progresivamente el esfuerzo estratégico.

Al reconocer la fortaleza implícita y explícita del liderazgo carismático e insidiador, los actores asociados al aparato intimidatorio terminan adoptando a cabalidad su rol de herramientas estabilizadoras del orden y, sin mayor remordimiento, ejecutan las acciones u operaciones insidiosas sin otra consideración que la de enaltecer la carrera por la preponderancia geopolítica.

Se forma, así, una ética revolucionaria que sustituye el antiguo orden ideológico de la relación entre el bien y el mal, a tal punto que, obedeciendo órdenes una y otra vez, los afiliados van convirtiéndose a sí mismos en ordenadores y reproductores del circuito autoritativo y autoritario.

Alejados de toda conciencia política anterior, los asociados mutan éticamente a tal grado que, aún a sabiendas de que están emprendiendo actos agresivos, cualquier conducta queda automáticamente amparada por el nuevo sistema de valores del que se siente parte, y esa pertenencia es suficiente para no acumular sentimientos de culpa ni deuda moral alguna.

De ahí que toda exploración profunda de la conciencia sea filtrada a través de la maraña ideológica del nuevo orden y que cualquier duda, tribulación o dubitación sea superada o resuelta mediante el perfeccionamiento de los indicadores de la gestión expansionista, esto es, el máximo refinamiento técnico en la ejecución de los actos hostiles contra los gobiernos elegidos como víctimas.

CONSTRUCTO DE LA VICTIMIZACIÓN Y EL VICTIMISMO

Desarrollar la tarea predatora le exige al insidiador un cálculo estratégico ciertamente delicado para equilibrar y dosificar los objetivos, recursos y esfuerzos sin poner en riesgo la dimensión expansiva del proyecto mismo.

Al emprender las acciones denostadoras, el colectivo expansionista evalúa cuidadosamente tanto dentro como fuera de la alianza cuál es la capacidad de respuesta de la víctima, qué capacidad de absorción y neutralización de los ataques tiene y, principalmente, cuál es su potencial de resiliencia estratégica, es decir, las posibilidades que tiene de recuperarse creativa y vigorosamente de los golpes que se le infligen.

Al sopesar estas variables, el error de cálculo más costoso puede ser, justamente, el que se deriva de una percepción equivocada del potencial de resiliencia pues un Estado acosado puede aparecer inicialmente como desvalido y frágil para comportarse posteriormente de manera distinta, esto es, comprometiendo gravemente la esencia misma de la coalición insidiadora.

Esto significa que si el proyecto despótico quiere perdurar y propagarse, solo lo puede hacer apelando una y otra vez a víctimas nuevas o de vieja data que aún no han sido avasalladas, pero, en todo caso, garantizándose un espíritu de lucha que aglutine a sus miembros y les permita sentirse en permanente desafío, o sea, sometidos a prueba que, en la medida en que se superan, fortalecen la unidad y la autoestima estratégica.

Por esta razón, equivocarse en la escogencia de la víctima o ampliar excesivamente los frentes de acción destructiva podría

suponer el colapso del aparato predador que, saturado, se vería inevitablemente expuesto a factores externos e internos que lo limiten e, incluso, lo vulneren y paralicen.

Al victimizar a otros, los asociados al régimen despótico inspirador purgan y depuran el entorno geocultural en el que quieren que su revolución prevalezca y la convierten en objeto de culto, la sacralizan, la idolatran, y la convierten en una especie de motor del paroxismo político-militar.

En ese sentido, la víctima es la verdadera garantía de la cohesión del proyecto expansionista, tanto mejor si se comporta de manera bipolar, es decir, si en algunos momentos reacciona airada y briosamente pero en otros, adopta, en cambio, una actitud pasiva o conciliadora soportando los golpes que recibe bajo la efímera ilusión de apaciguar con ello a sus perpetradores.

En consecuencia, las víctimas más rentables para el matoneo estratégico serían aquellos Estados y actores que más allá de caer fácilmente en el circuito revolucionario, se resisten pero, al mismo tiempo, dan muestras de insuficiencia o sumisión temporal para volver, más adelante, a rechazar la agresión de que son objeto.

Este tire y afloje es el que hace tan atractivas a las víctimas ambivalentes y reluctantes por cuanto permanecen en el imaginario del insidiador durante largos periodos de tiempo como un objetivo al que, tarde o temprano se llegará; como un blanco huido que, de todos modos, terminará siendo alcanzado.

No es casual, pues, que en ciertos órdenes regionales, varias potencias emergentes se enfrenten entre sí cuando algunas logran identificar y desenmascarar a los predadores al tiempo que les niegan el acceso a sus recursos de poder.

En otras palabras, la víctima ideal para el proyecto acosador sería aquel actor estatal o no estatal que, en solitario o en bloque:

- 1- No teme a las represalias y, antes bien, adopta en ciertos momentos posturas claramente desafiantes y hasta ofensivas.
- 2- Rechaza las presiones o las metas colectivas del expansionismo antagonista, rivaliza abiertamente con él y se convierte en defensor ya sea del orden establecido o de un

- orden regional y suprarregional nuevo, pero, eso sí, ideológicamente distinto al del régimen acosador.
- 3- No elude responsabilidades y, antes bien, toma la iniciativa, aunque no cuente con suficientes respaldos o tales respaldos sean imprecisos e insuficientes.
 - 4- Tienden a ser autónomos y no se pliegan a referentes emergentes de autoridad (revolucionaria).
 - 5- Evitan el gregarismo estratégico y, si establecen o conservan alianzas, lo hacen de modo tal que la coalición acosadora se vea irremediabilmente contenida.
 - 6- Sacan sus propias conclusiones en la relación existente entre la moral, el poder y la fuerza en el sistema internacional.
 - 7- Rebaten los argumentos y las posturas diplomáticas generando un clima de opinión pluralista allí donde el régimen despótico solo quisiera ver unas líneas únicas de pensamiento político.
 - 8- Respetan las estructuras jerárquicas y son conscientes de su rol en el sistema pero no caen en el servilismo ni en la fusión que el proyecto acosador ofrece.
 - 9- Propenden por el consenso pero repudian la fundición ideológica, y
 - 10- Son conscientes de las ventajas que ofrece el esquema político que han desarrollado y lo valoran, aunque se muestran a veces excesivamente flexibles, abiertos al diálogo y caen, por ello, de manera relativa, en las tentaciones que plantea el acosador.

Para ponerlo en otros términos, las víctimas altamente deseables son aquellos Estados cuyos factores diferenciales en lo político, económico y militar los hacen difíciles de captar y someter, pero, al mismo tiempo, susceptibles de caer en las trampas que, valiéndose de la propensión al diálogo que exhiben, les tiende el expansionismo insidiador.

Culpa, trauma, vértigo

La violencia que ejercen los agentes de la colusión es difusa, atomizada y multimodal, con lo cual, esa violencia genera confusión entre los Estados afectados y los que permanecen al margen porque no es obvia, no es evidente en sentido estricto, combina trazas de lo visible y lo encubierto, parece que fuese solo psicológica pero también tiene manifestaciones directas ; es sutil, pero, al mismo tiempo, frontal, y en ciertos momentos suficientemente directa pero casi siempre clandestina, subrepticia, para causar el mayor daño posible con el paso del tiempo sin necesidad de que lo superficial afecte lo latente, lo subterráneo, es decir, sin que en ningún momento se vea recortado el abanico de iniciativas políticas, mediáticas, diplomáticas, comerciales y militares que corroen el sistema rival, todas ellas asimétricas y de baja intensidad.

Para ponerlo en otros términos, se trata de una violencia que les permite a los agresores consolidar sus posiciones y avanzar sensiblemente en procura de sus objetivos expansionistas sin asumir costos o riesgos insostenibles y sin ser sometidos a juicio alguno porque los mecanismos perpetradores que utilizan no se basan en una sola metodología, no van en una sola dirección, no proceden de un único victimario y no se destinan a una sola víctima en particular sino a todo un espectro de actores identificados como antagonistas, es decir, como amenaza u obstáculo.

Mejor aún si estos antagonistas no están vinculados entre sí, no disponen de unos mecanismos protectores compartidos, o si esos mecanismos, aun existiendo formalmente, son tan intrascententes que no desaniman sino que alientan al destructor y sus coaligados.

Así, expuestos a unos métodos innovadores, multidimensionales y simultáneos de hostilidad, los Estados víctimas se estremecen y suelen actuar descoordinadamente ante el aparato predador pues los daños que registra son invisibles, no son obvios, no siempre son empíricamente objetivos y carcomen la gobernabilidad sin dejar huella a pesar de que las manifestaciones

verbales o discursivas del matoneo son incontrovertibles y hasta escandalosas.

De tal suerte, los Estados afectados resultan victimizados también por aquellos que, declarándose neutrales o poniéndose al margen del fenómeno, no se explican en qué consiste el daño al que se refieren las víctimas pues no tienen la percepción de que estén siendo objeto de un proceso agresivo o destructivo, con lo cual, fácilmente caen en la tentación de señalar a los gobiernos vulnerados como hipersensibles, exagerados o manipuladores que tratan de derivar beneficios mediante la distorsión de la realidad.

De hecho, muchos sectores sociales y políticos que están en la oposición dentro de un Estado víctima y que se sienten simpatizantes del proyecto expansionista acusan a su propio gobierno de agigantar las amenazas o securizar las agendas tan solo para consolidarse en el poder.

Por otra parte, sectores de la oposición que no congenian con los insidiadores externos pueden llegar a la misma conclusión anterior debilitando aún más al Estado que, ante la combinación de asedios, internos y foráneos, no solo no logra mantener la cohesión entre las élites sino que asiste a su fractura.

Esta victimización múltiple hace que el Estado agredido y sus muchos o pocos aliados se traumatizan políticamente, se sientan sociológicamente culpables de no poder transmitir con claridad los peligros a los que su sistema social está siendo sometido, y se desorientan, a tal punto que, tras un cambio de gobierno, los nuevos dirigentes pueden incluso llegar a ver a quien hasta ese momento había sido su principal enemigo como el nuevo mejor amigo del Estado, todo ello en un intento desesperado por apaciguarlo, por frenar el ímpetu expansionista al menos por un tiempo, o por negociar con él bajo la ilusión de que un acuerdo podría salvaguardar el equilibrio y evitar la injerencia en los asuntos internos.

En otras palabras, este síndrome de victimización múltiple (SVM) que se va agudizando a medida que se acumulan los ataques multifactoriales perpetrados por el abusador (ataques

verbales, del tipo proxy, publicitarios, etc.) produce una especie de vértigo crónico en el Estado víctima.

Vértigo que, progresivamente, por goteo, mina las estructuras defensivas y somete al agredido (por muy sofisticado que se sienta en el plano intelectual) a una especie de niebla estratégica, de indefensión estructural y perturbación sistémica sumamente delicada pues creyéndose el controlador de la situación, en realidad está a merced del insidiador.

Ese vértigo crónico de la víctima se traduce, ya en la vida política cotidiana del sistema político, en una inestabilidad creciente, en una suerte de dispersión administrativa que le impide al Estado víctima sincronizar efectivamente su política de seguridad, la de defensa y la exterior, adentrándose así en escenarios de complejidad difíciles de gestionar y en la descomposición gradual de los mecanismos de resistencia frente a las amenazas.

Sin lograr explicar satisfactoriamente cuáles son las causas y mecanismos por los que se está viendo sometido a todo esta desazón, el Estado intimidado se desgasta inmensamente pues no logra descifrar cuál es el motivo por el cual se ve tan afectado si, en muchas ocasiones, las acciones de su agresor ni siquiera pueden ser clasificadas o valoradas como destructivas y son, en sí mismas, absolutamente simples (pero demoledoras).

Ese desgaste por sobrecarga de insumos alteradores ensimisma al Estado y a sus asociados no gubernamentales impidiéndoles encontrar con la rapidez necesaria las respuestas o procedimientos de contención, empecimiento y anticipación estratégica.

Alteración de identidad

A ese ritmo, la que resulta principalmente afectada es la identidad estratégica del Estado acosado.

Sometido a tantas tribulaciones simultáneas, el Estado asechado ve como se deteriora su condición vital, su equilibrio estructural, de tal modo que los opositores desleales que, en su propio país, cumplen tareas al servicio del Estado agresor, o íntimamente coordinadas con él, encuentran más y mejores posibilidades de debilitar las instituciones y promover, ya sea por la vía

violenta o la del diálogo y la negociación, una reforma constitucional profunda cuyos alcances pongan, finalmente, a ese Estado intimidado en la órbita del predador.

En resumen, la alteración de la identidad del Estado víctima puede darse en tres dimensiones distintas: reactiva, permisiva e inactiva (inmovilista y permeable).

Dimensión reactiva

Ante la andanada del amedrentador, y aún en medio del desconcierto, el Estado agraviado opta por salvaguardar a toda costa su identidad y en este esfuerzo flaquea, se conmociona y, por tanto, sobredimensiona su respuesta o, lo que es peor, se pierde en el intento.

En tal sentido, adopta una actitud hostil marcada por la suspicacia hacia todo lo que le rodea, tanto a nivel interno como externo, y se comporta de modo impreciso, presa del peligro, con una especie de fatalismo que le lleva a aislarse y a aparecer solo para reiterar su conducta reactiva.

De hecho, se trata de una marcada hipersensibilidad que se genera por la clara conciencia de que el Estado denostador está afectando con sus apetitos a varios actores al mismo tiempo, él incluido, con lo cual, se responde erráticamente ante la sensación de injusticia generalizada, cometiendo por ello diversos errores que si bien pueden retardar de algún modo el avance de los insidiadores, solo hace más compleja la tarea que, lejos de diluirse, se enfatiza, haciéndose cada vez más abrasiva.

Dimensión permisiva

Independientemente de que se comporte reactivamente, el Estado injuriado también puede asistir al deterioro de su identidad en medio de un clima de permisividad, esto es, admitiendo en algún grado el constreñimiento de la coalición expansionista y abandonando gradualmente su natural papel de empededor con el que los acosados tratan de resistir, al menos en principio, los embates del insidiador.

Surge entonces en ese Estado víctima una incapacidad crónica para resistir, recuperarse y enfrentar coordinadamente al denostador, fomentando así una especie de distimia estratégica, o sea, una sensación de vacío, frustración e incapacidad para transformar positivamente la cuestión.

Dimensión inactiva (inmovilista y permeable)

Asimismo, la afectación de la identidad puede darse en condiciones de inactividad, pues el Estado agredido puede llegar, incluso tempranamente, a la conclusión de que es inútil oponerse y que es preferible mostrarse permeable, aislarse del entorno crítico que lo asedia y, realmente amedrentado, sentirse conminado ante la compulsión del acosador.

Enajenación e hipervigilancia

En definitiva, el Estado intimidado pierde el control, se enajena, y consciente de que la perturbación le estremece, intenta superar el acoso extremando sus posibilidades defensivas, hipervigilando, llevando al límite su capacidad de responder y actuar, todo lo cual, reunido, le lleva gradualmente a un aletargamiento que facilita su absorción por parte del vilipendiador.

Los hechos afrentosos que tiene que soportar, conducen al Estado amedrentado y a sus aliados a una especie de alteración de la realidad que tiende a agravarse en la medida en que la conducta hostil del perpetrador se ve nutrida por las conductas simultáneas de apoyo, igualmente injuriadoras, de los asociados con los que cuenta.

De tal manera, el infamado eleva precipitada y desbordadamente sus niveles de protección política, comercial y militar, dando paso a un estado de inoperancia y saturación por infravaloración propia a pesar de sentirse convencido de la relativa importancia que tiene en el concierto internacional.

Atrapado por este esfuerzo hipervigilante, el bloque de países acosados tiende a sentir que pierde valor diplomático y se sumerge cada vez más en la desconfianza, incluso de aquellos Estados dispuestos a comprender la situación y ofrecer respaldo.

Embargado por la idea de que está siendo traicionado, espiado y sabotado, el gobierno víctima duda de cada una de sus alternativas y maniobras haciéndose cada vez más inconsistente, con lo cual, puede ser acusado fácilmente por los predadores como promotor de atentados o alterador del orden.

Siendo consciente de su hipersensibilidad, el Estado injuriado no logra, sin embargo, liberarse de esa vigilancia extrema que se ha impuesto para evaluar el comportamiento de los otros y tampoco alcanza a discriminar exactamente entre lo que es real y aquello que no lo es, pasando rápidamente de una consideración profunda basada en que está siendo asediado, a otra, en la que ya no aparece ninguna amenaza inminente en el horizonte, así que sus aparatos militares y de Inteligencia se ven desbordados por la incongruencia y el desatino.

En cualquier caso, permanecer por largos periodos en estado de alerta causa un desgaste evidente que el propio Estado perseguido percibe pero del que no logra apartarse, con lo cual, lo que se vulnera es, precisamente, su identidad estratégica que va diluyéndose en favor del apetito expansionista de unos perpetradores que no desaprovechan la desesperación del intimidado para incrementar el escarnio y los oprobios con que lo debilitan a diario.

En ese desconcierto, el hipervigilante tampoco logra entender por qué el agraviador no se hace responsable del daño que está infligiéndole y por qué no modifica su actitud vilipendiosa, así que trata de desarrollar tareas pedagógicas para hacérselo saber, o se descontrola y asesta golpes de los que casi de inmediato se arrepiente para proceder en el acto a pedir perdón como si no fuese víctima sino agresor.

O sea, que de tumbo en tumbo, tirando y aflojando, el Estado denostado cae en la ingenuidad y llega a dulcificar el proyecto expansionista que lo está afectando a tal punto que se muestra confiado de que tarde o temprano los infamadores comprenderán la situación, se abstendrán de seguir acosándole, reconocerán sus faltas, resarcirán los daños y se comprometerán a no repetir los hechos oprobiosos.

Por tal razón, los países víctimas se sienten todo el tiempo en una especie de cuerda floja tratando de amortiguar los golpes que reciben pero sin ofuscar aún más a los gobiernos insidiadores; intentando ser enérgicos, pero temiendo que sus iniciativas generen daños irreparables para la futura convivencia regional; buscando que se les perciba como soberanos pero retraídos porque temen que sus actos puedan desembocar en decepciones, más engaños y trampas aún más peligrosas.

Puesta su identidad en situación tan crítica, los Estados víctimas se ven arrastrados a calificar toda conducta ajena en blanco y negro como positiva o negativa, como afín o antagonista, limitando así gravemente su propio margen de maniobra en el sistema internacional e invitando a los agresores a proseguir su tarea destructiva. Tarea que se atiza, precisamente, por el pánico implícito y el estrés inmovilizante en que el acosado se sumerge.

ESTRÉS Y RIESGO INMOVILIZANTE

Tensión abierta

El Estado envidador somete al acosado a una carga continua de estímulos que rompen su homeostasis, es decir, estremecen de tal forma su estructura que ya no consiguen autorregularse.

Expuestos a cambios repentinos, intermitentes o constantes, los sistemas políticos que sufren el órdago lanzado por los acometedores caen en una especie de ruptura de su unidad funcional que pone a prueba la vieja diferencia hipocrática entre *pathos* (el padecimiento producido por el agresor) y *ponos* (la lucha por recobrar la estabilidad).

Animados por una cierta 'ponología' (el estudio de las tendencias orientadas a reconstruir la funcionalidad afectada), los estados embestidos se declaran en alerta y ante la amenaza evidente intentan adaptarse, se empeñan en controlar el estímulo al que se ven expuestos y, no obstante la recurrencia de la agresión, se niegan a admitir que están siendo sometidos al 'matoneo intratable' y se adaptan, resistiendo selectivamente a las afrentas recibidas.

En semejante tensión, el sistema político tiene la sensación temporal de haber retornando a la normalidad y desactiva parcialmente sus principales motores defensivos, con lo cual, el depredador calcula con relativa tranquilidad el mejor momento para envidar de nuevo, incrementando en cada dosis la precisión requerida para someter al Estado intimidado.

Esto significa que la adaptación conseguida con el uso intensivo de los recursos de seguridad y defensa se diluye y el aparato institucional de la víctima tiende a petrificarse, a anquilosarse, lo que le convierte en una entidad aún más apetecida, en un ente atrayente que emite señales favorables al expansionismo del proyecto narcisista y denostador.

Atrapado por esta fatiga estratégica, el país amedrentado cede progresivamente ante la colección de hechos afrentosos y registra un desgaste esencial que compromete todos sus circuitos ideológicos y militares, lo que debilita sensiblemente al servicio exterior y adelgaza todos sus dispositivos de anticipación e iniciativa estratégica.

Sometido a la regresión, a la involución política, el aparato político del injuriado se ve envuelto en un síndrome amplio y severo de deficiencia estratégica y pierde aceleradamente energía para la contención y disuasión discriminada del aparato estresante viendo impactadas no solo sus capacidades nacionales y externas, sino también las regionales, locales y microlocales.

De hecho, las redes de reactores tendidas para garantizar la soberanía se ven horadadas ante la profusión de actos alarman-tes que cualquier dispositivo de respuesta se limita a sí mismo, cediendo espacios y recursos vitales aunque no haya durante el proceso evidencias claras de violencia directa.

Inhibida la defensa, los esfuerzos defensivos causan un efecto más nocivo que alentador y, roto el equilibrio estratégico, el Estado insidiado se aletarga y se entrega.

Al no sentirse aptos para controlar por sí mismos las vicisitudes que el entorno hostil plantea, los esfuerzos adaptativos se dispersan entre los niveles locales y nacionales a tal punto que ni siquiera los refuerzos primarios procedentes de los aliados hemisféricos resultan suficientes para desanimar al aparato perpetrador.

Dicho de otro modo, el gobierno asediado buscará en todo momento multiplicar su capacidad de respuesta pero el desgaste que eso implica le consume y aunque trata de discriminar con la mayor exactitud posible cuáles son los factores estresantes que debe considerar como auténtica amenaza, todo ese modelo adaptativo para facilitar respuestas exitosas se anula y se pervierte cualquier posibilidad de readaptación, quedando a merced del insidiador o confiando en la coordinación transnacional para salir del atenzamiento al que se encuentra sometido.

Riesgo percibido y no percibido

Esto significa que los aparatos defensivos de los actores agraviados evalúan permanentemente el riesgo en que se encuentran pero usualmente fallan al establecer las verdaderas pretensiones del vilipendiador a quien suelen dulcificar para autoconvencerse de que no hay una verdadera amenaza de que preocuparse.

Mediante valoración de potenciales, los Estados embesitados se afanan por autocalificarse como entes en condición de ‘riesgo cero’ aduciendo que su actitud frente a los peligros que se ciernen sobre su soberanía es de ‘tolerancia cero’.

En el fondo, solo se trata de distractores o evasivas destinadas a ocultar la realidad en una especie de ceguera voluntaria o ignorancia autoinducida que se basa en una reflexión intensiva sobre los conflictos que embargan al agresor pero que niega las deficiencias propias, aquellas de las que, precisamente, se valen los perpetradores para avanzar hacia sus objetivos.

Amparándose en que la sociedad internacional está sometida, por naturaleza, a la proliferación de riesgos, soslayan el hecho de que hay amenazas específicamente orientadas en su contra y subestiman los peligros latentes hasta cuando la situación aflora de tal manera que su control se hace altamente improbable.

Los gobiernos se convierten, de esa forma, en una suerte de cómplices involuntarios o pasivos de los proyectos expansionistas que los involucran y, sin proponérselo, pasan a ser los gérmenes de su autodestrucción al no asumir una conducta lo suficientemente enérgica para superar a sus adversarios (Figura 14).

Figura 14: Procesamiento del riesgo y propensión al envite.

| PROCESAMIENTO DEL RIESGO Y PROPENSIÓN AL ENVITE | |
|---|---|
| PERCEPCIÓN DE LA INTENCIÓN HOSTIL Y SUS MOTIVACIONES: AMBIGUA. | |
| • | Mecanismos de descodificación de información estratégica: precarios o sometidos a dubitación e incredulidad. (Ceguera voluntaria). |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| MAPEO DE LA INTENCIÓN Y SUS CAUSAS: INCOMPLETO. | |
| • | Conocimiento de las pretensiones estratégicas del amedrentador: difuso. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| IDENTIFICACIÓN DE LA AMENAZA - PELIGRO: INSUFICIENTE. | |
| • | Autopercepción sobre los lazos de solidaridad, lealtad y respaldo interno: diluida. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| INFERENCIA SOBRE IMPACTO Y CONSECUENCIAS PROPIAS: DEFICIENTE. | |
| • | Capacidades predictivas: intrascendentes. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| APRECIACIÓN SOBRE LA MAGNITUD DEL DAÑO PROBABLE (¿SOBREDIMENSIONAMIENTO, MINIMIZACIÓN, REDUCCIONISMO, SIMPLIFICACIÓN?): INCONSISTENTE. | |
| • | Razonamiento crítico y autocrítico: impreciso. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| ESTIMACIÓN DE LA EFICACIA DE MECANISMOS PREVENTIVOS Y DE ANTICIPACIÓN: LIMITADA. INOCUA. | |
| • | Conducta transversal ante el insidiador [¿pasiva, o emprendedora?]: incierta. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| EVALUACIÓN DEL RIESGO: INCONGRUENTE. | |
| • | Relación entre métodos cuantitativos y cualitativos: dispersa. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| VALORACIÓN DEL POTENCIAL DESTRUCTIVO DEL ANTAGONISTA: CONFUSO. | |
| • | Correlación de información de Inteligencia estratégica: nula. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| IDENTIFICACIÓN TEMPRANA DE LA TRANSFORMACIÓN DE AMENAZAS LATENTES EN MANIFIESTAS: INDETERMINADA. | |
| • | Proyección estratégica: fragmentada. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| PERCEPCIÓN DEL RIESGO: INDEFINIDA. | |
| • | Racionalidad: alterada. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |
| GESTIÓN DEL RIESGO: TRAUMÁTICA. | |
| • | Opciones, oportunidades: ¿Diplomacia preventiva? ¿Diplomacia coercitiva? ¿Resistencia, resiliencia, anticipación estratégica? ¿Mecanismos de aseguramiento (alianzas, coaliciones)? : Inciertas. ¿Privatización, individualización, relativización y disipación del riesgo?: Incertidumbre dominante. |
| • | ¿Otros? ¿Cuáles? |

MIEDO, INMOVILIZACIÓN, PÁNICO ESTRATÉGICO

Así que el común denominador es el miedo que inmoviliza y atomiza la identidad del Estado víctima facilitándole al perpetrador la tarea de producir un discurso (una cierta acción simbólica) que, distribuido entre el uso de la fuerza y la atracción retórica, proponga la reunificación y siembre entre los amedrentados y agredidos más débiles (pusilánimes o entreguistas) la ilusión de recobrar cierta estabilidad y hasta la aglutinación perdida aún a costa de su independencia y de tener que insertarse en el proceso expansionista.

Suficientemente sugestionados, los Estados envidados se dan a la fuga del agresor sacrificando así sus propios elementos constitutivos que pasan a ser referentes sometidos a negociación, o a conciliación, o a una cierta adaptación funcional al aparato narcisista que los somete.

Generalmente fascinados por paradigmas legalistas, los Estados asediados recurren para defenderse del asedio a tribunales en los que el problema se dilata y que solo sirven para poner en evidencia la indeclinable voluntad del aparato denostador de continuar con su tarea contaminante y depredadora.

En consecuencia, las víctimas dan el salto a la diplomacia y recurren a sus aliados con la convicción de que todo es negociable, pero al sufrir la decepción correspondiente no encuentran más remedio que ceder y conceder cada vez más espacios y recursos hasta hallarse en genuina indefensión por amedrentamiento intensivo.

De tal modo, los Estados agredidos se ven atrapados por una especie de 'pánico estratégico' ya que mantienen la ilusión de que aún tienen vías de escape pero, al mismo tiempo, constatan que todas las rutas se les cierran.

Al sentirse relativamente atrapados, pero no necesariamente atrapados sin salida, la conmoción que padecen al no encontrar una solución plenamente satisfactoria les inmoviliza. No se perciben a sí mismos como absolutamente perdidos pero el acorralamiento sin opciones realistas de superación conduce ha-

bitualmente al inmovilismo, la degradación de la gobernanza y la descomposición de la identidad estratégica.

En otras palabras, los Estados afrentados suponen, o mejor, se ilusionan con que tienen opciones de superación del aseo expansionista pero al percibir que tales alternativas se cierran una tras otra y, más aún, al ser conscientes de que otros Estados se encuentran en la misma situación, entran en un choque limitante que, generalmente, les subsume, cohíbe y doblega.

Dicho de otro modo, aquella dubitación, pusilanimidad o permisividad de los países víctimas que suele derivar en graves perjuicios políticos y en facilidades tangibles para los acometedores (que logran, así, proseguir con mayor euforia su tarea destructiva), genera las condiciones necesarias para que vastas áreas geoestratégicas caigan en poder o queden bajo el control de esas energías despóticas que se expanden tan aceleradamente como el antedicho pánico estratégico se los permita.

De hecho, siempre existe una corriente latente de ansiedad, un suspenso implícito, una cierta predisposición de los Estados que se hallan en situación precaria, fragmentada o inestable que lubrica la acción atemorizante de los perpetradores y hace más efectiva su iniciativa destructora.

Eso significa que el pánico estratégico se encuentra generalmente antecedido o alimentado por una especie de potencial degradante, es decir, un ambiente que predispone e induce la inestabilidad generalizada producida por el envite de los Estados narcisistas y hostiles.

Por consiguiente, es apenas natural que se evidencie la existencia de un factor precipitante que, por definición, es el que convierte esa predisposición en la conmoción general del sistema sociopolítico del Estado intimidado y el pánico estratégico propiamente dicho.

Ese factor precipitante corrobora la amenaza, la materializa, convirtiendo la sospecha en peligro, alimenta la incertidumbre, la especulación, el caos y la sensación de que el proyecto antagonista puede expandirse, puede ser exitoso poniendo en peligro los cimientos mismos de la sociedad agredida.

Entonces, gracias al factor precipitante, la predisposición social a que, tarde o temprano, la amenaza se convertirá en un verdadero peligro, se focaliza, se concentra en un acontecimiento específico, en una actitud o en una decisión concreta del régimen agraviador y es a esa decisión, evidente y tangible, a la que se temerá de tal modo que se hace necesario huir de ella, buscar protección o ponerse a buen recaudo.

Compartida la creencia de que el peligro no es una mera posibilidad sino una realidad objetiva, la sociedad en su conjunto se amilana, se fractura, las élites que originalmente parecían cohesionadas se atomizan y cada sector procura solventar la situación poniendo a salvo sus intereses pues la evidencia de que el expansionismo supera las capacidades defensivas del sistema no les deja otro camino que amparar sus bienes llegando incluso a buscar acuerdos con el agresor, es decir, evaluando las bondades del colaboracionismo.

En esta cadena de la conmoción, los sectores que ceden a la intimidación crean un modelo de conducta que otros sectores asumen por imitación, de tal manera que, tarde o temprano, todo el tejido estratégico cede y los intentos por anteponerse al agresor se desestiman.

Así, pues, los temores se van acumulando y el pánico estratégico se va haciendo cada vez más grave en la medida en que la imitación de la conducta de huida y puesta a salvo se propaga pues ya no se trata solo del miedo original al agresor sino a la situación misma que se produce, escalonadamente, cuando unos y otros sectores del tejido social, incluidas las élites, tratan de adaptarse a la situación acomodándose de la mejor forma posible en circunstancias tan adversas.

Semejante oportunismo colectivo le es muy útil al embesidor pues, premiando a ciertos sectores por su entreguismo o colaboración, amortigua la estricta relación entre victimario y víctima, asegurándose así una expansión relativamente rápida y segura.

CONSTRUCTO DE SUPERACIÓN DEL EMBAIMIENTO

Con todo, el proyecto insidiador y expansionista no siempre logra su cometido de someter a las víctimas.

De hecho, el proceso de embaír a otros puede verse frustrado, principalmente por, (a) la acción coordinada entre los actores víctimas; (b) porque lleva en sí mismo el germen de su destrucción. O por ambas.

Prevención y superación coordinada del hecho afrentoso

Los Estados afectados desarrollan diferentes modalidades de anticipación, recuperación y superación del matoneo basándose, esencialmente, en la habituación al peligro del que son objeto, la resiliencia comunitaria, la apropiación por parte del ciudadano y su participación en la problemática de seguridad y defensa, la disciplina colaborativa, la protección en red y el control social, los fundamentos del aparato educativo y el liderazgo basado en el consenso, la aceptación y la satisfacción ciudadana, y la fluidez y puesta a prueba de sus mecanismos de cooperación internacional y acciones conjuntas y combinadas con base en una adecuada coordinación interinstitucional.

Herramientas de control

Los Estados intimidados optan por enfrentar militarmente al enemigo, pero dada la asimetría entre el insidiador y el intimidado, las posibilidades basadas, principalmente en la legítima defensa armada, resultan sumamente limitadas.

Por naturaleza, el vilipendiador es militarmente emprendedor y se ha garantizado suficiente blindaje interno y externo para amedrentar eficazmente a sus víctimas.

Aún a costa de su estabilidad macroeconómica, los agresores acumulan suficientes recursos e incrementan aceleradamente sus capacidades para ejercer la violencia en cualquiera de sus modalidades, con lo cual, es poco probable que la respuesta militar de los afectados resulte efectiva pues, de hecho, su tendencia

específica es la de rechazar la utilización de métodos coercitivos y privilegiar el diálogo o los tribunales internacionales.

Por otra parte, los países embestidos desarrollan operaciones de información (incluida la dimensión cibernética) para equilibrar a sus sistemas sociopolíticos sometidos al estrés.

Mediante estas operaciones de información se busca reducir la superstición (las profecías autocumplidas, prejuicios, estereotipos, aprensiones, temores históricamente acumulados, arquetipos destructivos), suavizar los temores causados por el desconocimiento de los factores y actores amenazantes, regular y autorregular el miedo al peligro generado por los Estados reñidores (que se solazan exhibiendo la fuerza, amenazando con usarla, y usándola).

No obstante el éxito que inicialmente puede reportar este manejo de la información, su conductividad es problemática. En efecto, puede suceder que las sociedades inducidas a relativizar y minimizar el peligro terminen por desensibilizarse a tal grado que pierdan su propensión natural a la respuesta ante las amenazas, convirtiéndose así en presas fáciles para los predadores.

En otras palabras, si se siembra la sensación de que todo se halla bajo control, que los infamadores están neutralizados, que el peligro no puede propagarse ni materializarse en daños objetivos y que no pueden surgir nuevas amenazas concomitantes o que es fácil evadir y superar tanto las preexistentes como las emergentes, el sistema de seguridad y defensa se relaja y se dilata, convirtiéndose, en la práctica, en un sistema apetezible y vulnerable.

Congeniando y contemporizando con el agresor, negociando retraídamente con él y difundiendo la ilusión de apaciguamiento, pacificación o paz, los ciudadanos y sus mecanismos de defensa se desnuden y debilitan propiciando, ineluctablemente, el avance de los proyectos ególatras y oprobiosos.

A la inversa, cuando se crean imágenes o conceptos políticos que no tienen asidero en la realidad y se diseminan elusiones estratégicas, o sea, cuando se sobredimensiona la amenaza para crear peligros artificiales, el sistema sociopolítico se alarma y activa intensivamente sus mecanismos antifallos de modo innecesario hasta que se pone en una situación relativamente

similar a la anterior, es decir, en la insensibilidad y desprotección por anulación del impulso de respuesta, con lo que se redifica al agresor y se le convierte en una entelequia intrascendente, incrementándose así la vulnerabilidad estructural de la víctima.

Todo esto significa que la información sensata y basada en criterios formativos que desarrollan las habilidades y las competencias estratégicas del ciudadano en estrecha relación con los aparatos estatales habilita a la sociedad para interpretar el peligro y enfrentar solidaria y constructivamente las amenazas expansionistas que se ciernen sobre el sistema político.

Dimensión celular y reticular

La adecuada distribución de roles en el sistema de protección, habilita a las sociedades intimidadas para repeler la agresión expansionista.

Al resistir adecuadamente, se diluyen las condiciones que propician el pánico estratégico y se controla la influencia negativa que ejerce la amenaza sobre la gobernabilidad sistémica.

Minimizando la heterogeneidad o la dispersión, el sistema político se hace suficientemente sólido para neutralizar y superar la amenaza, empezando por la reducción de la susceptibilidad al miedo que infunde el proyecto denostador.

En consecuencia, al definir con claridad el ordenamiento de los roles y funciones, se fortalece el sistema de defensa por cuanto la apropiación ciudadana de su problemática de seguridad es el mejor blindaje frente a las amenazas manifiestas y potenciales.

Controlada así la posibilidad de desorganización, la definición específica de las instrucciones referidas a cada célula o red social (local, regional y transnacional) se traduce en un verdadero circuito protector de la colectividad y sus nodos conectores.

En la práctica, eso se refiere también al liderazgo que se ejerce en el proceso de control del temor a la amenaza y asunción del desafío.

De hecho, la fragmentación de la autoridad, la atomización social y la desconfianza hacia los referentes de la cohesión multiplica el carácter expansible del matoneo internacional.

En definitiva, el liderazgo inspirador que recoge con sensatez y firmeza los elementos constitutivos de la identidad estratégica y garantiza la unidad del sistema mediante actitudes enérgicas de recomposición del orden refrena las pretensiones irrendentistas o absorbentes del proyecto intimidante.

Principios y valores

Superar el embaimiento es una tarea que se facilita enormemente cuando el país o países afrontados disponen de una coraza protectora basada en principios y valores altamente constitutivos no solo de la identidad sino de la conducta diplomática remota y de aquella que se prevé para el futuro.

Para ponerlo en otros términos, las creencias firmemente arraigadas y las pautas fundamentales de comportamiento estratégico que se mantienen y perfeccionan a lo largo de la historia dotan a los sistemas sometidos al matoneo internacional de recursos inmateriales (espirituales, religiosos, ideológicos) con los que pueden enfrentar mejor el apetito expansionista y destructivo de los Estados megalómanos.

Los Estados asediados que se sienten imbuidos por la certeza de que su estructura es inquebrantable y por la fe en la causa que, en realidad, es el cúmulo de fortalezas adquiridas a lo largo del tiempo en su necesidad de repeler ataques y encabezar acciones contra entes envidadores, activan mecanismos de defensa y anticipación basados en convicciones que, en reproducción continua, nutren el ánimo combativo y protegen la integridad.

En ese sentido, los valores y convicciones de tales sistemas políticos pueden ser aún más importantes que los medios militares o la influencia comercial para contener a los amedrentadores, reducen la vulnerabilidad, hacen manejable el riesgo, previenen fluidamente el peligro y encauzan creativamente sus acciones multidimensionales para interrumpir oportunamente la oleada destructiva en su contra.

La fe en la unidad, en la legitimidad de los objetivos y en las capacidades físicas e intelectuales que dinamizan el espectro estratégico, hace que las decisiones del Estado víctima

afecte realmente el ánimo predador y realimenta incesantemente la confianza, el liderazgo y la eficacia.

Coordinación transistémica

Pero si algo explica de manera esencial la superación y prevención del matoneo entre las naciones es la articulación de los puntos anteriores a una adecuada y verificada coordinación transistémica, es decir, la interacción voluntariamente eficiente de diferentes Estados empeñados en repeler al agresor, contenerlo, disuadirlo y someterlo a cambios de actitud que resulten empíricamente favorables.

En principio, un Estado escrachado puede verse obligado a admitir que no gozará de la ayuda de ningún aliado por cuanto la amenaza que percibe no es compartida, ni siquiera en parte, por los otros miembros con los que ha conformado una alianza tácita o expresa, alguna coalición, un régimen de seguridad o un complejo regional de seguridad.

Al enfrentar las amenazas no compartidas, el Estado victimizado apela a fuentes primarias y particulares de repulsión de la amenaza, pero solo logrará evitar la absorción por parte del Estado predador si persiste en sus labores diplomáticas y logra que sus asociados terminen interesándose en el riesgo percibido y asuman de modo tangible los costos que supone evitar el peligro y enfrentar y doblegar al antagonista.

De hecho, los riesgos que corre un Estado asediado por las acciones de un proyecto oprobioso cuando resuelve enfrentarlo en solitario son habitualmente insostenibles, con lo cual, mantener abiertas todas las opciones y recorrer simultáneamente las posibilidades unilaterales y multilaterales suele ser un poderoso limitante de la conducta vilipendiosa.

De hecho, mantener disponibles todas las opciones resulta esencial para los países víctimas cuando que se comprueba que los Estados absorbentes y agresivos suelen mimetizar sus acciones directas vistiendo a sus tropas con uniformes sin distintivos o despojando a sus carros de combate de los colores o símbolos que los identifican, todo ello con el fin de aparentar que no están

interviniendo u ocupando un territorio y que son fuerzas locales, autogestionadas, o de autodefensa, las que emprenden operaciones legítimas para sobrevivir, liberarse o escindirse.

En otras palabras, los complejos regionales de seguridad, o los tribunales internacionales, la Organización para la Seguridad y la Cooperación en Europa e, incluso, el propio Consejo de Seguridad de las Naciones Unidas, pueden tardar demasiado en atender las causas particulares de un Estado humillado y deshonrado, así que ningún país verdaderamente dispuesto a conservar su integridad renuncia fácilmente a emplear todos los medios a su alcance, incluyendo la legítima defensa ampliada, esto es, el conjunto amplio de iniciativas armadas preventivas y anticipadas destinadas a resistir y reprimir al proyecto acosador y expansionista.

Razonablemente, los Estados afrentados se ven en la necesidad de crear, casi que *ad hoc*, ‘consorcios explícitos de seguridad’, o sea, formaciones, coaliciones o agrupaciones más o menos informales de países con el fin de desarticular agresiones en ciernes o emprendidas para causar daño (físico, o no necesariamente físico).

De algún modo conectada con la noción de democracia consociacional, la seguridad basada en consorcios destaca el papel de los acuerdos entre las élites de la defensa para asegurar el funcionamiento de las iniciativas conjuntas destinadas a garantizar la estabilidad, protección integral y desarrollo de los asociados más frágiles o vulnerables del sistema.

Los socios que componen tales consorcios de protección, seguridad y defensa, despliegan, principalmente, operaciones basadas en el concepto de ‘conectividad estratégica’, esto es, acciones hipervinculantes (reticulares), multidimensionales (polifacéticas en lo militar, mediático, diplomático o comercial) y simultáneas, en que los costos y beneficios se subordinan satisfactoriamente a la necesidad de restablecer el equilibrio de poder roto por los actores insidiadores.

El consorcio, pues, es un conglomerado estratégico orientado a imponer sanciones, tomar medidas más o menos coercitivas, para compeler e impeler a los predadores a que reorienten su conducta exterior, y para empecerles o negarles el acceso al

sistema y sus recursos, rompiendo así la posibilidad de cualquier tipo de anexión al proyecto expansionista.

En efecto, esa tarea de empecimiento tiene como objetivo inicial conminar al agresor y, al mismo tiempo, disuadirle, de tal modo que si fracasan ambos empeños, estén dadas ya las condiciones para las acciones militares contraofensivas.

Dicho de otra forma, mediante la antedicha conectividad estratégica que les permite a los empededores compartir unos mismos códigos de valores y principios, el asechador es constreñido a comportarse de manera distinta a la que originalmente había planeado pues las acciones conminatorias serán lo suficientemente creíbles y efectivas como para aconsejarle que desista.

Eso significa que el consorcio será exitoso cuando la conectividad garantiza que el envidador acepte y cumpla ciertas condiciones so pena de ser sancionado sin que tales sanciones puedan ser burladas o terceros le permitan evadirlas.

Entonces, el constreñimiento, es decir, el clima formado con base en la fuerza para que el agresor asuma una actitud distinta a la del matoneo y renuncie al expansionismo puede ser eficaz cuando la disuasión ya no surte efecto.

De hecho, el imponedor de las sanciones articula sus iniciativas con suficientes dosis de conminación de tal suerte que el agresor se retrae o se cohíbe ya sea por la contundencia de las retaliaciones padecidas o porque, sencillamente, percibe suficiente coordinación entre los socios para producirle impactos altamente nocivos.

Gracias a la compulsión, esto es, al apremio que se ejerce con suficiente autoridad sobre el embestidor para forzarlo a aceptar una decisión y actuar en consecuencia, los Estados agraviados consiguen quebrar la dinámica de la intimidación y reacomodar las tendencias de influencia y poder en los ámbitos regionales y suprarregionales.

En general, las sanciones que se imponen bajo la premisa del deber y el derecho a proteger (la llamada responsabilidad de proteger) se justifican mediante argumentos basados en la justa causa, en intenciones correctas y en procedimientos proporcionales, de

tal manera que cualquier intento por bloquearlas o soslayarlas puede ser neutralizado material o simbólicamente.

De hecho, las sanciones concretas y estrictamente limitadas reducen la posibilidad de que terceros se vean estimulados a acudir en auxilio de los acosadores para derivar ganancias al ayudarles a paliar los efectos del castigo.

Por ende, ese tipo de sanciones basadas en indicadores minuciosos para evaluar su trascendencia también son rápidas y enérgicas, con lo cual, se evita el efecto bumerán o la paradoja estratégica de que las sanciones terminen afectando al consorcio por utilidad marginal decreciente.

Con todo, “una disuasión específica, múltiple, versátil y simultánea” resulta siempre preferible al uso de la fuerza (autorizado o no autorizado por las Naciones Unidas) cuando se basa en, (a) la ambigüedad deliberada, es decir, la incertidumbre inducida sobre el adversario para impedirle reconocer con certeza la capacidad ofensiva de que se dispone, y (b) el *graditum ferociter*, o sea, la gradualidad contundente, aquel principio en virtud del cual la persistencia estratégica hace que el predador termine admitiendo que sus impulsos expansionistas resultan inconvenientes y estériles.

En la práctica, esta disuasión múltiple, definida por la sincronización entre ambigüedad deliberada y gradualidad contundente evita -ya en términos éticos- la tentación de cualquier país, incluso de países ciertamente mancillados y vilipendiados, de caer en una dinámica basada en *ultra vires* (extralimitación de competencias).

De hecho, uno de los principales problemas para el desarrollo de la antedicha disuasión múltiple es la marcada tendencia de los Estados víctimas a responder ante la intimidación de que son objeto mediante operaciones vindicativas que, al ser confundidas con las retaliaciones, las opacan, o, simplemente, recortan las verdaderas opciones defensivas para llevarlas al plano reactivo y desmoralizante que caracterizan a los diferentes tipos de venganza.

En tal sentido, vindicar es una conducta que no solo conduce a la frustración estratégica sino que deslegitima por pérdida acelerada de reputación, con lo cual, el Estado vindicador no solo se ve rechazado sino limitado en sus iniciativas a futuro.

Es por tal razón que, más allá de la vindicta, lo que busca la DEMVS es, precisamente, la prevención de la violencia con suficiente firmeza, esto es, imponer límites claros al matoneo entre las naciones a partir de la advertencia creíble de que dispone de los medios necesarios para elevar los costos de cualquier agresión a límites insostenibles.

Puesto en otros términos, la disuasión polifacética (que incluye, por supuesto, el armamento nuclear cuando los países disponen de él) se nutre, y al mismo tiempo alimenta el “acervo estratégico transversal” de los Estados, o sea, el conjunto de iniciativas emprendidas o que serán emprendidas en solitario o en el marco de un consorcio para consolidar y hacer perdurables los intereses fundamentales en seguridad y defensa.

No en vano, el acervo suficientemente evaluado, reajustado y perfeccionado es un instrumento eficaz para impedir la labilidad estructural y las actitudes macilentas que acompañan a los Estados víctimas que se hunden en su propio infortunio.

Porque si un Estado renuncia, por ejemplo, al armamento nuclear del que dispone, y a cambio de semejante gesto recibe la garantía de terceros de que acudirán en su ayuda cuando fuese necesario enfrentar a un adversario tradicional o emergente, pero, dado el caso, semejante apoyo no se diera, ¿ cómo podría calificarse esa renuncia y qué sentido habría tenido ?

Precisamente, los Estados discapacitados (los más agobiados por el embaimiento) son aquellos que renuncian a un cuidadoso manejo de su acervo y, por otra parte, se niegan a superar sus limitaciones hundiéndose cada vez más en su propia lasitud estratégica.

De hecho, tales Estados prosternados no estimulan a otros a desarrollar mecanismos de protección combinada y tampoco encuentran ni alicientes ni recompensas en el desarrollo de las acciones de autodefensa colectiva.

En consecuencia, son Estados que, dados a desentenderse de su propia integridad, con mayor razón se sentirán inhibidos de participar de uno u otro modo en acciones de gran envergadura como las “operaciones decisivas rápidas”, las “operaciones basadas en efectos” o, principalmente, las que se resumen en torno

a la idea estadounidense de “ataque global instantáneo” (la capacidad de infligir golpes convencionales -que no necesariamente incrementen los riesgos nucleares- suficientemente correctivos de aquellas disfunciones que atentan gravemente contra los intereses nacionales o compartidos, en cualquier lugar del planeta, y en un tiempo aproximado de una hora).

Para ponerlo en otros términos, superar el embaimiento es también un problema de protocolos y algoritmos basados en la relación entre intereses nacionales y pautas bien establecidas de conducta en los consorcios de seguridad.

En la práctica, si hay roles definidos pero los libretos no están preparados con suficiencia, valga decir, si no se han sometido a pruebas, simulacros, ejercicios y exhibiciones, las pautas generales de conducta del consorcio serán deficientes y hasta perjudiciales (en el sentido de que en vez de superar el peligro, pueden llegar a incrementarlo por disfunciones inherentes).

Así que cuando no hay un liderazgo claro en el trazado y mantenimiento cabal de las pautas, quedan abiertas las puertas para que en caso de alerta el sistema colapse y se descomponga.

En líneas generales, las pautas estratégicas contemplan instrucciones puntuales y marcos regulatorios de la articulación entre los diferentes miembros del consorcio, incluyendo el entrenamiento, la actualización y la innovación en los programas que definen la naturaleza de la asociación entre los Estados, de tal forma que se incrementa significativamente la posibilidad de superar emergencias, evitar la parálisis y garantizar el equilibrio regional.

Asimismo, las pautas permiten soslayar la gravedad de la amenaza canalizando objetivamente los temores nacionales y permitiéndoles a los ciudadanos y a los cuerpos de seguridad desarrollar narrativas, iniciativas y planes de contingencia lo suficientemente creativos como para deconstruir y reconstruir el aparato que encarna el peligro.

Precisamente, reinterpretar y reacondicionar recurrentemente estas pautas que animan al consorcio es una labor que permite conocer por anticipado cuál sería el perfil de comportamiento de los socios en caso de que el antagonista irrumpa sin

dar tiempo a manejar información pertinente, ni siquiera en el caso de que tal información exista.

Eso implica que las pautas generales de conducta del consorcio han de precisar en todo momento:

- 1- Cuál es exactamente la posición político-ideológica de cada Estado socio ante las amenazas compartidas y no compartidas.
- 2- Cuál es su situación estructural (la relación existente entre clima de gobernabilidad, estado de la opinión pública y recursos) para establecer debidamente su capacidad de respuesta y/o de anticipación estratégica.
- 3- Cuál es la autoevaluación que hacen los socios de su tolerancia ante las frustraciones diplomáticas, ante los daños de que potencialmente pueda ser objeto, y ante las correspondientes frustraciones de los otros miembros.
- 4- Cuál es el grado de dependencia e interdependencia funcional en caso de crisis y peligros objetivos.
- 5- Cuál es el grado de identificación de cada socio con los demás miembros, en general y en particular (mapas de lealtad, proximidad o afinidad), y cómo eso se traduce en sinergias o circuitos de favorabilidad intraconsorcio que pudiesen fortalecer o, por el contrario, debilitar el esfuerzo común.
- 6- Cuál es el nivel de especialización y experticia de cada uno frente a las eventualidades, así como la versatilidad para desenvolverse con suficiencia en escenarios contingentes.

La superación de la negarquía estratégica

En resumen, podría decirse que los Estados sometidos al matoneo sistemático (una combinación de imprecación, violencia simbólica y agresión directa) se ven impelidos a perfeccionar metodologías negárquicas que, en términos de esta teoría clásica, consistirían en crear redes complejas para rechazar y doblegar a los Estados agresores y expansionistas.

Si se entiende la negarquía (estratégica) como el poder real para negar, limitar o constreñir la autoridad arbitraria de los transgresores, se supone que el sistema podría basarse en un orden horizontalizado de control a medio camino entre la anarquía y la jerarquía, logrando que la soberanía operase de modo relativo, es decir, que no fuese concebida como hasta ahora, o sea, como pretexto para justificar las violaciones o como franquicia para desarrollar indiscriminadamente operaciones de castigo a (presuntos) infractores.

Sin embargo, la seguridad conjunta basada en consorcios no solo se fundamenta en buenos propósitos o esquemas deseables del orden internacional sino en acciones tangibles destinadas a garantizar el equilibrio, restablecerlo o buscarlo cuando los sistemas subregionales emergentes crecen en cierto ambiente de caos y atomización.

EL GERMEN DE LA AUTODESTRUCCIÓN DEL ESTADO AMEDRENTADOR

Como se había dicho antes, el embaimiento también se supera a partir del propio Estado vilipendiador pues en él anida el germen de su propia destrucción.

Dicho de otro modo, el espíritu destructivo de los Estados victimarios termina descomponiéndolos por fatiga de gobernabilidad, esto es, por el ánimo libertario de sus propios ciudadanos que, tarde o temprano, comprenden que las agresiones a terceros no son cualitativamente distintas a las perversiones que ellos padecen en carne propia al interior de sus propios sistemas políticos, sistemas que, por supuesto, no pueden funcionar de modo distinto al del unanimismo, el control social represivo y la homogeneidad so pretexto de que toda confrontación internacional exige la unidad contra el enemigo.

Usualmente, el régimen carismático que encarna y lidera el proceso expansionista y abarcador se convierte en el modelo que otros gobiernos imitan pues a él se le atribuyen características míticas relacionadas con su derroche de energía emprendedora (se les percibe como iluminados), su trascendencia

(redentorista), su oportunismo (sagacidad), su excentricidad refundadora del orden (mesianismo) y su diferenciación cualitativa (originalidad para enfrentar sin ambages al orden establecido).

Pero en esa dinámica de entrelazamiento y fusión identitaria, el régimen narcisista solo se basa en sí mismo y, justamente, al tratar de superarse para responder a las crecientes exigencias de su entorno, termina quebrantándose por física incapacidad de mantener el ritmo que las expectativas generadas le imponen.

Urgidos de mantener la unidad monolítica, se ven envueltos en una especie de “cratogénesis” que les lleva a cometer cada vez más errores de cálculo político en el afán por garantizarles a sus asociados que el imperio perdido está a punto de reconfigurarse, que la tierra prometida está cerca o que un nuevo orden mundial ha sido inaugurado en virtud de su voluntarismo.

Sometidos a permanente turbulencia, estos regímenes idolatrados someten a sus propios aliados, los instrumentalizan y degradan, creando con ello una ambivalencia de lealtades pues, al tiempo que se comparte el sueño de grandeza, se resiente el tratamiento recibido y así, intermitente pero progresivamente, se deteriora el tejido del despotismo compartido y la autoridad del redentor es cuestionada y desafiada.

Presionados por el efecto dominó a demostrar que la absorción de un Estado es apenas la antesala de una nueva, el régimen ególatra se desgasta a sí mismo, deteriora a sus asociados y se ve obligado a apelar cada vez más a la violencia interna y a las agresiones externas para asegurarse en el poder.

Obligados, entonces, a perfeccionar su imagen del enemigo, demoniza a una potencia extranjera, consolidada o emergente, para que le sirva como referente y combustible perpetuador de la revolución que siembra a los cuatro vientos.

Al no poder enfrentarse a ese referente supremo, ya por incapacidad material, ya por la necesidad de mantener intacto el símbolo aglutinador de su discurso, el régimen agraviador se lesiona y, justo cuando se hace consciente de que el problema se está tornando inmanejable, se ve en la imposibilidad de refrenarse, con lo cual, las rupturas y fisuras sobrevienen hasta formar un mapa de la erosión estructural.

Surge entonces en ese régimen redentorista el temor de que sus propios asociados terminen conspirando en su contra unilateral o colectivamente, así que, sumergiéndose en la paranoia, se siente autorizado a perseguir, censurar, flagelar y atemorizar ya no a los enemigos originales sino a sus propios aliados, convirtiendo el matoneo en un fenómeno transversal hacia adentro y hacia afuera de su propio entorno de poder.

De tal modo, siendo cada vez más exitoso, el régimen denostador también se va haciendo más débil e inestable sobre todo porque, a la postre, no derrotar definitivamente a su rival supremo (pues, en el fondo, hasta lo necesita como referente para que subsista su discurso aglutinador basado en la hostilidad y la violencia) derrumba el mito triunfalista y lo extingue o anula.



BIBLIOGRAFÍA PERTINENTE

Nota : Aunque este libro omite, deliberadamente, referencias y citas textuales por cuanto ha sido concebido como el desarrollo de unas tesis específicas en la materia que no gozan de antecedentes concretos en la literatura disciplinaria, a continuación se presenta un conjunto de lecturas relacionadas que pueden ser útiles para que el lector emprenda exploraciones o indague sobre asuntos que de uno u otro modo interactúan con la temática abordada en el texto.

- Arquilla, J. (2013). Twenty Years Of Cyberwar. *Journal Of Military Ethic*, 12(1), 80-87.
- Bambauer, D.D. (2014) Ghost In The Network. *UniversityOf Pennsylvania Law Review*, 162(5), 1011-1091.
- Barmore, C, & Miller C. (2014) Dumping Debt And SeizingAssets: Ukranian Countermeasures For Russian Aggression. *Stanford Law Review*, 67, 67- 74.
- Boot, M. (2013). The Evolution Of Irregular War. *ForeingAffairs*, 92(2), 100-114.
- Buckel, C. A. (2015). Hybrid War. *Marine Corps Gazette*, 99(4), 28-32.
- Coughran, D. (2013) Another Way To Fight: UnconventionalWarfare From Rome To Iran. *Kennedy School Review*, 13, 46-49.
- Cruceru, V. (2014) On Contemporary Warfare: Short Review Of Specific Concepts. *Revista Academiei FortelorTerestre*, 19(3) 231-237.
- Dinicu, A. (2014) Cyber Threats To National Security. Specific Features And Actors Involved. *Buletin Stiinfic*, 19(2), 109-113.
- Dipert, R. R. (2013). Other- Than- Internet (OTI) Cyberwarfare: Challenges For Ethics, Law, And Policy. *Joyrnal Of Military Ethics*, 12(1), 34-53.

- Glowacki, L., & Wrangham, R. W. (2013). The Role Of Rewards In Motivating Participation In Simple Warfare. *Human Nature : An Interdisciplinary Biosocial Perspective*, 24(4), 444-60.
- Grygiel, J, & Wess Mitchell, A. (2014) Limited War Is Back. *National Interest*, (133) 37- 44.
- Horne, C., & Horgan, J. (2012). Methodological Triangulation In The Analysis Of Terrorist Networks. *Studies In Conflict & Terrorism*, 35(2), 182- 192.
- Kan, P. R. (2013). Cyberwar To Wikiwar: Battles For Cyberspace. *Parameters*, 43(3), 111-118.
- Kustermans, J. (2013) The Category Rogue. *Thesis Eleven*. 114(1) 3-14.
- Land, C. Loren, S & Metelmann, J. (2014) Rogue Logics: Organization in the Grey Zone. *Organization Studies*.35(2). 233-253.
- Libicki, M. C. (2012). The Specter Of Non-Obvious Warfare. *Strategic Studies Quarterly*, 6(3), 88-101.
- Libicki, M. C. (2014). Why Cyber War Will Not And Should-Not Have Its Grand Strategist. *Strategic Studies Quarterly*, 8(1), 23-39.
- Martínez- Vargas, J., & Mateus- Rugeles, A. (2011). El Terrorismo Como Elemento Generador De La Mutación De La Figura De Agresión. *Opinión Jurídica*, 10(19), 155- 170.
- McLaughlin, S. & Trumbore, P. (2014) Rogue States And Territorial Disputes. *Conflict Management And Peace Science*, 31(3). 323-339
- O'Reilly, K. P. (2013) A Rogue Doctrine?: The Role Of Strategic Culture On US Foreign Policy Behavior *Foreign Policy Analysis* 9(1), 57-77.
- Potholm, C, II. (2014). Proxy warfare. *Choice*, 51(7), 1305.
- Rauta, V. (2013) Making Sense Of Proxy Wars: States, Surrogates And The Use Of Force. *Civil Wars*, 15(2), 253- 254.
- Rid, T. (2013). Cyberwar And Peace: Hacking Can Reduce Real-World Violence. *Foreign Affairs*, 92(6), 77-87.

- Shiryayev, Y. (2012) Cyberterrorism In The Context Of Contemporary International Law. *San Diego International Law Journal*, 14(1), 139-192.
- Smith, M. (2012) Escalation In Irregular War: Using Strategic Theory To Examine From First Principles. *Journal Of Strategic Studies*, 35(5), 613-637.
- Sweetman, B. (2015). War By Proxy. *Aviation Week & Space Technology*, 176(47), 46-48.
- Xiangyong, C., & Ancai, Z. (2014) Modeling And Optimal Control Of A Class Of Warfare Hybrid Dynamic Systems Based On Lanchester (N,1) Attrition Model. *Mathematical Problems In Engineering*, 1-7.
- Zellman, A. (2014). Proxy Warfare. *Political Science Quarterly*, 129(2), 352-354.

